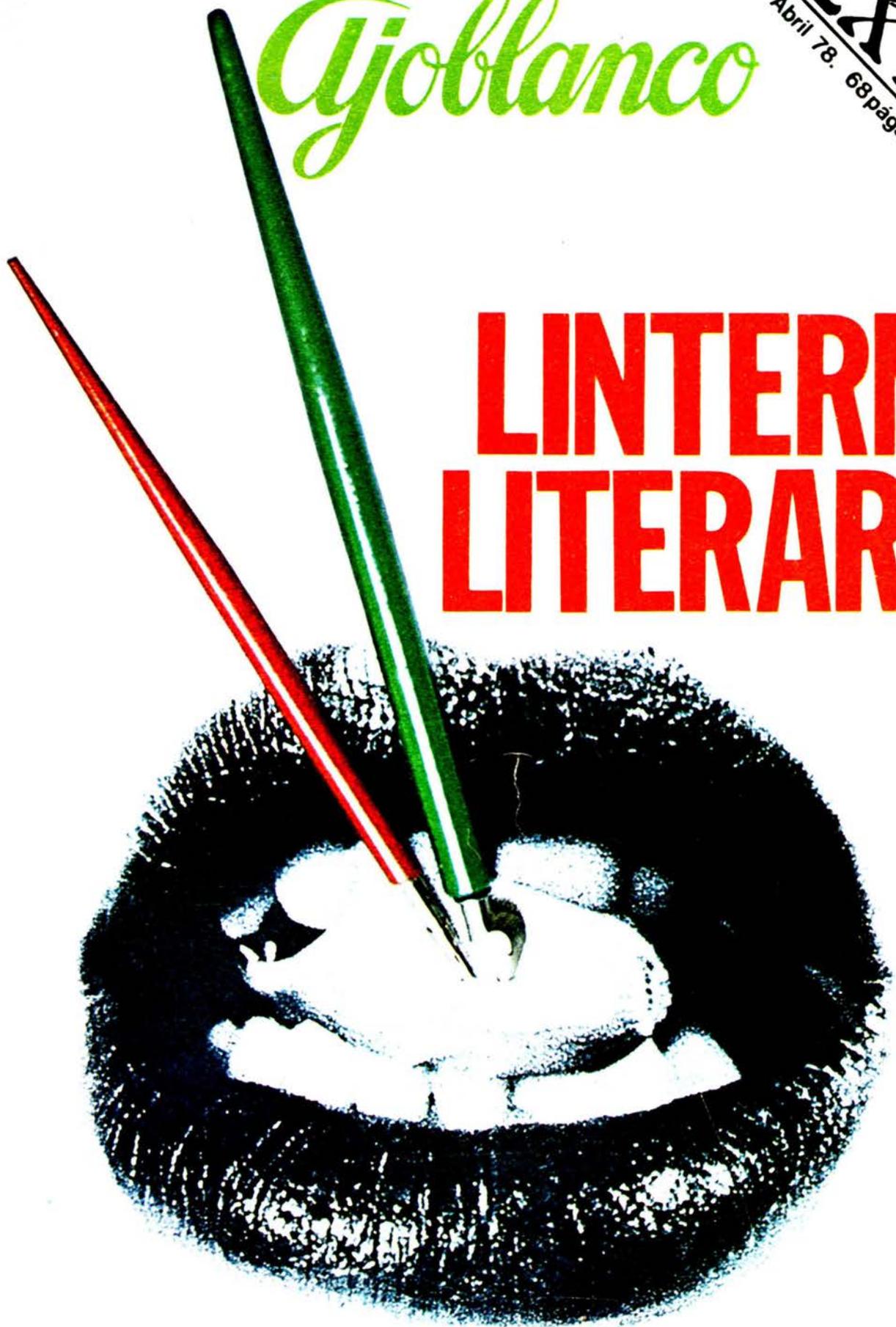
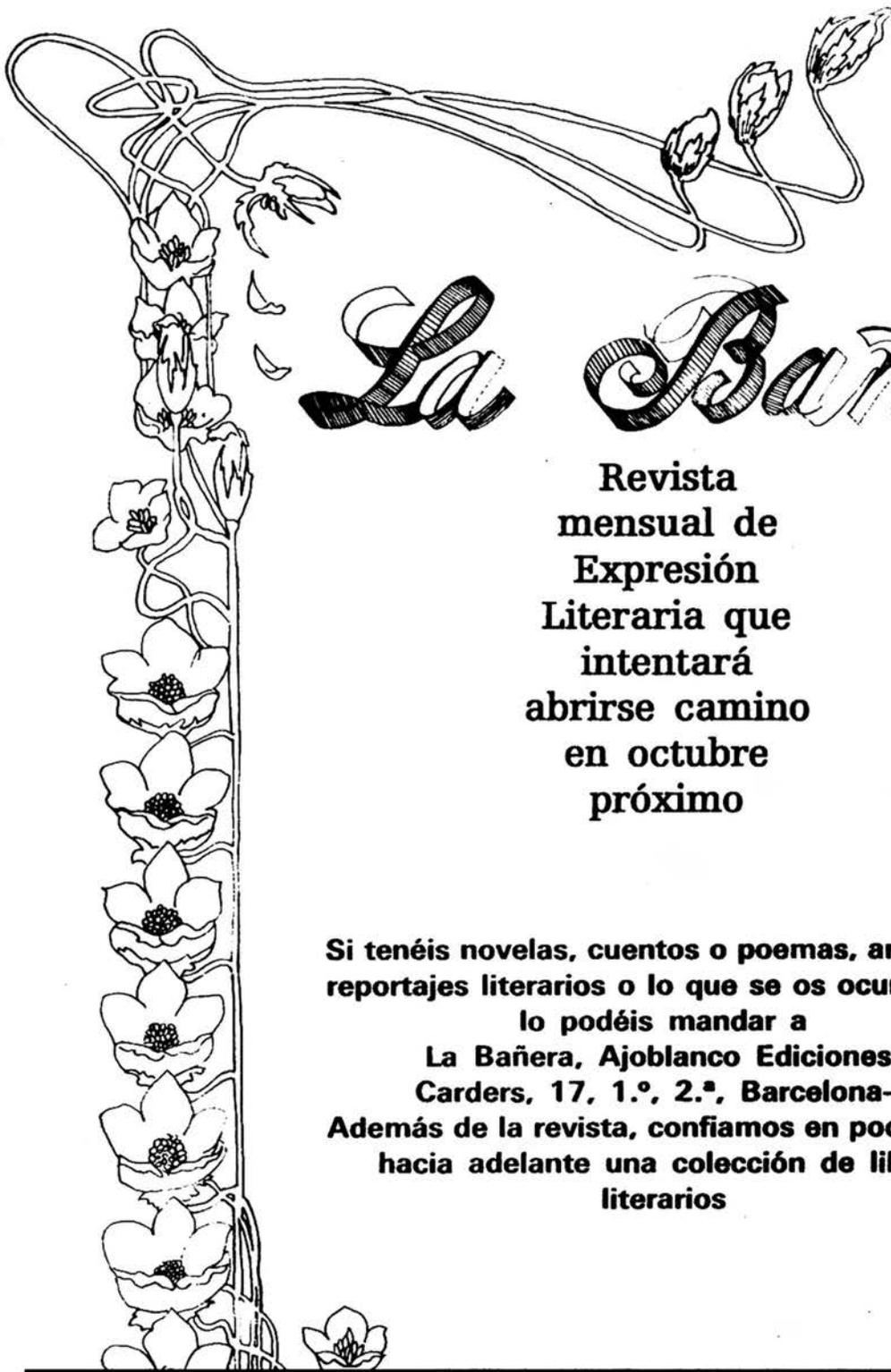


Cjoblanco

EXTRA
Abril 78. 68 pags. 100 ptas.

LINTERNA LITERARIA





La Bañera

Revista
mensual de
Expresión
Literaria que
intentará
abrirse camino
en octubre
próximo

Si tenéis novelas, cuentos o poemas, artículos,
reportajes literarios o lo que se os ocurra, nos
lo podéis mandar a
**La Bañera, Ajoblanco Ediciones,
Carders, 17, 1.º, 2.º, Barcelona-3**
Además de la revista, confiamos en poder tirar
hacia adelante una colección de libros
literarios



COORDINACION:

Nuria Amat, Ramón Aguirre, Ana Castellar,
Ana Díaz Plaja, Javier Fernández de Castro,
Santiago Martínez, Pepe Ribas.

EDITA:

Ajoblanco Ediciones, S. A.

DIRECTOR PERIODISTICO:

Ramón Barnils Folguera

COMPAGINACION:

Jaume Carrera

SECRETARIA DE REDACCION:

Pepita Galbany

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Carders, 17, 1.º, 2.º, Barcelona-3. Teléfono: 319-56-00.

IMPRESION:

Gráficas Industriales.

Consejo de Ciento, 425. Barcelona-9.

DISTRIBUYE:

EDIPRESS, S. A. Carretera de Garraf a Barcelona, Km. 9,2. Sant Boi (Barcelona). Teléfono: 361-53-04.

DEPOSITO LEGAL: B. 4231-1974.

El Consejo Coordinador de la revista no se responsabiliza de los trabajos de sus colaboradores, así como tampoco devolverá los trabajos no publicados.

Literatura

Uno y otro año, y van tres: Bomba, Bombilla y Linterna. Los del Ajo, desde luego, tenemos más moral que el alcoyano. Y es que la verdad, nuestros "papis" literarios nos han estado dando por el culo, sin gusto, claro, con mucho ardor. Todavía recuerdo como un calvario el resultado de aquellos consejos barralianos de que era imprescindible leer el Ulises de Joyce para escribir una línea. E ingenuo de mí, dale de la manta pepe luis, un intento y nada, que no podía, llegaba a la página trece... quince... y habían pasado diez meses. Intentaron también meterme a la kristeva y a la semiótica de golpe, sin preparación ni aclaración, como si pudieras tragar por afloración espontánea. Y luego al Chomsky, al Seussure, al Benet... Un lío, vamos, como si estuviésemos recién licenciados en Harvard University. Fracasos porque nadie me había explicado antes quién era Tolstoi o Durrell o Stendhal o Emily Bronte o Julien Green o Thomas Mann o Fusik o... Y para mí, la literatura no podía ser algo muerto, alejado de la vida, no podía ser el resultado de estructuras batidas en el laboratorio. Inculto: desde luego, como casi todos. Soprotando las consecuencias del fascismo por un lado y por el otro perseguido por los conceptualismos menopausicos de las élites intelectuales. Y ya me teneis, solo y desamparado, sin entender nada ni a nadie, convencido de que era evidente, jamás lograría leer el Ulises y, por tanto, jamás llegaría a escribir una línea.

Represión, autocensura y el país con una literatura en ascuas. El cenáculo literario hispano, a pesar de ser exiguo, ha tenido su influencia y ha sido tan castrador como el fascismo. Y si hoy el panorama es tan desolador, mucho lo debemos a que en unos momentos históricamente trascendentales, la clase intelectual ha hecho solamente de monje benedictino, guardando herramientas interesantes para cuando llegara una época de vacas más gorditas, o bien, se acogió a las últimas modas de París con todo su ribete de sofisticados dogmas y cerrazones. Labor excesivamente parcial y refinada para un país gitano y anarquista que estaba descompuesto por la sangre y la tortura. Se olvidaron de estimularnos, de enseñarnos a dar los primeros pasos, de hacernos coger el gusto por la literatura. Se dejaron lo principal en la capillita.

Si algún sentido tuvo el fenómeno contracultural hispano de principios de los sesenta, estuvo basado precisamente, en ese grito de algunos pocos, de ir en contra del fascismo y de la intelectualidad conceptualizada y marxista. Fue un proyecto vitalista y espontáneo que aglutinó a una serie de soñadores, que poco a poco han ido desarrollando sus impulsos, realizando un entusiasmo. De ahí surgieron revistas como Ajoblanco, Star, etc. que a pesar de ser criticadas, boicoteadas y malversadas, han logrado abrirse camino.

Ajoblanco está comprometido desde sus inicios en la provocación, localización y publicación de literatura. Sin escuela ni criterios de selección estricta porque sabemos que tras el gran desierto no pueden aflorar de golpe concepciones literarias cerradas, sino corrientes más o menos dispares que abran pistas, pasillos, a través de los que podamos desarrollar una vez más una literatura autóctona, con identidad propia. Y existen muchos problemas: no hay crítica, no, no hay crítica inteligente ni legible. Tam-

poco existen revistas especializadas, ni cátedras con marcha que hayan recuperado nuestra tradición literaria. Las librerías son lugares normalmente caóticos. En cambio, hay mucha mediocridad, mucho divinismo, mucha tontería. Para lograr romper el círculo vicioso precisamos aprender a leer. Leer. Aprender a escribir. Escribir. Es necesario saber que la literatura es también un juego, un divertimento y que no sólo es rizar el rizo a una teoría literaria, o sublimaciones de leurosis. Con la literatura aprendes vida y por qué no, ganas conciencia y rebeldía. Una buena obra literaria es siempre un buen manual de vida. Y la literatura no morirá nunca.

Son tres ya los extras literarios de Ajoblanco pero creemos que en éste hemos ganado todos mucha madurez. No voy a cargarme los dos anteriores, de hecho anduve metido también en ellos y puse mucha ilusión. Pero creo sinceramente que no eran buenos, es más, seguramente no eran literatura. Porque coger papel y lápiz no es literatura. Literatura tampoco es un espontaneísmo febril. Literatura es trabajo literario, es juego de lenguaje, es abstracción, es universalización de experiencias. Cuesta. Los extras anteriores, sin embargo, tuvieron la virtud de abrir muchos ánimos, de poner en evidencia cuál era la situación pre-literaria de muchos jóvenes o viejos que están interesados firmemente en o por el fenómeno literario.

Con esta Linterna hemos logrado reunir a conocidos y desconocidos, a gente que lleva tiempo trabajando y gente muy nueva. Nos han sorprendido los textos recibidos, más de setecientos, porque muchos tenían calidad, calidad definida como una cierta agilidad en el lenguaje y en el contenido, muestra de que nos estamos planteando la literatura como algo más complejo y profundo que el simple llanto o el fácil poema de amor a la musa y odio al sistema. Percibimos que se están abriendo unos cauces, imposibles de definir, pero que son tangibles, que los verás si haces el esfuerzo de leer lo que sigue con un poco de calma y atención. También ha resultado esperanzador que gente que tradicionalmente nos era hostil haya querido participar en este extra, porque vemos en ello un gesto de madurez por su parte y por la nuestra: muchas incomprensiones se han desvanecido de golpe.

No podemos vivir cada uno haciendo la guerra por su parte metidos en un cenáculo, hay que salir fuera, intentar abrirse un poco de piernas y trabajar, trabajar mucho para encontrar el camino de literatura.

PEPE RIBAS.

Hemos convocado una conversación informal sobre literatura. Han participado Nuria Amat: escritora/ Ana Díaz-Plaja: lingüista y maestra/ Carlo Fabretti: editor/ Federico Jiménez: crítico del Viejo Topo y maestro/ Isabel Martínez: feminista/ Nuria Pompeia: dibujante/ Pepe Ribas: escritor y coordinador de Ajoblanco/ Josep Solé Fortuny: abogado y escritor/ Pucci Villurbina: crítica y escritora catalana y maestra.

Intentamos medir las pulsaciones de personas que no estando en la cultura oficial tienen algo que decir. ¿Por qué es tan pobre nuestra situación literaria, aunque el Instituto Nacional del Libro reseñe la aparición anual de cientos, miles de títulos españoles? No podemos contentarnos con la fácil excusa de que el fascismo ha coartado todos los proyectos ni podemos caer en la tontería de repetir que la novela ha muerto.

COLOQUIO EN EL AJO

Nuestra conversación empezó planteando lo que se lee o no se lee, lo que la gente joven, los chicos de instituto, por ejemplo, prefieren. Y aprovechamos la presencia en el coloquio de algunos maestros.

PUCI VILLURBINA: Partimos de la base de que estos chicos desconocen a William Burroughs, a Corso, a Kerouac. Desconocen lo que es generación **beat**, desconocen lo que es Proust. Tienen animadversión a según qué tipo de información que no venga dada por unos canales. Por ejemplo, portadas de libros. Yo les he pasado textos traducidos de distintos autores y lo que no tengo aún son los resultados escritos que quería traerlos, pero he hecho la experiencia de mezclar Burroughs con frases de periódicos sacadas al azar de diversos sitios y ellos se quedan siempre con la narración más lineal, es decir, con el tipo de narrativa del s. XIX. Pero tienen el deseo de romper.

NURIA AMAT: ¿Por qué? ¿Cómo sabes tú que existe el deseo?

PUCI VILLURBINA: Porque yo les decía: ¿qué es lo que más os molesta del sistema lingüístico vigente? Y ellos decían que la oración subordinada, que lo que más les gustaba era el punto suspensivo, los signos de puntuación, o sea, la coma, el punto y coma, las frases

coordinadas. Volvían un poco al sistema inglés. He constatado cierto colonialismo, pero, en este sentido, positivo.

NURIA POMPEIA: ¿Por qué esta gente compra, por ejemplo, Sender o Juan Salvador Gaviota? Esto es lo que a mí me parece básico.

PUCI VILLURBINA: Para pasárselo bien. Y esto es muy sano.

JOSE SOLE: Pero, ¿quién les ha dicho que Juan Salvador... o Réquiem por un campesino español son libros para pasárselo bien?

FEDERICO JIMENEZ: Hay dos canales. Uno, el del profesor y amigo mayor. Y otro, el suyo autónomo. Y éste es el que decide por Juan Salvador Gaviota, por Nacida inocente...

FEDERICO JIMENEZ: Les llega por el mercado. Pero también se lo dicen entre ellos. Incluso Martín Vigil y otros, son escogidos directamente por ellos. Y luego el profesor les da Los cachorros, y cuentos de Cortázar, novelas de Goytisolo, y cosas así. Traducciones de Kafka, etc.

NURIA AMAT: Ellos leen Los cachorros y se lo pasan igual de bien que leyendo a Martín Vigil.

FEDERICO JIMENEZ: Yo creo que se lo pasan igual de mal. La literatura no ocupa, en absoluto, el lugar que ocupaba hace diez años. Es la generación de la televisión.

PEPE RIBAS: Es una generación con un lenguaje cinematográfico.

FEDERICO JIMENEZ: Con ausencia de lenguaje. Por ejemplo, no ya el no saber ortografía, que no saben. Y luego que la propia ubicación del lenguaje respecto a otro tipo de medios, normalmente la televisión ha trastocado totalmente la cosa.

NURIA AMAT: Estáis diciendo, en realidad, que, primero, somos unos tontos en general, y que, segundo, la literatura se acaba.

FEDERICO JIMENEZ: No, no; que se acaba, no. Que ocupa otro lugar. Nosotros cuando queríamos leer algo estaban los tebeos y el cine. Pero ahora sobre todo está la TV.

PEPE RIBAS: Yo creo que hay otro problema y es que la gente que estaba metida en rollos literarios no han tenido ninguna comprensión hacia esta gente. Entonces no se ha dado ningún tipo de cultura para que esta gente pudiera empezar a leer otras novelas. Por ejemplo, las revistas literarias son totalmente inasequibles para un público desatendido. Son unos muermos porque están hablando a un nivel que no pueden alcanzar nunca. Entonces lo que nosotros nos proponemos con la revista literaria del Ajo es precisamente intentar, con un criterio amplio por un lado, empezar a hablar de

Lowry, o de Dylan Thomas y de todos estos escritores explicando un poco la narración para que la gente lea estos libros, se enfrente a estas lecturas. Hacer toda una programación de libros que nosotros creamos que son interesantes.

PUCCI VILLURBINA: Tendría una objeción a hacer y es que todo el mundo tiene unas posibilidades infinitas. De la misma manera que tiene estas posibilidades se le puede castrar. Nosotros hemos estudiado con un sistema en que no se intervenían nuestras posibilidades, es decir, la enseñanza de la literatura era tan alejada de nosotros que no afectaba para nada lo que nosotros entendíamos, o creíamos o deseábamos leer. Con la educación moderna me doy cuenta de que a veces lo que estoy haciendo es quitarles la capacidad simbólica. Pienso que hay un tipo de explicación de la literatura que no se debe hacer, porque la literatura tiene un carácter mágico. Hay cosas que no se pueden explicar. Creo que cuando esa gente dice que pasa de según qué cosas, está pasando de unas lecturas programadas, de un mensaje que ya está supuesto y explicado en un libro. Nosotros sabíamos si un autor había sido feliz o infeliz, si se había casado 3 veces y había escrito, a saber, tantas obras; y mejor si te las sabías todas. Pero no te tocaban para nada el resto.

NURIA POMPEIA: En esto no estoy de acuerdo en absoluto. Te decían que tal autor estaba en el infierno. Al menos en mi generación. Te daban una visión mucho peor porque atacaban tus propias creencias y principios. Lo que tú dices de vuestra generación, no lo creo. Os han castrado igual que me han castrado a mí e igual como castran ahora. Mira, todo tipo de educación es una castración. ¿Esto lo admitimos o no lo admitimos? No veo diferencia entre los chavales de hoy y los de mi época, te hablo de la posguerra. Ninguna, ni siquiera la TV.

PUCCI VILLURBINA: Te doy la razón. No creo que la influencia de los mass-media sea tan importante...

NURIA POMPEIA: Sí es muy importante, pero no te llega a castrar ni a...

FEDERICO JIMENEZ: ¡Ah, no, no! Yo

no creo que ahora sean más tontos por la televisión. Al contrario, para algunas cosas son más espabilados. Pero a nivel literario...

NURIA POMPEIA: No tienen interés en leer porque ya reciben un tipo de información.

FEDERICO JIMENEZ: Lo que a mí me parece absurdo es darles literatura buena. Me parece absurdo porque lo mismo es darles Cervantes que Burroughs. No entienden ninguna de las dos cosas. No creo que puedan entender ni a Burroughs ni a Joyce en un sentido profundo. En un sentido limitado pueden entender al Lazarillo.

NURIA AMAT: No se trata de entender, sino de sentirse motivados.

FEDERICA JIMENEZ: Lo que yo no planteo es dar gato por liebre. Para mí la literatura tiene un interés. Si yo me dedico a escribir y a hacer literatura, no voy a hacer un apostolado de ello, por supuesto. Creo que el cielo no se reparte porque no hay; con la literatura pasa lo mismo. Lo que me jode es darle literatura a un chico de 15 años por la sencilla razón de que no está en disposición real de entender una serie de cosas que a mí me interesan.

NURIA AMAT: Hablemos de los de 25 años, también.

FEDERICO JIMENEZ: Lo pueden entender más: Pero es un problema general. La política que se lleva respecto a los textos literarios es decir: la literatura del s. XX es Burroughs. No sé por qué. Para mí tan siglo XX es él como Góngora, Proust o cualquier otro. El siglo XX no es nada. Literariamente esto es una cuestión absurda. A mí lo que me parece mal, a ese nivel, es que la política contraria a la estupidez de darles Cervantes porque no lo entienden, es darles Burroughs. No veo por qué, si acaso sólo por una cuestión ideológica. Para mí «En el camino», por ejemplo, es mucho más estúpido y torpe que «El Quijote». Ahora, sé seguro que «En el camino» a los 17 años les va a encantar. Hay una facilidad barata en la literatura moderna americana que a mí me molesta.

NURIA AMAT: Pero es la que se lee.

PEPE RIBAS: Yo creo que lo que leen es Herman Hesse.

FEDERICO JIMENEZ: Bueno, Hesse es el más leído de todos, pero después, desde luego Kerouac es de las cosas que leen. Y de las que van a leer, si no ahora dentro de 3 años. Por la sencilla razón de que la mayoría de profesores de literatura que conozco creen que esto es lo que tienen que leer. Y Vargas lo ha leído casi todo el mundo, y Cortázar. El 90% de los chicos de 14 años del instituto se han leído «Los cachorros».

PUCCI VILLURBINA: Y no han leído a Guillén.

FEDERICO JIMENEZ: Claro que no. Y no saben quién es Robinson Crusoe. Y es que se puede llegar perfectamente a «Los cachorros» sin haber leído esto, pero a otra edad.

ANA DIAZ-PLAJA: De todas maneras, yo rompo una lanza sobre lo que ha dicho ella antes. No es que haya un literatura del siglo XX, pero sí que hay entre los chavales de 14 a 20 años un talante especial cuando se ponen a leer. Para ellos literatura es una serie de cosas muy serias. Hay un discurso que ellos no entienden que pueda ser literario. De la misma manera que los chavales de la escuela donde yo trabajo no pueden hacer los problemas de matemáticas porque no entienden el enunciado. Porque esto para ellos entra dentro de lo que es literatura. No es que no sepan hacer matemáticas, sino que no entienden: «Juan compra 7 peras y reparte 5». Porque cuando se ponen a leer, para ellos leer es otra cosa.

NURIA POMPEIA: Yo creo que esto ha sido en general siempre. No es sólo de ahora.

NURIA AMAT: Por ejemplo, en Sudamérica los chicos de 13 y 14 años se leen a García Márquez y no ven, como nosotros, una cosa mágica y extraña, sino que se lo leen como una cosa normal. En cambio no pueden aguantar a Pérez Galdós, por ejemplo.

FEDERICO JIMENEZ: El establecer criterios de valor desde nuestro punto de vista me parece un tanto absurdo. Veo absurdo plantear una política literaria a nivel de enseñanza.

NURIA AMAT: No hay que plantearla. El fallo es que se ha planteado. A ellos les han dicho se ha de escribir de esta manera y, entonces, vamos a leer de esta manera.

FEDERICO JIMENEZ: Esto es un problema insoluble. Porque también les tienes que dar libros porque les gusta leer, y aventuras. Y si no, ¿cuándo van a empezar a leer, ¿a los 15, a los 16? ¿Cuándo es la edad de empezar a leer? Cada persona tiene su rollo. Yo lo que veo difícil es plantear «a priori» una serie de criterios como el de qué es la modernidad, o qué es lo conveniente. Porque estamos a un nivel educativo, ¿no? Evidentemente, siempre se hace porque cada uno tiene su propia ideología y su modo de ver la literatura.

NURIA AMAT: Entonces, ¿por qué crees que la bombilla literaria, que a nivel de Real Academia no es literatura, se ha leído tanto?

NURIA POMPEIA: Por lo que hemos dicho antes, que te identificas con los que más o menos escriben como tú estás escribiendo.

NURIA AMAT: Me parece que lo importante es lo que cada uno lee por su cuenta, no lo que te dicen que lees. Si lo que a ti te enseñaron como literatura no te interesaba, lo que me enseñaron a mí tampoco y lo que enseñan ahora tampoco les interesa; lo cierto es que tú leías unas cosas, yo leía otras y ahora leen otras.

ANA DIAZ-PLAJA: Se repite el mismo proceso. El alumno de «extranjero» lee otras cosas que las que el profesor le está dando en clase.

FEDERICO JIMENEZ: Es que una cosa es la enseñanza de la literatura y otra cosa es la literatura. La enseñanza de la literatura es como una parte de la enseñanza del lenguaje. Es una parte del aprendizaje que va desde aprender a escribir frases elementales hasta... Luego, aparte, está la literatura. Me parecen dos ámbitos distintos. Y yo creo que hay un mercado evidente, el de los chicos de 15 años que están ahora con estos lastres literarios e incluso les gusta hacer versitos. Esos versitos en un 90% son una

mierda espantosa. Pero a ellos les encanta.

NURIA AMAT: ¿La LITERATURA con mayúscula sólo es para personas a las que les interese escribir o que está muy metida?

FEDERICO JIMENEZ: Es que yo creo que la literatura es con mayúscula, o si no no es literatura, es otra cosa. Es parte de la enseñanza del lenguaje.

JOSE SOLE: ¿Entonces la mayúscula de la literatura la adjudicas tú? ¿O quién adjudica esta L mayúscula?

FEDERICO JIMENEZ: Esto te lo autoadjudicas. Lo que particularmente no hago, es discutir niveles literarios. No para los alumnos. Con los alumnos, como todo el mundo, me defiendo como puedo.

PUCCI VILLURBINA: Lo que yo decía antes es que a nosotros, en el colegio, nos hablaban de una cosa que no nos interesaba, pero que leíamos otra cosa a gusto. Yo quería plantearme ¿qué es lo que leíamos a gusto? y ver si podemos encontrar unas constantes. Si consiguiéramos encontrar estas constantes de lo que nos interesaba, tal vez podríamos encontrar qué es lo que ahora buscan y les interesa.

NURIA AMAT: Lo que ahora lee a gusto una persona de 20 a 30 años, que no esté estudiando, podría ser el libro aquel de Marsé, porque es el libro que se ha vendido más.

PUCCI VILLURBINA: Yo creo que en este momento la política editorial se está llevando de tal manera que es imposible saber si una persona se compra un libro porque le gusta el escritor y realmente después le gusta el libro. Tampoco me fio de los datos de las editoriales, porque es un rollo malayo.

NURIA POMPEIA: Pero hay otra cosa, y es que si todo el mundo se compra el libro y no le gusta hace correr la voz y deja de comprarse o viceversa.

FEDERICA JIMENEZ: La mayoría de la gente compra dos libros al año. Y esto es serio. No es lo mismo la gente que se interesa por la literatura que compra, a lo mejor, 50 libros al año, que la gente que compra 2 o 3 uno para el verano, otro

para las vacaciones y otro para otra cosa, que es lo normal.

JOSE SOLE: A mí me parece que hay una cosa histórica, y es que la gran literatura no se ha encontrado fácilmente hasta hace 2 o 3 años. Nosotros, que tenemos más cultura, la hemos encontrado porque la podíamos leer en francés, en inglés, en italiano..., pero no la hemos encontrado regularmente. Entonces entra un problema que es fundamental, que coincide con la liberalización de la censura y que permite que los libros entren. Pero queda un vacío que se ha llenado con traducciones sudamericanas espantosas. La gente que dice haber leído el «Ulises» no es verdad, porque la traducción es horrible. Hay un vacío cultural mal rellenado. De repente puede no haber vacíos y se empieza a publicar libros, no regularmente, pero sí más libros que antes. Nos encontramos con varios fenómenos al mismo tiempo: por un lado el «Miedo a volar» se vende muy bien, a lo mejor por las notas de sexo, pero da lo mismo; al mismo tiempo, porque hacen propaganda por televisión, también se vende «Alguien voló sobre el nido del cuco» que es una novela espléndida. Para dar un ejemplo concreto, el otro día fuimos a 10 o 12 librerías buscando «Pálido fuego», de Vladimir Novokof publicado por 125 pesetas. Un libro espléndido, literatura con mayúscula, y se vende en el kiosko, en la estación, en cualquier parte. Pues no lo encontramos, se ha agotado.

Aquí entramos en otro punto: ¿nos convertimos en árbitros de la literatura?, ¿de lo que la gente ha de leer o no ha de leer, porque nosotros hemos podido leer, porque tenemos más cultura, porque pertenecemos a una clase privilegiada?, ¿nos convertimos en la clase que ahora va a decir a la gente que empieza a leer, tenéis que leer esto y aquello? Hay que encontrar una solución intermedia.

CARLO FABRETTI: Yo quería hablar de un punto que es el cómo manipular las lecturas de la gente. En esto no estoy de acuerdo, por supuesto, pero sí creo que la gente que de alguna forma participa en la industria de la cultura se enfren-

tan con una responsabilidad a nivel cotidiano que es la siguiente: que sin querer determinar lo que la gente ha de leer, se encuentran con un bloque cultural que tiende a perpetuar las estructuras vigentes; y con otro que, de alguna forma, se opone a ellas, que tiende a modificar la situación que estamos viviendo. Y en esto me parece que la opción es bastante clara. ¿no? Esto no es entrar en un planteamiento ideológico estricto, ni en un planteamiento de partido, ni proselitismo, ni nada. Pero si hay una línea cultural, por llamarle de alguna forma, que intenta hacerte creer a la gente que las cosas están bien tal como están, etc., en fin, me parece que si hay que promocionar algún tipo de lectura, es precisamente la contraria a esta. Esto es, al menos, lo que intento hacer yo en mi modesto nivel.

ANA DIAZ-PLAJA: Hay un tema que creo que sería de mucho interés que se tratara, volviendo un poco a los textos que tenemos aquí. Pasa un poco una cosa, y es que todos son iguales. Son poemas completamente emotivos. La pregunta lanzada al vacío es ¿qué han leído estos chavales que han hecho estos textos tan absolutamente emotivos, vómitos de sus angustias vitales y de sus anhelos políticos completamente inconcretos?

FEDERICO JIMENEZ: A los 16 años uno escribe exactamente lo que lee. Y cuando lo manda a una revista lo hace con el estilo que cree que tiene la revista.

PUCCI VILLURBINA: Todo el mundo tiene una idea de literatura y todo el mundo lee unas cosas y todo el mundo escribe para alguien. Del mismo modo que todo el mundo tiene un modelo, todo el mundo tiene un público. Es absurdo pensar que en el momento de escribir la gente piense en un tipo de público. Porque sería pensar que es tonto. Pero tampoco hay que poner esto como absoluto.

PEPE RIBAS: Yo creo que lo que escriben va más por letras de discos y por otro tipo de cosas que no por lo que leen.

FEDERICO JIMENEZ: Por ejemplo, el otro día leí el premio del concurso «Vibraciones». Esto de los poemas es muy interesante, sobre todo a nivel de revis-

tas musicales que es por donde va la gente. El premio podía haber sido un artículo cualquiera de vibraciones porque los tíos captan la onda. Pero hay una serie de temas que son los de los discos. Este es el mundo normal en que se mueven. No hay más que ver cómo hablan y los modelos que cogen, cuáles son sus artistas favoritos...

NURIA AMAT: Para variar un poco el tema, Isabel Martínez, ¿tienes algo que decir?

ISABEL MARTINEZ: Yo hablo por **La Sal**. Vamos a montar una editorial feminista, o de mujeres más que feminista, porque pensamos que se ha escrito muy poco por mujeres y para mujeres. Pensamos que además de escribirse muy poco ha habido muy pocos canales de promoción y estos canales nos los tenemos que crear nosotras. Discutiendo entre nosotras hemos visto que la cuestión esta del sexo es como muy importante. Cualquier cosa que tú hagas, cualquier energía proviene de alguna manera de una energía sexual. Para las mujeres esto ha estado muy castrado.

NURIA AMAT: Por las cartas que hemos recibido de textos, las escritas por mujeres casi siempre tocan el problema sexual o el problema erótico o como le quieras llamar.

JOSE SOLE: El problema es que el hombre ha monopolizado el erotismo y la pornografía.

ISABEL MARTINEZ: Casi todo.

NURIA AMAT: ¿Tú crees que hay un público de lectura distinto entre hombres y mujeres?

ISABEL MARTINEZ: Lo que creo es que las mujeres han leído mucha novela rosa. Se han tragado mucha literatura hecha para ellas, pero por mujeres con corbata o por hombres. Es literatura con un lenguaje donde ellas se veían reflejadas como estaban y además como muy sublimado.

JOSE SOLE: A mí no me parece necesariamente que se pueda escribir para los hombres, o para las mujeres. De acuerdo que el hombre ha monopolizado la pornografía y el erotismo barato. Yo no creo que la literatura con mayúscula se escri-

ba para hombres o mujeres, o para minusválidos, o...

NURIA POMPEIA: ¡Hombre... pero en plan novela rosa es evidente que es una manipulación clarísima!

PUCCI VILLURBINA: Yo estoy totalmente de acuerdo en que hay una literatura masculina y que tiene que haber una literatura femenina para contrarrestar. Pero por encima de esto, la literatura es de criaturas humanas. Yo veo muy claro que ha habido una literatura de opresión por unos canales muy claros para la mujer. Pienso que hace falta una literatura femenina.

ISABEL MARTINEZ: Yo no creo que haya literatura para criaturas humanas. El término criaturas humanas me parece una abstracción. No me interesa creer en este término. Lo que hasta ahora se ha hecho para las criaturas humanas ha sido en realidad para los hombres, porque ha sido hecha por ellos y ha reflejado lo que ellos piensan. Y pienso que la nuestra se ha de hacer y se hará. En la medida en que hay pocas literatas y pocas mujeres que lean lo que las mujeres escriben, nosotras no hemos hecho literatura, ni la literatura refleja lo que nosotras somos o podemos ser. O sea que esta cultura en mayúscula ha sido hecha por la criatura humana hombre. Como mujer me siento más identificada con lo que han escrito las mujeres pensando en las mujeres y creo que nuestro lenguaje y nuestra cultura la hemos de ir haciendo nosotras.

FEDERICO JIMENEZ: Estoy totalmente de acuerdo con esto. Creo que la gracia del feminismo es que acentúa las diferencias entre los sexos. Y a mí eso me parece esencial. Y estoy de acuerdo en que no hay una literatura para, sino que hay una literatura por. Esto es el fondo de las discusiones. Evidentemente es masculina por los hombres que han escrito literatura. Yo no creo que sea para hombres o para mujeres. Sino por hombre o por mujer. A este nivel, hay una literatura escrita por mujeres que trata una serie de temas. Lo fundamental es el trabajo de escribir y se refleja la relación con el lenguaje y con el sexo. No se puede establecer demasiado apostolado.

NURIA POMPEIA: Estoy de acuerdo, pero las mujeres no tenemos que olvidar una cosa, y es que nosotras ya somos esta cultura masculina. Querer luchar contra esta cultura masculina es querer luchar contra nosotras mismas. Me parecen muy válidas estas primeras mujeres que escriben como mujeres, sobre todo las italianas. Este no es el caso, por ejemplo, de Mercè Rodoreda, porque ella escribe y se nota que es una mujer pero no ha hecho un esfuerzo por hablar de una serie de cosas que no se habían hablado hasta ahora.

Estas mujeres han soltado una serie de vivencias a nivel emocional, corporal..., cosas que tienen que salir y que pasarán. Y no hablo sólo de sexualidad genital, sino de sexualidad general. Hasta los 70 no se ha contado nada de esto. La primera que lo empezó a tratar, pero a mucha distancia, fue Simone de Beauvoir. No sé por qué las feministas la tienen un poco olvidada.

FEDERICO JIMENEZ: Hay una escritora clásica que quizá sería interesante que la estudiaran mujeres y se hiciera una buena edición de sus obras, hablo de María Zayas, del XVII. Es un elemento fuera de lo común. A partir de una condición estrictamente condicionada por lo sexual el modo en que la mujer te plantea todas las relaciones con el cuerpo demuestra un nivel de sensibilidad distinto.

NURIA AMAT: Ahora podríamos hablar de los escritores y escritoras españoles. Si se leen actualmente, si hay un interés por ellos, en general.

ANA DIAZ-PLAJA: A mí me gustaría preguntarle a Carlo, editor, con qué criterio escogen los libros de las nuevas colecciones, en quién piensan.

CARLO FABRETTI: No en un público homogéneo. Hemos escogido varias líneas que no parecían interesantes. Para un público muy amplio, sin consideraciones de edad. Porque tampoco tenemos datos. Sabemos cuánta gente compra el libro pero no la edad. Podemos hacer cálculos. Influyen muchos factores a la hora de escoger un libro, entre ellos, los dere-

chos que piden. Hay que tener en cuenta que en España, ahora, hay un público con mucha conciencia de haber pasado por una etapa de hambre cultural muy intensa que ha dejado una serie de lagunas que se intentan recuperar. Por ejemplo, el auge de los escritores españoles se debe a que durante mucho tiempo han estado prohibidos. Esto es clarísimo. Hay un fenómeno de recuperación cultural de un pasado inmediato que nos ha sido escamoteado y esto ha creado una cierta orientación del público hacia ciertos autores que deberían estar superados, pero que en su día no se consumieron. Tenemos una serie de líneas medianamente claras y otras de tanteo.

NURIA AMAT: ¿Qué criterios habéis tenido para publicar, por ejemplo, a Goytisoló?

CARLO FABRETTI: Un criterio claro ha sido porque son autores que no se han podido leer en su momento. Lo que no puede hacer una editorial es de 10 libros sacar 10 novelas. Se puede sacar un novel. Pero tiene que jugar unas cuantas bazas, por lo menos, seguras. A veces te llevas sorpresas extrañas porque un libro que creías que no lo iba a leer ni Dios se convierte en best-seller. Es un mundo nada matemático. Hay una serie de directrices, de líneas vagas que más o menos vas rellenando como puedes o como se te ocurre. Además está la publicidad.

NURIA POMPEIA: Pero por mucha publicidad que haya, si después no te diviertes por lo menos...

CARLO FABRETTI: Evidentemente no se puede hacer publicidad sin ningún soporte.

NURIA AMAT: ¿Y crees que hay en España una reacción contra el autor español joven, o no?

NURIA POMPEIA: ¿Contra quién, dime nombres por ejemplo?

NURIA AMAT: Contra Benet.

NURIA POMPEIA: ¡Mujer! Este es más viejo que yo.

NURIA AMAT: ¿Qué autores decís que la gente les tiene manía por ser españoles y jóvenes?

PEPE RIBAS: Por ejemplo, todos los novísimos.

NURIA POMPEIA: ¿Y a ti te gustan?
PEPE RIBAS: Me horrorizan.

NURIA POMPEIA: Pues, entonces, ya está claro. Yo no creo en esta discriminación.

NURIA POMPEIA: Que un editor discrimine a autores jóvenes, lo entiendo. Por ejemplo, que no se hayan atrevido a publicar cosas que estén muy bien. Ahora, que esto acarree el que haya maravillas que no han tenido ningún éxito, no.

JOSE SOLE: ¿Qué quiere decir el término novísimos? El término novísimo es una etiqueta que se aplica por razones publicitarias y técnicas a un grupo de gente más o menos homogénea en un momento determinado. Analicemos en concreto el famoso boum de la nueva novela Barral. ¿Qué hay detrás del boum?: una novela interesante, un par más que puedes leer, dos o tres que no puedes tragar, y de golpe... Hortelanos, Benet, y gente que está trabajando desde hace años y que no son nuevos de nada. En definitiva, un boum publicitario que no funcionó.

Los 9 novísimos del señor Castellet. Nueve amigos que coge un día, les pone la etiqueta novísimos y publica un libro que se vende bien.

El señor Benet: esto es la gran novela. Yo he oído decir a gente muy inteligente, críticos de estos de oficio, de estos que les pagan por escribir en revistas y que tampoco hay que decir nombres: «Sí, sí, sí, sí, es el novelista más interesante que hay en España pero no he conseguido pasar de la página 15». Y así, como esto... No, no hay una nueva novela. Porque no hay etiquetas, no lo sé. Desde luego, siempre hay gente escribiendo.

NURIA AMAT: ¿No hay novelas?

JOSE SOLE: ¿Cómo que no hay novelas? Estoy seguro de que hay novelas, de que hoy se han terminado cien novelas. De que pasado mañana por la mañana se terminarán cien más. Hay literatura, lo que pasa es que no tiene una salida comercial. El señor Benet lo sacará todo en este momento porque se llama Benet. Hay literatura, no ha habido jamás en la

vida crisis en la literatura y siempre un enorme renacimiento de la literatura.

PEPE RIBAS: Entonces no se entiende que todos los editores del tipo Alfaguara, Barral... están llamando a autores que ellos conocen para preguntarles si tienen algo para publicar.

ANA DÍAZ-PLAJA: Perdona, hablo de la excepción que confirmaba la regla. Hablo de que Alfaguara está pidiendo novelas por teléfono, cosa que nunca había ocurrido.

PEPE RIBAS: Los editores dicen, por un lado, que no hay novelas. Todo el mundo está convencido de que hay novelas, entonces por qué pasa esto. Y por qué cuando un editor se arriesga a publicar una novela joven, vende 50 ejemplares...

NURIA AMAT: ¿Quién cree que hay novela y quién cree que no hay novela?

FEDERICO JIMENEZ: Yo no creo, las he visto.

NURIA POMPEIA: Y están bien.

FEDERICO JIMENEZ: Es que depende, no me cabe duda de que, por ejemplo, Juan Goytisolo es un éxito.

PEPE RIBAS: Pero yo no hablaría de Goytisolo y de todos estos que no son del 70.

FEDERICO JIMENEZ: No, no, yo digo de los de ahora, que tengo 26 años, y como yo hay mucha gente.

JOSE SOLE: ¿Tienes una novela?

FEDERICO JIMENEZ: Yo tengo cosas. No escribo novela porque no me gusta, pero si la escribiera la podría publicar.

PEPE RIBAS: Yo creo que hay un misterio y creo que es uno de los problemas clave: es saber si realmente estas novelas, que unos dicen que existen y otros dicen que no existen, existen o no. Y luego el porqué todas las novelas que se publican de gente que en estos momentos tiene 26, 27, 28 años o 30, no las lee nadie.

NURIA AMAT: Es que no se publican.

FEDERICO JIMENEZ: En España no hay crítica literaria y la principal cuestión de que no haya crítica literaria está en las revistas. Ningún libro puede venderse si la crítica no lee el libro. La crítica en España no lee más que los libros reco-

mendados, por otra parte, por ella misma. Resulta que estamos en una generación en que un señor joven de 25 o 30 años llega a hacer la crítica literaria de una revista que tenga bastante tirada y ¿qué libros critica?, los que ya sabe y le suenan. Por esto digo que es el primer libro el que hay que sacar, aunque sea una mierda. Porque si sacas el primero, sacarás el segundo, y te lo criticarán, y el tercero y el cuarto. El problema es que es la misma gente que hacen de lectores de editoriales. La incultura literaria está llegando a unos extremos verdaderamente de risa, y nadie quiere tomarse el riesgo ni de leer. Y yo creo que tampoco mucho de escribir. Porque estas cosas siempre van unidas.

PEPE RIBAS: Entonces tú lo que crees es que hay toda una serie de posibles creadores de textos literarios que no hacen el esfuerzo de llegarlos a acabar porque no tienen un incentivo, porque saben que no van a encontrar una editorial porque no hay una crítica y todo eso.

FEDERICO JIMENEZ: Yo creo que esto es bueno, porque creo que el escritor, si es bueno, se lo tiene que ganar. Porque la escritura es una cosa que se lo gana uno con la vida y ahí no hay más cuento.

PEPE RIBAS: Pero gente que en estos momentos está leyendo novelas, que se venden, porque hay muchas que las persigues y no las encuentras porque están agotadas, no lo hace a través de la crítica, sino a través de otros canales. ¿Quién lee crítica literaria en este país?

FEDERICO JIMENEZ: No, es que la crítica literaria no existe. Es la reseña de los periódicos, estrictamente.

PEPE RIBAS: ¿Y quién lee las reseñas de los periódicos?

FEDERICO JIMENEZ: Todo el mundo. Estoy seguro que todo el que lee el Fotogramas lee lo que dice Jiménez Frontín, y el que lee el «País» o el «Tele/eXpres»...

PUCCI VILLURBINA: Bueno, mira, estamos llegando a un nivel que me está hartando. Estáis hablando de una serie de esfuerzos en lengua castellana y yo tengo muy claro que en lengua y literatura catalana llevamos muchos años de

adelanto. Y la opresión que sufrimos es muy fuerte. Esto lo tengo clarísimo y constatado porque yo he parido una colección, el 1068. Y sé qué es la literatura de vanguardia. Ahora, lo que te digo es que en Catalunya sí hay crítica literaria, y funciona. Tenemos a Carme Riera que escribe una narrativa que la gente lee. Y Biel Mesquida y Quim Monzó publicarán unos libros, que he leído y valen la pena. Y hay una nueva narrativa catalana. Que los castellanos estáis perdidos los reconozco por muchas cosas.

NURIA POMPEIA: ¡Los catalanes están igual de perdidos!

PUCCI VILLURBINA: Disiento totalmente.

NURIA AMAT: Yo creo que hoy en día es más fácil publicar para un escritor catalán que no para uno castellano.

FEDERICO JIMENEZ: Sin duda.

NURIA AMAT: Yo me he encontrado que me han dicho que si mi novela «Cuerpo» fuese en catalán se publicaría mañana mismo.

NURIA POMPEIA: Pero a nivel de literatura está igual que el resto del país.

PUCCI VILLURBINA: Yo pienso que la revista «Els Marges» es una revista literaria que funciona, que está al día en todo, que publica cosas muy bonitas. Y sé que hay un esfuerzo.

JOSE SOLE: Esto parece un anuncio publicitario de la televisión.

PUCCI VILLURBINA: Perdona, pero una de las trampas peores en las que podemos caer es en la miopía. Aquí, porque tenemos la frontera más cerca, o por lo que sea, se han leído una serie de libros y se ha estado al corriente de una serie de cosas mucho más importantes. La gente ha tomado la alternativa de publicarlas en su lengua, y ha tomado la alternativa de buscar un lenguaje para publicarlas en su lengua.

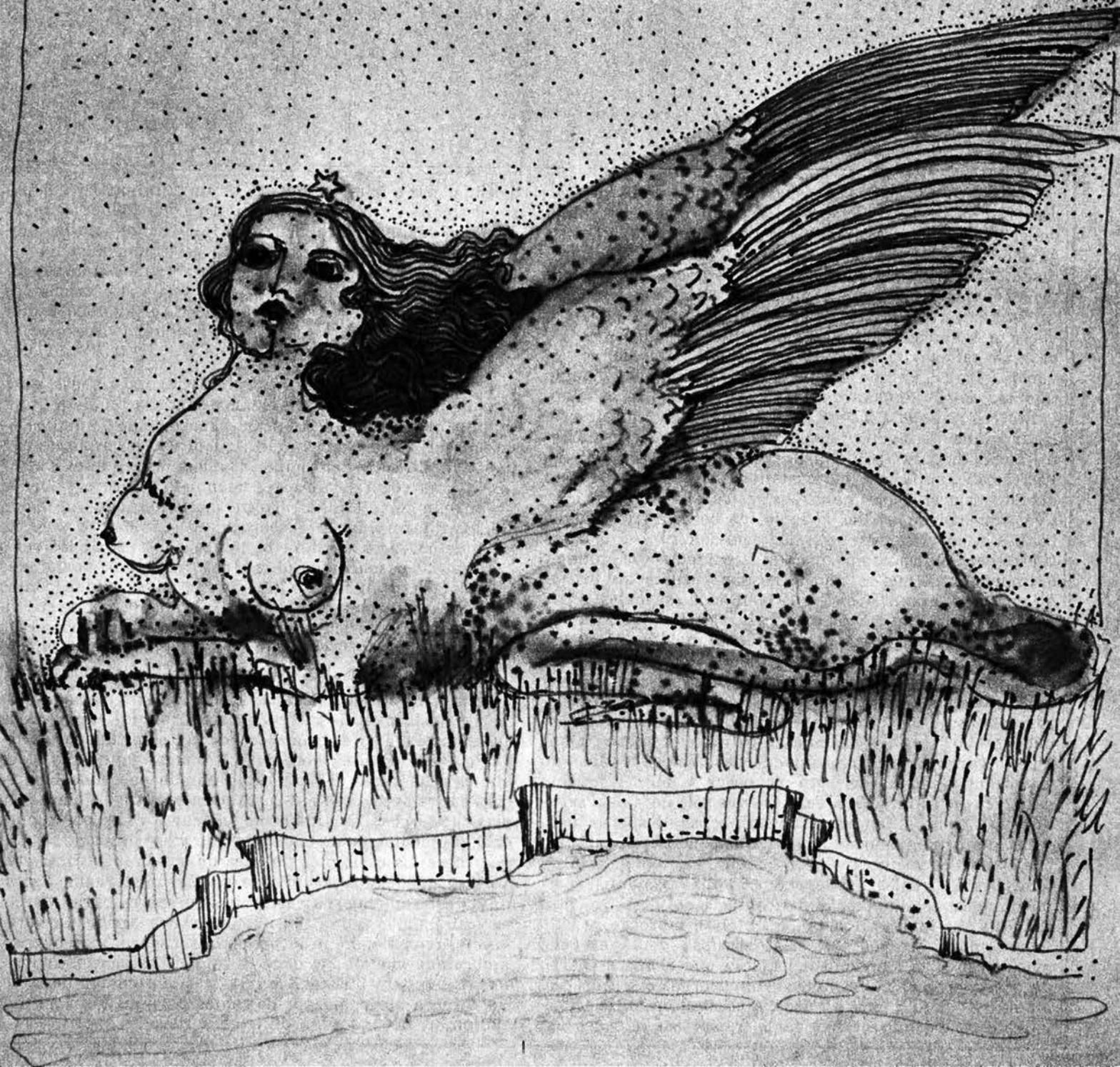
NURIA AMAT: Pero esto no quiere decir que haya un renacimiento de la literatura catalana.

PUCCI VILLURBINA: ¿Que no hay un renacimiento?

NURIA POMPEIA: No caigas tampoco en el triunfalismo. No nos engañemos. Y así seguimos un poco más...

ja sóc aquí

Dulcinea del Toboso



CUERPO

NURIA AMAT (Barcelona)

La teoría del amor, se lanzó al aprendizaje de las formas amorosas obedeciendo a un dubitativo pero irresoluto deber que la impulsaba brusca y violentamente a amar siguiendo (parecía) las instrucciones de un manual programado, sin descuidarse ni del más insustancial de los acentos o comas equivocadas, memorizándolas repitiéndolas superándolas a la manera de aplicado estudiante en busca de la más alta nota. Era una carrera de vértigos iracundos, de saltos y precipicios que se descomponían en el vacío o, mejor, en una atrofiedad de movimientos cuando también, mucho más tarde (luego y ahora que recordaba).

Marcos no seguía las señales, las maneras, los caminos, los instintos que Esther llevaba copiados en su pensamiento, como dictados por aquella voz que ella denominaba Perfección. Inútil decirle o bastante peor confesarle que él debía pensar en cada uno de sus gestos, sus propias iniciativas, que en lugar, por ejemplo, de besarla en el cuello igual a si acometiera uvas o incitarla con las yemas como si estuviera amasando puré, él (Marcos) tenía que producir la impresión de que realmente besaba y solamente pensaba en besar, que al apoyar sus abultados-sensuales labios sintiera y en consecuencia transmitiera todo el proceso de un beso: el cosquilleo de su nacimiento maléfico: padeciera su sofocante escalada que, como una anudante pero deleitosa náusea, subía... subía...: percibiera su alargado estremecimiento agrandándose a través del contraído tubo, asfixiándose y luego distendiéndose en su amplio y personado pecho: sufriera, insinuante sufrir, el beso oprimiéndole la garganta, secando sus cuerdas vocales a causa de la tensión, la fuerza del beso por besar, y del nerviosismo emotivo; ese sentirse a la vez beso que sólo besa baboseando en su boca, inflándose y desinflándose, despacio pero insistentemente como un globo deshaciéndose en caricias: que sus labios se derritieran al quemarla en la epidermis y todo, besos y cuello y senos y sus rodillas y cuantos cuerpos tuvieran, se infectaran del contacto del beso tras otro beso, de sus labios en sus labios o en el muro de su oído imantándose atrayéndose electrizándose como el vello agradeciendo la suavidad del nylon: que él fuera cuerpo de amor, que ella el amor de un cuerpo, que hacer el amor..., supiera..., era... (buscaba el símil de lo indecible, hablaba titubeando, segura de su fracaso, de la decepción

consiguiente a la domesticación de un tigre, pero y con pesar hablaba...) era, sí, tan sencillo como poner toda tu atención casi con la meticulosidad de cirujano en las pinzas, tan simple como pensar que se estaba haciendo el amor a él mismo, que sus senos fueran aquellos insostenibles pezones aplastados en su pecho y que al acariciar los de ella (abiertas aspas azules), pusiera el idéntico fervor con que acariciaría los suyos... En cambio, irreversiblemente.

(Cuando la apetecible atmósfera distorsionábase para otro intercambio de amor), Esther sentíase inquieta y ondulante ola dispuesta a soportar el seco golpe de quilla vadeando en el vacío para luego quebrarse en espuma más parecida al fragor del rompeolas que a las sedantes burbujas de una costa siempre recomendado. Marcos valoraba su aplomo como el náufrago inconsciente nada aún hacia la desvalijada playa. Y Esther se quería arena, se envolvía de quietud, de acogedora blandura para evitar los rompientes, las cascadas de altercados producidos por el mar cuando persistentemente topada sin más salidas contra una grave taciturna roca. Porque inexplicablemente sus vidas devenían relajantes y tranquilas si Esther diariamente consiguió dominar la tirantez de sus moldes al ferviente ardor de Marcos.

(y del mismo modo que la naturaleza crea paisaje sereno al transformar la piedra en arena diluida, aplacadora del mar), Esther, esplendorosa de sol salpicándole la espalda, yace tirada sobre un intrincado tejido de redes blancas. La cama es demasiado amplia para una habitación estrecha, la cama es corta para abrigar los alargados pies de Marcos. Desnuda como los muros y el sopor que les cobija, únicamente su cuello torcido y esperanzado se yergue sobre los oscilantes puentes de sus brazos abrazados Diríase que en la postura de culebra aletargada Esther anida celosamente sus partes de estampa hembra. Marcos se estira en la cama, ha quedado boca arriba, la verga erecta irrumpiendo en la penumbra, oscura, más negra y amoratada que su piel tizne de humo. Las piernas separadas, como para ilustrar todavía más la dignidad de su sexo. Ambas alevosamente desnudos parecen dos lágrimas desunidas de una suite de aguafuertes.

Las sombras: tinta expectante, disolvente reactivo que aguarda la inspiración. Respiran profundamente y esperan. Se supone que impacientan el punto de comunión. La espera es el estremecimiento, parpadeo de miradas, de asaltantes prevenidos. Silencio meditativo: ambos porfian su suerte, equilibran pros y contras para que el resultado sea un empate de fuerzas, de cansancios, rendiciones, sea una obra acabada. La señal de rompan fuego puede ser un disparo de reflejos de alguna mano dormida, o el motor del frigorífico, o el pitido de un vehículo quebrando la sorda paciencia. Esta vez comienza Marcos a deslizarse todo el brazo hacia el peñasco vertiente de las suaves nalgas «apretadas y saltonas de Esther, sujetado a él: Marcos se arrastra, en la mirada pena piadosa de pendiente clamando su pan al cielo. De la imperturbabilidad de Esther, Marcos obtiene la respuesta y monta como un galápago sobre la concha cerrada de las duras formas de Esther, el caparazón se ablanda bajo el calor de la mesa derriéndose en su cuenco: esa cabalgante curva que sucumbe en la cintura y resucita brotando en un espacio redondo moldeable para el juego. Marcos ha ocupado el lugar apoderándose de la luz que antes lloraba en ella. Sigue quieta, tan sólo contorneando la parte oronda de su figura esquelética: dos acosantes ondas que balancean ofreciendo dulce asiento en un columpio de rosas. Allí acomoda la verga, ajustándola delicadamente plana en la separación hecha adrede para mecer su medida. Vaivén de adelantes y atrasas, dindán desde atrás hacia adelante: Esther acepta este juego, le ofrece un mayor disfrute subiéndolo los hombros, elevando su espalda, ahuecando aún más la curva con deseo satisfecho de que el

prepucio de Marcos intente alcanzar columna tendida en forma de arco, y siente cuanto le roza, y quiere conseguir que cada toquecito vaya a dar uno por uno a la cadena de huesecillos que la sostiene, extenuarse al ritmo de la tocata... y se conforma con el placer que ha creado en su sonrisa el sexo panegírica y voluptuosamente maleable de Marcos fluyendo por su canal, serpenteando declives y diluyéndose como una manada de peces sumergiéndose entre sus vértebras.



En la pared, se han sobrepuesto dos manchas: una encima de la otra: la más ancha y más segura negruzca predomina sobre la más pálida. El grabado se adormece. El buril ya no puntea. Esther parece había descubierto formas imaginables y pedía perdurasen. Marcos pronto se cansaba del juego y exigía otras hazañas, era su modo de amar (ella le reprochaba), una correlación de escenas ligeras y persiguiéndose. Esther, no, Esther podía pasarse la noche o desvanecerse en sueños rehaciendo un único movimiento que fuera inacabable. Y Marcos tenía que terminar y siempre clavado en ella o escapándose al lavabo cuando Esther se resistía a guarecerle en su concha. Y este desacuerdo (que a nosotros se nos presenta sencillo solucionar sobre un texto o argumentarlo en consejo), en ellos era una bruma repentina y acechante que bruscamente caía como un pesado telón malogrando el espectáculo. Se hallaban tan juntos y a la vez separados, como encerrado se encuentra el iluso dentro de su sueño vanamente intentando atrapar entre sus brazos, seguirlo con la mirada, transformarlo en realidad. Y mueven y acoplan sus cuerpos al tamaño de nada, esa forma desnuda de penumbra insustancial. Etán abrazando su sueño: Marcos con ingenua rebeldía y Esther con la conciencia asumida. La abochornante bruma les cubre incluso los ojos. Esther, debajo del peso de Marcos, bajo el muro de la bruma quiere (¿dice?): dice que quiere: que quiere sentir el cielo. Y sigue inmóvil, concentrada en su razón como aguardando un milagro. El, sin atreverse a moverla, fricciona todo su cuerpo contra su larga espalda, su ancha curva invulnerable, y la oquedad de sus muslos vagamente contraídos: jadean, suspiran claudican, se buscan por entre la niebla cada vez más aplastante, parece que sus impulsos les hunden más en el cielo, en la ausente oscuridad en lugar de levitarles: tal es la escuela del amor. La pared en sus sombras agitadas se ha convertido en árbitro del reflejo de la lucha.

En su abrumadora excepción diríase que, apurada, va descontando segundos: tiempo que petrifica a Esther, ya objeto a merced del tiempo. Marcos ha caído, se ha rendido en la contienda con la conflictiva sensación de creer que se ha aprovechado, ciegamente apaleado a un tierno ser indefenso. Con todo el hosco arrepentimiento que puede demostrar un hombre humillantemente provocado, ha dado la espalda a Esther. La distancia se ha alargado en la pared y en sus cuerpos, ahora perceptiblemente solos. Ya no es bruma, ni telón, ni ausencia quien los separa: una evidente realidad. Esther comprende. La mujer se lanza cual traicionero animal con empecinada rabia que quiere decir pasión: sus senos desorbitados, su expresión desencajada, sus huesos sobresalientes como encabritados látigos fustigando el vientre de Marcos. La pared se tambalea. El hombre sostiene el golpe, la recibe con sorpresa complaciente, intenta responder el acto sentándose también él con las piernas cruzadas lo mismo que las ella socorriéndole en la cintura. Esther le impide, le empuja de nuevo al lecho vegetiva por el irónico ademán que repentinamente se le ha subido a la cara, antes podrida de ardor. Marcos ha bajado sus párpados, puede ser para ayudar esa vacilación de Esther, lasciva sobre un hombre acabado. Todo en la habitación es murmullo de frágileslecho vengativa por el irónico ademán que repentinamente se le ha subido a la cara, antes podrida de ardor. Marcos ha bajado sus párpados, puede ser para ayudar esa vacilación de Esther, lasciva

va sobre un hombre acabado. Todo en la habitación es murmullo de frágiles siluetas, formas, que incitan a Esther a jugar con las sombras, a recrear las formas, bailar sus mil movimientos precisando cada gesto como dirigido a un público. Se aman perdiéndose, precipitadamente. Esther se entrega obsesiva, repitiendo á la inversa los mismos caminos innumerablemente recorridos y siempre, siempre interminables. Le pasea el cuerpo, le atraviesa el cuerpo. Supura, abandona, resucita todos y todos los quejidos que Marcos vomita en su boca. Le oprime. Le recorre el cuerpo sin permitirle descanso. Todo el cuerpo del hombre ensalivado en sus labios. Se le ha comido el cuerpo y lo está expulsando a trozos, en fragmentos, en espasmos: atragantándose. Ambos ebrios. Ambos fuera de sí. Esther, glotona, cansada, indigestada de amor devorador se siente llena de hombre, repleta de la piel, de la carne de un Marcos desvalijado en sus tripas, del sabor de Marcos traspasándole conductos, venas, vejigas, apasionándole todos los sentidos, saciada del hombre real que ha engullido gastando cuanto el placer tenía en el propio acto de consumir y sin dejar ni un resquicio para la palidez: el sustancioso paladeo, la suculenta degustación de cada bocado de amor. Se protege el

vientre con sus manos, un poco pidiendo alivio, y más para detener la mole de Marcos presto a cumplir con su turno, a valerse del momento de la indolencia de ella para agotar su potencia. Las sombras se estremecen. Perdura la sombra única más esponjosa, más hueca: siguen juntos y abrazados como turbios laberintos que se pierden, encontrándose. Desorientado como esos corredores inconclusos. Confundidos, se aman convenciéndose uno al otro cuál es el sendero a seguir, para salir del atasco y liberarse en un punto, en el centro, claridad de los caminos sin fin. La mujer resiste, se ha resignado al lugar, su mismo lugar del comienzo. El hombre (ella siente) la llama, la invoca con esa voz de socorro que no es su nombre ni su voz, un trueno de cantinela, de distante cantiga amorosa que llega a través de piedras, filtrándose por las murallas y apagándose en su oído sordo, vacío, inerte abandonando a su suerte como su cuerpo dormido y sus manos sobre el pecho sosteniendo entre los dedos la dulce inquietud del sueño... Había sido una lucha triste, una entrega voraz, solamente comparable al odio de un cuerpo contra el otro cuerpo, que les dejaba extenuados. Ahora también, Esther podía dormir en paz (pensaba):



«GENESIS»



Kurro Márquez (Cáceres)

El burgués creó a dios
a su imagen y semejanza.

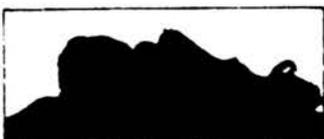
Le dijo:

Ve a los tajos,
a las fábricas.
Tú puedes hacer
dóciles
a estos proletarios
de mierda.



Y así fue.

Callosas manos
levantaron iglesias
y conventos
y basílicas
rematadas con cruces.
Toda una inmensa
maquinaria
empezaba a moverse...



¡Buen invento!
—dijo el burgués—,
y durmió tranquilo.

Hasta que un día
alguien corrió la voz:
¡dios nos está explotando!
¡hay que matar a dios...!

Y así fue.

Callosas manos
destruyeron iglesias
y conventos
y basílicas
rematadas con cruces.
Toda una inmensa
maquinaria
empezaba a caerse...

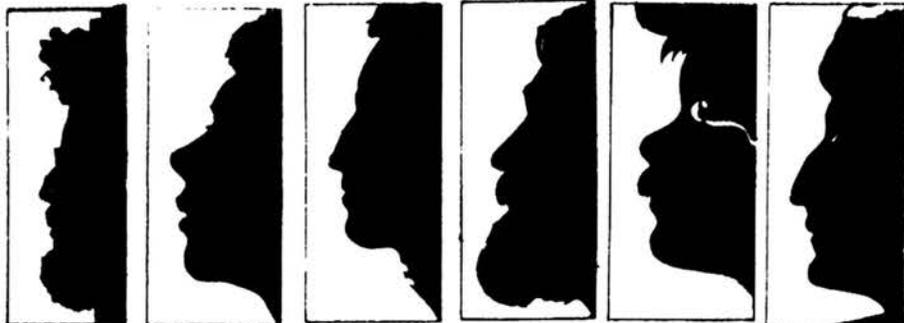


—¡AHHH!

El burgués se despertó sobresaltado.
Saltó de la cama y miró hacia la calle:
Todo normal. Las mujeres corrían al rosario de las ocho
y las campanas repiqueteaban lentamente, como todos los
días...

Menos mal —se dijo—.
He tenido un mal sueño.

(20-VIII-77)



Sermó



Toni Turull (Barcelona)

Demà, Xavier, arribes de Menorca
—ara els avions arriben quasi sempre—
però si un dia no arribessis,
a tu, gairebé principiant de delinqüent,
et ploraria amb les llàgrimes més rodones.

Aquesta vegada en arribar jo, tu no hi eres,
i temo que potser ara ja no m'entens
—estava escrit i ben escrit—
però no em menyspreïs

—només els poderosos i autoritaris són dignes de menyspreu—
i dialoga amb mi com féies
tan sols fa mesos, sense haver de prendre
una actitud, sense haver d'amagar
allò que tu ets de cap a peus,
genú i per tant, a la teva edat,
fora de joc:

«Espanya és una merda. Catalunya
és part d'Espanya...»

M'ho vares escriure tu que havies
cobert la vella vergonya
de l'estàtua del Llapis
amb la teva bandera...
I sé la raó que tens...

I sé la raó que tens...

Però, escolta,
si vols destruir els elements de coacció,
deixaràs d'aprendre l'art d'estimar?
No vols aprendre l'art de la guerra?

Demà, Xavier, arribaràs flipat,
sense diners, amb avió i una bici:
això pot ésser un bon inici.



Luhisa Oliva (Zaragoza)

Corro ciegamente
hacia esa región más transparente,
más oscura
más alejada de la irrealidad cotidiana,
para hundirme en la realidad verdadera
de ese ensueño

del dolor insufrible
del curso de los astros,
encuentro la ternura en el universo,
me entrego, ritualmente desnuda,
a ese cosmos ordenado
donde hay una parte de ti,
intento la entrega

en la pasión de las esferas azules
que giran en torno a la tierra,
estremezco el amor en un corazón
para el que ya no existen barreras,
ni la angustia habita ya
esas regiones superiores.

SUEÑOS DE UN VAGABUNDO

(fragmento novela).

Pepe Ribas (Barcelona)

Muevo la cabeza; arriba, abajo, derecha, izquierda. Balanceo y brisa, pelos despedidos en todas direcciones, ojos que no ven nada concreto, cerebro fugando al infinito desvelando mundos desconocidos que a golpes de picota pasaron al olvido.

... nace un tulipán en la matriz de una mujer marchita..., árboles gigantescos invaden todas las ciudades; no más laberintos, se han roto los palacios..., un ejército de renacentistas escurren las praderas. Aristóteles y Platón venga a darse por el culo mientras un epicúreo le da al organillo. ¡Anda ya, dale a la verga, tira del carro, ábrete la bragueta, expulsa los malos genios: es primavera.!

... llanuras perdidas en las que llueve vino y el aire sabe a chiste divertido; sucias carcajadas al sol que más calienta. Padre y madre recostados oran enseñanzas de iluminado; prisioneros de un lejano milagro van clavándose los dardos hasta que un festín de sangre los deja completamente extenuados; gota a gota van perdiendo el conocimiento. Escuchan a lo lejos los clarines, llega el policía con sus sirenas y sus estruendos; órdenes, pasos, pero es demasiado tarde: dos clarines son más fuertes y el cordero es profanado con los hábitos de un obispo disipado por la resurrección de un moniato.

Locuras sin pies ni sesos

¡Jal! Hay que dejar de hacer dictado. Hay que sembrar libremente las tendencias para ve cuál es el brote.

Engrandece el castillo heredado.
Tradicción, posesión, aferramiento... llaves que abrigan, ungüentos que sacian...

¡Qué bonito! En mi lugar no hay fronteras. No situaré el dado en este mundo amordazado. Dejo llevar el cubilete y a cada paso borro un trazo de mundo heredado. Vivo hoy y aquí.

Estado recto y travestí.
Gran jefazo, dulce vagina de macho cabrío. Padre (madre e hijos tiernos y obedientes). Seguridad...
¿No te tienta?

Entre tanta bienvenida y tanto encierro, constantemente descubres mala leche, trabanquetas, resentimientos, pisadas obscenas y libidinosas, ansias de poder, uñas que buscan lugar: —¡Qué cansado! — ¡Uf, estoy desesperado! — ¡Qué asco! — SUICIDIO. ¡Ya basta! Mierda. De la mierda el estiércol, del estiércol el abono, del abono la carne, de la carne la mentira, la máscara... el hombre.

Pobrecitos, qué lástima; los porros, la mugre, o caderas, mentores y primos hermanos. Me gustaría estar en cualquier otro lugar... mas no puedo, para nacer he de darme transportar por el viento para nadar por rutas algo incongruentes. ¿Quién sabe? Quizá tras haber desempolvado polvo, la herencia se rompa y vuelva a la bestia. Así de sencillo. ¿De dónde vengo? No, no debo recordar, no puedo racionalizar, he decidido volar. Sí, recuerda, volar, empujarme hasta el final, dejar para siempre lo que es pecado y el fraude de la vida; es mi lento camino de muerte... de negación. Olvidar para siempre, desprenderme del subconsciente cultural, de la ósmosis estatal, del poder papal; nombre, razón, condición..., locura o desenfreno, ánimo al fin de un destierro. Muevo la cabeza, nuevo, muévala hasta enloquecer. Lo uno o lo otro está, por tanto, Combina, Mezcla, Renuévate, Revienta.

«La compañía Air Pelotís anuncia la salida de su vuelo Patatas Fritas con destino a FRESAS VERDES».

Rugidos de lobos que andan sueltos por un monte perdido buscando el manjar con el que poder alimentar a sus habitantes. Energías que van y vienen de lejanos mundos sin lenguaje, sin tiempo, atravesando mares de formas mutantes, espacios de infinitas dimensiones; azar por encontrar formas en las que podamos revolcarnos sin vergüenza ni pecado. Volteretas recobradas por el aparato que plácido y sereno atraviesa nuestro polucionado cielo azul.

Y de pronto un zsum tremendo; los árboles se hacen elásticos y danzan sobre la tierra que rima con las olas marinas. El sol está muy alto y sobre un campo invernal, con florecillas de un amarillo que llega a espantar, pacen abemoladamente una tribu de carneros blancos; no sé si están comiendo o si están hurgando entre las ruinas. «Aquí Ampurias, patria de filósofos y guerreros, de barcos y víkingos.» El cielo se hace blanquísimo y resplandece pegado al mar, a las piedras, a la muralla. Javier y Juan están encendiendo el fuego, suben leños, y hacen mucho ruido. Todo resuena y de pronto lanzo un exabrupto lleno de terror:

«Me quieren quemar, es la inquisición, soy griego». Su magia negra me aniquila, y es que he osado cometer el más grande de los pecados. Ampurias en llamas resistiendo una invasión vikinga, y queda poco tiempo. Antes de morir abrasado por cualquiera de los dos fuegos, he de confesar mi pecado. ¿Pero, cuál es mi pecado? Jamás le he dado importancia, no recuerdo, y sin embargo con él los inquisidores lograrían dominar el mundo. Los barcos vikingos se acercan, entran por el estuario del río, entre la necrópolis y el dique griego. Algo muy fuerte, muy profundo, se ha roto seguramente para siempre, pero no recuerdo y no acierto a explicarme qué es lo que está pasando, intento recordar, quizás un vaso de leche, no sé, creo que no es esto. Así, he de componerme en el nuevo equilibrio, descubrir el nuevo mundo. Me siento muy pesado en estos momentos eternos y no puedo hablar, cualquier cosa puede dar una pista a los inquisidores y no debo, el mundo ha de seguir, ha de seguir. Me siento eternamente bondadoso, empiezo a caminar seguro, he de irme, he de irme. Ampurias arde, en ella se concentra el pasado, las culturas de la muerte, los cadáveres, la impotencia y los inquisidores. El cielo blanquecino de luz, resplandece y es allí, allí en lo alto, a donde debo ir, poco a poco, con paso estrecho y muchos momentos eternos, pero he abierto el destino y antes de que los bárbaros vikingos hayan ultrajado la piedra y su significado...

«La compañía Air Pelotis les desea el más feliz de los vuelos. Velocidad: dos zancadas por espaviento. Altura: padre, madre-hijo. Pilotos: todos los seres del universo. Exactamente en tres chollos estamos en Fresas Verdes.»

Totalmente destrozada, al final de esta carrera no va a quedar naturaleza sin pecado. Dicen que un redentor salvó al mundo tras haber esparcido pequeñas hostias. ¡Ja! Si así lo hubieras querido nunca sus feligreses hubiesen sucumbido ante la castración y el sadismo. AHORA RECUERDO, ACIDO, NO DEBO RETORNAR. HE ROTO EL CORDON. ADIOS RAZON, ADIOS. Antifaz, té, babuchas, whisky, TV..., prescindiendo de tanta alienación doy patadas al viento y notas celestes fervorizan intrépidas secuencias del último mass-film de la temporada (diablos de señor, caray con su codo, su americana, su corbata y su cartera de mano negra en piel): en cualquier casa de cualquier ciudad, existen rostros rasgados por el vicio de la pela que culpan al mundo. Un padre revienta, la madre ramblea, niños protestan, ejércitos combaten, revolucionarios pregonan, capitostes oprimen: danza macabra por sostener una rutina mientras repelentes ídolos fascistas se retuercen de risa ante una burguesía que cultiva el fin de semana con gran decoro y una creciente masa armónica consume fetiches bajo la acción divina del pene falso de la paz y del confort.

Oficios cerrados por taliones de mentiras y, oh pobres maricones, serafines y lechuzas, ellos todos bienbenditos marginados y derrocados por el más facial de los laberintos; en éste, señores, no hay salida. Nadie resiste prenda, dicen y no hacen, legislan y no cumplen, amnistian y recrudescen su combate: consumo, expropiación forzosa, pequeños túneles..., agobios por tejer rejas... ¡Bah! Rompo la jaula y veo un mar poblado de Sirenas que espe-



ran atentas cualquier arribar. Estoy y descubro maravillas. Gran Neptuno desconfía y pretende pinchar o culo, mas Dulceola todo lo arregla y sin obstáculos me empuja plácidamente a la corte de Afrodita. Manjares exquisitos, camastro de algas escarlatas, zumbidos de viejas mojigatas.

—Su comida, señor.
 —He comido, gracias.
 —¿Qué?
 —Sirena Dulceola me ofreció un exquisito cóctel de erizos. No pude resistirme.
 —¡Este señor se ha vuelto loco! Habrá que llamar en seguida a un médico.
 —¿Quiere hacer el favor de dejarme estar en mi lugar?
 Dulcespuma Mediodía Serenata Dorada, las conozco. ¡Qué mundo más armónico, oh bello paraíso! No sé si en su día fue reglado o si aún están por estrenar, ojalá siga lo mejor. Afrodita me muestra los siete arcanos, los nueve es-

tadios y los veintisiete cielos. Sin palabras, sin frases hechas por quienes nunca podré llegar a conocer, sin intereses... El manuscrito de Afrodita envuelve desde siempre la unidad del Universo, y en la roca de Sibelius escucho las bellísimas transparencias de infinitos mundos recobrados. Es el proceso, algo nace, algo muere y, sin embargo, un misterio permanece, ora es luz ora noche y aunque todo se acabe, habrá un irreversible más aquí: algún bichito..., algo, ¡qué sé yo!

«Ilustres pasajeros, abróchense los cinturoes con ligero golpe de braguero. Aterrizamos en el aeropuerto internacional General PicaHaaz d'obligación moral-tradicional. Admiren la maravillosa bahía y alegren sus carrozas, pues nuestra entrada coincide con el retorno del ex-presidente rosa Fascito Grandmito, recibido con obligado entusiasmo por irradiados pétalos con programa opb2874, tras su pavoroso exilio (oh mon dieu) de 39 chollos en Lenin's Cia and corporation.»

Nieblas de polucionados humos que provocan constipado. Tinieblas consagradas por horribles gemidos de una loba que está pariendo su cuarto atrevimiento, ninguno de los anteriores logró sobrevivir pero en éste tiene puestas todas sus esperanzas, ha descubierto un bosque aún lejano. Ha parido, no es una maravilla pero está satisfecha. Ha dejado de rugir, me levanto del asiento. ¡Uf, qué alto!, me tambaleo por el pasillo, la azafata me observa ensimismada, pero me deja, ya no ha de volver a verme jamás, bajo las escaleras, piso tierra. Por todos los alrededores miles de enredados esperan con estandarte y pegatina la llegada de su gran postizo: Fascito Grandmito. Huyó aterrizado a lograr vetar la peste de Rosas. Corro, corro mucho durante un buen trecho hasta verme atrapado por miles de incoloros pétalos que todo lo han embozado. Fascito tatata, Fascito tatata. Alaví, Alavá, Alaví-om-bá. Grandmito-Grandmito-Grandmito vencerá. Y el defensa pasa al portero, el público ladra, pero Fernández tira la pelota al centro del campo, recoge Jiménez, pasa a López, se interna en el área de penalti, regatea a uno a dos a tres... GGGOOOOLL. Ahí, ahí el nuevo profeta. Un turista recostado sobre una toalla de abejaorros tiene enchufado el transistor. ¡Visca el President!

El anterior, el de la muerte de gangrena a fuego lento, el mal llamado por sus ministros «padre-abortivo-de-la-patria», tan sólo se murió por viejo, con tubos y tubos por alargar su herencia y traspasar sus papelucos a un reinado de helvéticos eunuocos; y su tan traída y manoseada cruzada no fue más que una raza de bribones que no hicieron otra cosa que transvasar mercancías de puerto en puerto, construir altísimas cajas de cerillas en todas nuestras costas y verter discursos de colorín-colorado por conexiones con Godós muertos que asolaron en quince días, y por traición de ganaderos, la civilización del placer y del buen hacer. Andalucía ocupada y sus alhambras de porros alados, ¡a hacer puñetas! Sobre sus ascuas la Santa Alianza, pero hete aquí, que Fascito, el excelso, el salvador autonómico, el instigado y repiqueteado por el padre-abortivo-de-la-pa-



tria, vuelve a cantarnos la rumba de churubunchel, de Abderramán, de Averroes. Cargado de viejas añoranzas, de ficciones y de estío. Pero no hay que olvidar que también esconde en sus discursos y las palabras hechas por el gran cerebro, por la pegadiza oratoria de los Yankis, por la dialéctica, por el oro de Moscú, por el equilibrio de fuerza, por los bloques...

«El fantástico es incorruptible: mata por una idea e igualmente puede hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo.»

Me hundo, huele a pis-pies, a sucio, aún peor, a vacío. Sin distinguir ni desear pertenecer, un pétalo me arrea un fenomenal pisotón: COJO. Otro me toca la oreja: SORDO. La mano: MANCO. LA vista: CIEGO. La cabeza: RAZOO-NOOOOO. (Es una emisora de radio, el diario hablado nooo, política nooo.) Dejádmelo tocar, quiero amar el torso desnudo de este efebo, nórdico, turista, de vacaciones por España, que toma el sol sobre toalla de abejaorros. Pétalos grisáceos permanecen atentos intentando cazar al vuelo cualquier perdiz, codorniz, gaviota, o lo que se preste. El turista mira derecha, mira izquierda, guiña el ojo, se convulsiona; no, no hay ortodoxia. Se me acerca, me mira de arriba abajo, me empuja suavemente hacia las cañas,



entre las zarzas y el prado de florecillas amarillo-gritón. El mar esta en calma, las piedras y las llamas han desaparecido, pero el cielo continúa embravecido por la luz. Es mi puerta, lo sé, pero lento es mi camino. Se palpa una cierta melancolía a través de los pinos y las cañas. Erecta, se saca el pene de su pana y le, me baja el pantalón y así de sencillo, un-dos, un-dos, vaivén acicalado en un aeropuerto radiofónico, travestido por vítores y aplausos. A lo lejos, los buitres y las gacelas contemplan desde la barrera el tosco espectáculo, que por supuesto, no les hace ninguna gracia, pero claro, democracia es seguridad, nuevas inversiones y capital norteamericano. ¡Y a mí qué!, deseo que me dejen amar, ver, correr, divisar, llegar algún día a la cumbre borrascosa y romper el espejo de la razón, de mi figura, de mi entorno, para poder abrazar más grande, para poder divisar nuevos contornos, para escuchar el himno de los dioses, para entregarme a los hombres, para ser yo y poder olvidarme de todo, incluso de quien me ha parido.

Patadas en los cojones y a lo grande, las fuerzas del orden me la han dado y buena. «Una burla, una mofadura, pero ¿qué es esto?». ¡Fascisto! ¡Fascisto! ¡Fascisto! ¡Ay, qué lío, qué lío, qué horror-trip! Pero ¿qué es esto, pero qué pasa? Estoy mal, muy mal, pero qué mal rollo, qué lata, quiero irme inmediatamente de aquí. Golpes, empujones: atasco filial. Atrapado. Pétalos malvados han logrado detener mi frenesí, no saben mi pecado pero mil han de encontrar,

me obligan a penetrar en el carruaje, suena la sirena, sientto garrotazos. Habla. Eres anti-Fascito, anti-Santa Alianza, anti-todo. Acrata. Habla, queremos saberlo todo. Quién eres, de quién recibes órdenes, cuál es tu contacto. Habla, repugnante hijo de perra, habla si quieres conservar pellejo entero.

«Yo, yo sólo trataba de amar un torso extraño, sólo deseaba... (mis palabras son basura, caen en el pozo de quien no puede escuchar, no vale la pena decir nada, son pétalos).

Gritos, alaridos y gemidos. Una tremenda petalada ha invadido por completo las vías de Fresas Verdes. Son las elecciones, todos a votar. Y sin embargo no hay colores, todos pétalos, todos incompletos, dispuestos a ofrecer sus cuerpos al mejor postor. «¿Cuánto me paga usted, cuánto? Pues bien, le votaré.» Mi cabeza a punto de estallar, sangra la nariz, piernas no saben sostener, pene se hace muy chico, uñas desgarradas y sobre tabla de acero inoxidable, palos en los miembros, punzones en el pecho. Al despertar prosigue la sesión con ametrallamiento masivo de increíbles incoherencias. ¿Quién ha roto las urnas, quién? Dínoslo inmediatamente, te hemos visto dar órdenes, romper cristales y robar papeletas. Lo malversado supera cualquier ribete. Palas Atenea: he nacido hereje, malo, muy malo, malísimo. Me dicen subversivo, apátrida, maricón... ¡Qué sé yo! Alucinen conmigo y lo entenderán, esto es inyectable, total y completamente intolerable, es una guarrada, una pasada. Yo quiero escurrirme y ya está, es todo. Ni urnas ni bozales de plata. Y no voto porque perdí mi identidad y como usted es un señor muy democratón, pues me deja tranquilo ahora mismo y ya está, todos contentos. Entérense, no me importa el Grandmito ese recién llegado del exilio para ser votado, ni el otro, ese Míttis de mierda apuesta y caballeresca, que en la esquina de abajo lo vi mear. Tan sólo soy un ciudadano de la patria de maría castaña.

—A la celda, ahí te pudran y maspudran. Ahí aprendas que nadie puede saltarse a la torera este juegucito tan divinamente orquestado por las multinacionales del más allá. Arrodiolate y comulga con billetes de cien dólares. Te los traerán vía Hong Kong y entonces matas al financiero catalán Sr. Puig-lloc i Ball. Telefonas al diario progre del lugar y, pasas la factura al (ni dios-ni patria-ni rey).

—A la celda por no querer entender cuáles son las reglas. A la casa del quejío y del lamento, a tragarte duchas de fuel-oil y a contemplar los eunucos de los emires árabes. Carajo. Necesitan sangre, pánico en las calles para que todos comprendan que sin autoridad no hay orden, y sin orden libertad. Ven aquí, querido, ven, abrázate y déjame que te la meta. ¡Huy, qué bueno estás, madre mía! Quédate aquí sentado, voy a llamar al secretario. Dos mil por hora y primas extras los días del Señor. Tu físico, tus gestos; es igual lo que digas, es igual lo que piensen, tú a lo tuyo, pestañea si es preciso, díles: ¡Oh, qué bonita es la casa de mi tía Julita!, con sus maravillosos tules, sus mosquetes, y sus leprass. No a la celda, tú no sirves para nada y cómo me cabrea, allí te retuerzas, allí se desintegren tus drenajes y por los siglos enterrados desaparezcan de la tierra todos estos mamotretos, que como tú, intentáis descomponer el alba del orden y la libertad.

así sea/dedicatoria
exclusiva a José Stalin
y Benito Musolini

Mary Sol Olba (Madrid)

«quería vivir, quería vivir sin saberlo y no supe decirlo más allá de los tortuosos enjambres que se enredaban en las piernas dando rodeos, trillando la senda de las mismas palabras y las mismas lágrimas, los mismos silencios, las mismas pausas, las mismas miradas una y cien veces en el apretado haz de los días de un año pedradas silbando entre las sienes y la saliva mezclada de un beso que arrebatara por instantes la tumefacta masa de la vida herida, agonizando con toda la furia del deseo y la lucidez trágica del último momento

»más al borde, ya al borde en aquella madrugada en la que se aunaron dos turbias siluetas y comenzaron a recorrer la lechosa lengua de niebla que envolvía las calles todavía dormidas y todos los besos y todas las caricias y todo el sabor paradisiaco de lo que fue compartido acuñado en una bola de acero descolgada hasta el estómago y a cada vaivén del cuerpo inclinándose alternativamente sobre el pie devorador de distancias rodadas sobre poleas móviles de cemento oliendo todavía a noche, la bola resbalando hasta los intestinos, golpeándolos, agarrotada la garganta ante el absurdo desenlace el dolor que quiso ser alegría debatiéndose furioso en el hueco tapizado de celofán del foro de un cruel teatro que al recién acabábamos de incorporarnos

»tratar de aflojar el apretado lazo de la angustia talando los hierbajos pegajosos de un intrincado reducto en la jungla de las sensaciones, y a lo lejos, avanzando con cada paso la única certeza vislumbrándose: la del imposible; eso y los besos robados a la muerte incruenta cerniéndose en el horizonte como el ala negra de un cuervo

»pero más allá de un contorno fijo sólo queda la explosión y las formas desintegrándose bajo una presión superior a la resistencia

»sería algo muy difícil de encuadrar cuando sucede que hay una porción de algo irreconocible protegiéndose de la mirada con una abrasiva luminosidad y si eso está introducido entre la piel y la carne y se siente pero no se sabe entonces sucede que una gran brecha se abre después de vaciar dos tazas de café negro y hay una multitud de sentimientos dispersos por el encuadre de dos miradas fijas en el ángulo de la cafetería que abarcan un pedazo de mármol, una quemazón en la lengua por el café hirviendo, las monedas a punto de caer sobre la mesa, algunos miembros (brazos, manos, ojos) flotando, y que ahora siento todo reunido en el pantanoso sabor de una imagen que fijó la memoria una madrugada

»y lo siento, te quiero mucho pero no puedo acompañarte, y lo siento, te quiero mucho pero no puedo quedarme.»

Canción para mi compañera

Luis (Madrid)

Tus líquidos exactos
las playas de tu cuerpo.
Los bosques de tu monte,
los montes de tu cuerpo.
Las olas de tus brazos,
los mares de tu cuerpo.
Las alas de tu risa,
los vuelos de tu cuerpo.
La fruta de tus labios,
los panes de tu cuerpo.
Tu vocación de hembra
la sangre de tus lunas.
La ciudad de tu cuerpo.
Tu vocación de hembra
la sangre de tus lunas.
La ciudad de tu cuerpo.
Los ríos en que bebo
donde sacó mi sed.
Tu geografía.
Donde me encuentro
donde me pierdo.



Juan Pablo Ordoñez (Madrid)

Sacrificando mansiones
donde el agobio y la muerte
recorren los pasillos
y ocupan el más íntimo rincón.
masacrando ciudades irreales
donde el hastío reinara
con fiero y dictador poderío.
Convulsionando momentos
en otros tiempos inenarrables
pero hoy extensos y palpables
como átomos gigantes
incrustados en tus ojos.
Amotinando reglas,
rompiendo compases humanos
nacidos del poder milenarío
blasfemando en la moral

más rancia,
mientras los ciclos irrompibles
unen de nuevo sus extremos
aún a costa del tiempo y
de los hombres
y escribiendo una canción
al cielo
te relatan su mensaje de
implacable poderío.
Entonces tú: indefenso
atronado por mundos salvajes
e infinitos, sientes en tu carne
el inmenso hachazo
que bruscamente sangrienta
tu cerebro y te obliga
a recorrer veredas familiares
soñadas sólo por ti donde tú
como algo que recibió
estás intentando hacerla brotar.

El monarca del tiempo

(Fragmento de novela inédita)

Javier Marías

El coronel, como si dudara de si el giro que había tomado su alocución era infatuado y pomposo o por el contrario sublime y avasallador, se detuvo y articuló algunas sílabas inconexas (agudamente acentuadas) para a continuación balancearse ligeramente sobre sus talones adelante y atrás (las manos rosadas en la mesa apoyadas) a modo de pausa o de transición.

—Una carga fallida: ese fue el marco de su aprendizaje y consagración. Una carga contra las Tres Flechas a las órdenes del gran Poniatowski, cuya poco envidiable misión consistía en atacar por detrás con el grueso de la caballería aquel reducto imponente y bien guarnecido. El riesgo y las dificultades que la operación entrañaba le hicieron mostrarse cauteloso, indeciso, y cancelar por dos veces las instrucciones ya dadas para sustituirlas por otras, casi opuestas en la primera ocasión, en la segunda vacilantes, mal enunciadas y ambiguas. Mientras tanto la batalla iba desplegándose rápidamente en los otros dos frentes, y los jinetes empezaban a impacientarse al ver que el momento previamente indicado para que se produjera la carga se disipaba sin que ésta tuviera lugar. Louvet, en cabeza, aguardaba con exasperación el instante de participar finalmente en una acción concertada y masiva: su caballo, instigado por él, se revolvió sobre sí mismo contagiado de su sanguinolencia exultante, tentado bruscas arrancadas y quiebros a la espera del espoleamiento definitivo, sin miramientos, brutal, que desde hacía ya varios minutos se insinuaba inminente dentro de su inagotable procrastinación. El Bayard polaco, trémulo de fiebre y titubeante, reflexionaba. Las cabalgaduras, nerviosas y enviscadas, recalciaban. La tensión de los hombres, al tiempo, cedía y se diluía. Por fin, ensartando la bruma y el vaho, sonaron las voces encadenadas, resolutas, imperativas: hubo una espontánea e improvisada reordenación de las filas, demasiado dispersas ahora, en exceso ausentes y apaciguadas: los corazones más jóvenes batieron con fuerza, los oficiales se calaron un poco más los morriones y desenvainaron haciendo innecesariamente entrechocar los metales, todas las figuras se irguieron; altisonante, confusa, se oyó la orden de ataque, y entonces empezó a formarse una nube de polvo, desnudo y calor que fue ascendiendo paulatinamente desde los cascos de los caballos hasta los muslos de los jinetes a medida que unas líneas, al desplazarse, invitaban a las siguientes a avanzar y ocupar su lugar, y que el trote, en virtud del trabajoso pero regulado crescendo de todo impulso remolón e inicial, se iba acelerando mecánicamente. Y como el polvo que enturbiaba la aurora, también el retumbar aumentaba y se hacía a cada segundo más profundo y más uniforme: las tropas compactas marchaban al trote y adoptaron un ritmo de dácilo, amenazador, machacón; y trotaban, trotaban, trotaban, trotaban. Louvet, abriendo la carga, se despegaba unos metros del bloque para acto seguido remitir y frenar, dejarse de nuevo engullir por el tinte azulado y espeso de sus camaradas y a continuación distanciarse otra vez: adelante, siempre su empuje le llevaba adelante sin que nadie le pudiera sobrepassar; y mientras él sorteaba hábilmente los tucos de árbo-

les que emergían del suelo como enormes cabezas de condenados asiáticos, algunas monturas comenzaron a tropezar arrastrando consigo a sus dueños en aparatosos derrumbamientos y revolcones en serie. Por el contrario Louvet, imbuido de esa concentración tan intensa que el anhelo acostumbra a otorgar, apretaba más bien el paso; y cuanto más velozmente corría mejor manejaba las riendas de su jaspeado caballo, bordeando con desenvoltura, como un artista circense o un bailarín metamorfoseado, los obstáculos que el endemoniado terreno le presentaba. De nuevo la voz monosilábica, empañada, aspirada, resonó entremezclada con los murmullos de aliento que las cabalgaduras y los jinetes, en forma de resoplidos los unos, de imprecaciones secretas los otros, mutuamente se prodigaban; y Louvet... Louvet espoleó aún más su montura emprendiendo el galope en lo que él entendió como el apogeo de la dilatada carga: a tres cuerpos de los demás cuando acometió su trascendental carrera, fue exigiendo a cada salto adelante mayor rapidez, o tal vez fue incapaz de embridar los ímpetus de su animal desbocado. Y sólo cuando el verde cercano de los uniformes contrarios surgió con rotundidad tras el humo y la polvareda, obligó a resbalar al caballo en un alto y volvió la mirada: sus compañeros, sus subordinados, a una distancia ya mucho mayor de la que le separaba de los cosacos, estaban inmóviles o se replegaban hacia su campo: nadie en cualquier caso le habían seguido, la carga se hallaba interrumpida, anulada, él tan sólo había atacado. El Bayard polaco se había arrepentido otra vez, las dudas le habían vuelto a asaltar. Y Louvet, con los ojos agigantados empapados no se sabe si de rabia, triunfo o espanto, con el sable en la mano inclinado hacia abajo y sumiso, todo el tronco torcido, volteado hacia atrás y un estribo perdido en el súbito giro, penetró en otro tiempo, ¿comprende?, un tiempo distinto que no conocemos, nada tiene que ver con el nuestro: una vaharada de irremisión salida de su propia boca debió de envolverle mientras sus vítreas, agrietadas mejillas despedían un reflejo encerado e intoxicante, y en aquel momento se unió al sino latente, impasible y perenne de nuestra corporación, que cristalizaba con él por enésima vez lanzando destellos fulgurantes y efímeros, verbosos (fjese) así que jaculatorios, para en seguida recluirse de nuevo en su zona de inmanencia y de sombras y volver eternamente a empezar. Y él, Louvet, dirigió su montura a galope tendido contra los cañones rusos de las Tres Flechas. Desde la lejanía se le vio llegar hasta allí con el brazo derecho extendido, como una estatua ecuestre dotada de movimiento y pasión, sin que lo abatiera ni se produjera un solo disparo; y a continuación, tan fugazmente como al pretenderse vigilar la inaprehensible conducta de un instante aislado, se vislumbró tan sólo el caballo y después nada más. Y cuando los tumefectos despojos del ejército ruso, escasos, maldicientes, vencidos y pese a todo en buen orden se retiraron como un enigma insoluble al ponerse el sol, el erudito Louvet marchaba con ellos...

El coronel tomó asiento e hizo girar con tal fuerza el globo terráqueo que adornaba su mesa que a punto estuvo de derribarlo: tan decidido y enérgico fue su manotazo.

EL OCASO DE LOS DIOS

Reix de Azúa

Voy por la calle con el perro y el gorila. ¡Mira!, dice el perro. ¿Qué?, digo. ¿Dónde?, dice el gorila. ¡Allí! ¿El qué?, digo. Está desorbitado. ¿Dónde? ¡Lo veo!, digo. ¿Qué ves?, dice el perro. ¿Y tú?, dice el gorila. ¡Mira!, dice. ¿El qué?, digo. ¡Un fascista concreto!, dice el perro. En efecto.

Al fondo de la calle, un tipo seco, con un cigarro entre los dientes, un pantalón estrecho, una americana cruzada, botines con polaina. El perro tiembla de furor. ¡Allí!, dice. El gorila se ha quedado atrás, buscando en una papelería. ¿Dónde?, grita el gorila. ¡Un nazil!, dice el perro. En efecto.

El perro tiembla de furor. ¡Fascista!, musita. ¿Qué pasa?, digo, si te estás quieto no nos hará nada. ¡Fascista!, murmura. Si no te metes con él ni se dará cuenta, digo. ¡Señorito!, gruñe. ¿Qué veías?, dice el gorila que viene trotando. ¡Un fascista!, concreto, dice el perro.

El tipo se aproxima y observa con insistencia al perro. Me ha visto, dice el perro, ha reparado en mí, me vio, seguro. Que no, digo; todo el mundo mira a los perros por la calle. Va a pegarme, dice el perro tirando de mis pantalones. No temas, digo, aquí está el gorila. ¿Dónde?, dice el gorila. El nos defenderá, digo. ¡Me mira!, grita el perro y el fascista le mira. ¿Dónde está, qué defiende?, dice el gorila. ¡Me vio!

El tipo escupe por un lado de la boca. Un trozo de tabaco cae cerca del gorila. ¿Es suyo el perro?, dice el fascista. No señor, es libre, digo. ¿Libre? ¡No me abandones!, dice el perro. Es un perro extraño ¿no?, dice el fascista. Un perro extraño, repite y lo mira con sus ojos amarillos. Es libre de ser como quiera, digo. ¿Libre? ¡No me dejes!, dice el perro. El fascista continúa su paseo y el perro se recupera.

Debo confesarte algo, dice el perro. Dime, digo. Soy de ascendencia judía. Lo sabía, digo. Bueno, ¿dónde está?, dice el gorila. ¿Y me amas lo mismo?, dice el perro. ¿Quién?, digo. El fascista, dice el gorila. ¿Lo mismo?, dice el perro, ¿eh? Para mí

todos son iguales, digo. ¿Quiénes?, dice el gorila. Casi todos, digo.

Cuando entro, el perro está leyendo una carta. ¡Eo!, digo, ¿carta? Pero el perro nada dice. ¡Eo!, grito. Y al levantar los ojos se los noto distintos. Uno hacia arriba y otro hacia abajo. Mi mujer me ha abandonado, dice. ¡Qué!, grito. Y vuelve a leer la carta. ¿Y por qué?, digo. Pero no me contesta. Luego sube un ojo al techo y baja el otro al suelo. ¿Y el gorila?, dice. No sé; que por qué te ha dejado, digo. Quería ser libre, dice el perro, independiente; te leo: «...de modo que he decidido ser libre, independiente y me voy a emplear, punto». Es la esclavitud, que la mataba, dice el perro al cabo, ¿y el gorila? ¿Qué esclavitud?, digo. ¿Eh?, dice el perro con su mirada miniquea, pues la casa, los niños, ya sabes, ¿y el gorila, sapristi? Pero si niños no tienes y la casa la limpio yo y no sé dónde está el gorila ni me importa, digo. El perro vuelve a su carta. Para pasar las hojas se moja el dedo con la lengua, pero ahora se le ha quedado el dedo en la lengua y hojas no pasa. ¿Qué lees?, digo. Es esta abrumadora institución, dice el perro. Sácate el dedo de la lengua o no entiendo nada, ¿qué institución?, digo. ¿Y el gorila, no va a venir el gorila?, dice. ¿Y para qué tú quieres que venga el gorila?, digo. Hoy hay una fiesta, dice. ¡Y eso!, digo. Pero no voy si el gorila no viene, ahora estoy solo. Yo estoy aquí contigo, digo. ¡Solo!, gime. ¿Que estoy aquí!, digo. ¿Vino el gorila contigo?, dice.

¡Eo!, dice el gorila que entra en forma de Pi. ¿Y eso?, digo. Porque el gorila viene con el cuerpo roto; el tronco perpendicular a las piernas y apoyado en el suelo con el brazo derecho. Se me rompió la cadera, dice. ¿Y eso?, dice el perro. Nada, que de pronto se me rompió: entraba yo en la casa, sin luz que la han quitado, y me caí por el ascensor. Mi mujer me abandonó gorila, dice el perro. ¿Cuál mujer?, dice el gorila. ¿Y no fieste al médico?, digo. ¿No conociste a mi mujer?, dice el perro. Todavía no he



ido, dice el gorila. Se llamaba Peperasmena, dice el perro. Pues has de ir, digo. Yo creo que me curo por las buenas, dice el gorila. Nos amábamos sobremanera, dice el perro. ¿Y por qué se fue, entonces?, digo. ¿Quién?, dice el gorila. Para ser libre de esta esclavitud de la casa y los niños, dice el perro. Hay que enderezar a éste, digo. Tenía rasgos distinguidos, dice el perro. ¿Cómo va a ir éste a la fiesta andando con una mano y un pie?, digo. ¿Quién?, dice el gorila. Si no viene éste yo tampoco voy, dice el pe-



rrero. ¿Si no vienequién?, dice el gorila, ¿de quién estáis hablando, quién se ha ido?

Le cojo el brazo; ven aquí, gorila, digo. Se lo estiro, me apoyo en sus riñones con mis piernas, empujo arriba. ¿Qué haces, chico?, dice el gorila. Te arreglo, digo. Pero si está muy bien, dice el perro. ¿Qué haces?, dice el gorila. Me siento en el suelo y miro al gorila: o te pones derecho o nos quedamos sin fiesta, digo. ¿Qué fiesta?, dice el gorila. Yo me voy, les digo, ya nos encontraremos en la fiesta si es que váis.

Esto es una fiesta. Todos estamos limpios. Esta fiesta es eterna. El perro y el gorila están muy limpios. Han apagado una bombilla, pero esto es una fiesta y no hay quien acabe con ella.

Esto fue una fiesta. Me encuentro con el perro apoyado en una farola. Esto sí era una fiesta, por Cristo, dice. Una larga fiesta. El perro se inclina hacia el suelo, adiós, dice, no te olvides el pedazo de cartón. En la salida está el gorila. ¿Te acuerdas?, dice y se le llenan los ojos de lágrimas. Fue una

larga fiesta. El gorila está en el suelo. ¡Deja de llorar!, digo, mañana hay que volver al trabajo y allí estaremos todos otra vez, en la calle o en la sala. O en la fiesta, dice el gorila. No, allí no, dice el perro. Ahora vomita. No veo muy bien; espera un momento. ¿quién apagó la luz?

En el trabajo no veo a nadie. ¡Eo!, grita el perro al entrar y darse contra el quicio. No es lo mismo ¿eh?, dice el perro. ¿Trajiste el cartón?, dice el gorila y se rasca un ojo sin cuidado alguno. Ahora te escuece más, claro, digo. Este sí es un cartón, dice el perro.

Hasta luego, hasta mañana, dice el perro. ¿Dónde anda el gorila?, digo. ¿Cuál gorila?, dice el perro. El que vino a la fiesta, digo. ¿Qué fiesta?, dice el perro.

Esta es mi casa. Han apagado la luz pero es mi casa. Y una muy buena casa es. ¿Dónde he metido el cartón? Entro en mi casa. ¡Ola!, digo, ¿hay alguien en casa? Nadie puede haber con esta mala luz. Tengo que cambiar el relleno de lana. ¡Vaya lana! Una muy buena lana era. Enciendo la luz, pero la han quitado. Si esto sigue así me tendré que mudar, me digo. ¿Adónde?, me digo. ¡A un sitio, hombre, a un sitio de esos, por ahí!, me digo. Cualquiera sitio para cualquiera, me digo.

No queda nadie por aquí. Bueno, voy a la nevera. Todo ha terminado, ¿no? Pues no voy a la nevera, digo. ¿Y la luz, eh? ¿O se creen que uno puede vivir así?

¡Eh! aAquí!, dice el perro. ¿Qué tal ayer?, digo. ¡Vaya fiesta chico!, dice, ¡aquello era una fiesta! ¿Ayer?, digo. No, ayer no había nadie, dice. ¿Y qué hiciste?, digo. Nada, ¿por?, dice. Entra el gorila con un brazo escayolado. ¡Vaya!, dice el perro, ¿qué pasó? El brazo, dice el gorila, míralo. ¿Y?, dice el perro. Nada, llegué, no había luz y me caí por el ascensor. ¿Y?, dice el perro. Nada.

¿Dónde está el perro?, digo. El perro está llorando. ¡Pero hombre!, digo. Deja, deja, dice el gorila y me aparta, vamos, vamos. No, hombre, digo. Deja, dice, deja. Un momento, digo, espera. Deja, deja, dice el gorila y me arrastra.

Vomita, digo. ¿Eh?, dice. Que vomites, digo, digo. ¿Para?, dice. Es bueno; tú vomita y ya verás. Bueno, dice. ¿Duele?, digo. Mucho, dice, sobremanera. No llores, digo. ¿Por?, dice. No es bueno, digo. Tú lo sabes todo, ¿eh?, dice.

Nunca volveré a mi casa. ¿Y los chicos? ¿Ya no queda nadie? Entro en mi casa. ¡Eo!, grito. Como no pongan la luz estoy listo, ¿quién va a querer venir? Ni yo. Salgo a la calle como un loco. ¡Eo!, grito, ¿no hay nadie?

¿No hay nadie?, grito.

LA B.R.E.B.A.

Ajoblanco: La B.R.E.B.A. (banda rebelde extraterrestre del bajo aragón) os quiere dar a conocer al poeta Eliphas Klimowsky. Nuestra intención, en un principio, es la de ver publicados algunos de sus poemas, así como una especie de ensayo literario sobre su poesía en la «Linterna Literaria» del 20 de abril próximo. Eliphas Klimowsky fue dado a conocer por primera vez en el segundo número de la revista «Albada» del cineclub (ya desaparecido) del mismo nombre de Alcañiz (Teruel) a mediados del año pasado. Su segunda aparición tendrá (habrá tenido) lugar en el Pollo Urbano n.º 5 de Zaragoza. La «extraña» biografía de Eliphas Klimowsky se encuentra en las citadas revistas, por esta razón pensamos que ahora es conveniente un estudio más profundo, dejando aparte la realidad física del poeta y dando mayor importancia, por el contrario, a su auténtica existencia: su poesía. Nuestra intención ahora es la de dar a conocer su creación literaria que nos parece verdaderamente interesante y, en muchos aspectos, totalmente innovadora. No obstante, preferimos dejar la opinión y la crítica a los lectores, que son, en definitiva, los que tienen la última palabra. Bien imaginamos que pueden existir inconvenientes para su publicación por razones de espacio. Procuraremos ser breves. El mundo de Eliphas Klimowsky es demasiado complejo como para, siquiera, llegar a imaginarlo por medio de unos pocos poemas. Su evolución es constante. Por este motivo hemos pensado en un texto a modo de ensayo que, creemos, puede proporcionar una mayor comprensión, aunque sea generalizada, del mítico mundo poético de Eliphas Klimowsky. Os agradecemos de antemano la oportunidad que nos brindáis y os rogaríamos que publicaseis los textos tal y como os lo enviamos. Si creéis oportuno publicar esta especie de introducción, dirigida, en un principio, a vosotros, podéis hacerlo, claro está... Os pediríamos también que si, por algún motivo, no pudieseis publicarlo en su totalidad, nos lo comunicaseis a la dirección que os remitimos (1). Estamos a vuestra disposición para cualquier duda que pudiera surgir. Gracias de nuevo.

SALUDOS Y SALUD

(1) La BREBA. C/ Zalmedina, 13, 3.º C. Zaragoza.

LA BREBA PRESENTA A ELIPHAS KLIMOWSKY

Como individuos sujetos al mundo que nos rodea (mundo que vemos y sentimos fuera de nuestra desconocida integridad «psíquica»), creemos en el orden y la armonía desprendida de todo misticismo. Sé libre, sé ordenado. Eliphas Klimowsky constituye un mundo ajeno a las vibraciones y coordenadas «normales». Seremos precisos y ordenados al intentar compren-



der su mundo. Sin ánimo de dividir lo que constituye una única integridad hemos reunido su mundo poético, lo hemos explorado y vuelto a dividir, hemos acabado por establecer una serie de puntos que, intuimos, ayudarán a esclarecer un diferente sistema poético:

- Animales.
- Dios y religiones.
- Macrocosmos.
- Microcosmos.
- Humor e incomunicación.
- El llamado ocultismo.

- Quizás el tema de los animales (preferentemente nauseabundos) sea el más conocido, hasta ahora, de la creación poética de E. Klimowsky. Es conocida su obsesión por insectos y animales pequeños (batracios, ofidios, arácnidos...) que abundan insistentemente en sus primeros poemas. Se ha pensado en una obsesión paranoica que nosotros nos negamos a aceptar. Klimowsky es un gran amante de la naturaleza. Ha visto en ellos una existencia con más sentido que la de los humanos. «Nematodo, hijo de la destrucción / que te alimentas acostado / no te descuides porque de lo contrario / te encontrarás con la muerte...». Es un claro aviso contra la muerte angustiada y lenta de los venenos. Existe una especie de fatalismo en la relación hombres-animales, es muy famoso el poema titulado «La araña»: «Cuando una araña se pasea por mi cuerpo / yo no sé qué intenciones tendrá / pero buena o mala / grande o pequeña / bonita o fea / perjudicial o beneficiosa / yo las mato a todas.» Hay otras de una gran belleza como esta titulada «El gato», de clara influencia oriental: «Bajo esa mirada enigmática / surge como un rayo / el zarpazo certero / y limpio del gato.» Son pocos los animales que no se encuentran en el mundo poético de Klimowsky: culebras, arañas, moscas, tórtolas, gusanos, caracoles, ranas... Como dice Klimowsky «En el reino de los animales, el hombre ocupa el tercer lugar».

- Dios y religiones: Klimowsky es un gran enemigo de Dios. «¿Cómo vamos a creer en Dios / si nos da horror sólo pensarlo?» Es éste un fragmento del poema «Dios», claramente significativo. Enemigo, también, de misticismos y religiones. Dice en otro poema refiriéndose a Dios: «... miles de seres manejados / como marionetas y muñecos / haciendo su Santa Voluntad / fuego y el fin del mundo». El auténtico valor está en el hombre que es la unión de conjuntos de cosmos.

- Macrocosmos y microcosmos: «El cosmos», «partículas y moléculas», «Universo», «Desierto», «Microbios», «Planeta X», «Ecos», «Atomos», etcétera, son algunos de los poemas que describen la concepción cósmica de Eliphaz Klimowsky: «... espacios siderales / cohetes y cometas / cuerpos celestes / velocidad del infinito». O bien: «... estrellas, planetas / asteroides, cometas... / todos funcionan de formas muy dispares / como imanes de diferentes caras / chupando la entraña cósmica del cielo. / Sanguijuelas de otros mundos». De la serie 10 poemas dedicados a todo lo abstracto de este mundo.

- Humor e incomunicación: Tiene Klimowsky un difícil humor que raya con lo absurdo, pero, acaso, ¿no eres tú absurdo?, y, sin embargo, es absurda también toda justificación y Klimowsky, buen conocedor de la materia (¿también Eliphaz es absurdo?) nos ayuda a todos con su concepto de «supercomunicación»: la busca y captura y la destrucción de las estúpidas barreras que impiden comunicarnos. «Llovía en la era marcial, preguntó el hombre famélico», «La muerte desastrosa de la mosca o la democracia tan esperada», «Poesía de la numérica máquina de calcular», «Tres superpotencias animales... son poemas cuyos títulos bien nos pueden aclarar las cosas...»



- El llamado ocultismo: La seriedad del ocultismo radica en su complicación que puede ser transformada en chiste. «Naturaleza», «Poder letal», «Una poesía sobre la muerte», «Reflexiones sobre destrucción y animación, desmaterialización y destrucción», «Los 4 elementos... son algunos de los poemas que tratan de este curioso tema. Hablando del fuego dice: «... amigo de unos pocos / y enemigo de muchos». Y en otro poema: «Vida y muerte son la misma cosa / sólo las diferencias las separan». Algunos claramente cabalísticos: «... ¡Oh!, siniestros cuerpos, adónde vais por el camino equivocado? / ¡Oh!, ánimas del purgatorio, revelaos cuando los infiernos se acaben. / Las sombras del candelabro anunciando la caída del Imperio Romano / la luz, el fin del mundo y de la humanidad / y la electricidad la nueva venida de la antimateria».

«Los pechos».

José Alfredo Pérez (Laguna)

Cortaré pechos gigantescos. Me haré con ellos dos guantes de boxeo con los que iré por toda la ciudad machacando los vientres eróticos de todas las preñadas que encuentre, esos balones de fútbol que solo viven nueve meses. Tus pechos, tus obscenos pechos, los colocaré en la delantera de mi coche a manera de faros antisol con los que cegaré a todos los policías que intenten detenerme cuando conduzca a cincocientos kilómetros por hora y en tremendo estado de sordidez, o mejor, dejaré que se acerquen y cuando me pidan datos y documentos les incitaré morbosamente a que acaricien tus pechos, no hay prisa, acaricien un poco esos pechos-farosantisol, venga, venga, no sean tímidos, y mientras ellos, frustrados a perpetuidad, reprimidos del carajo, se deleitan con tus arrugados y piojosos senos, yo, me volatilizaré ante sus propias narices, escalando el rayo de sol que tenga más a mano para luego descender en medio del desierto en forma de genio de la mala leche y allí introducirme dentro de una voluptuosa, como tú, botella, en

la que pienso, lo dudo, permanecer durante siglos, que no serán muchos, pues el desierto, que no es otra cosa que una gran cantidad de esperma minipetrificado proveniente de las furiosas masturbaciones de los antiguos dioses paganos, es muy aburrido, sobre todo dentro de una botella, aunque sea voluptuosa, desde la que sólo puedo ver, de vez en cuando, algún camello deshuesado y blanco de canas, hasta que en medio de una cabreadura impresionante, un legionario francés, recién castrado por los beduinos, me dé una patada, no a mí, sino a la botella, que me hará revivir. De una manera suave e indolente, pero sádica a la vez, le diré que soy el genio de la bondad, y mientras él, creído, me pide angustiosamente que le devuelva sus lindos cojones de capirote, yo, verteré pacientemente, delicadamente, en su herida sin cicatrizar unos puñaditos de sal y un chorrito de vinagre. Ante esta situación, y en tanto él trata de estrangularme con un alambre de seda, a la vez que como un párvulo cualquiera va nombrando, por orden alfabético, a todos los santos del cielo, yo —el omnipoderoso, el sempiterno— volveré a volatilizarme dividiéndome sucesivamente en dos partes hasta llegar a ser, hasta devenir, un ser atómico, dejando tras de mí una escuela supercalifrigilisticoespildosa de todo olor a almizcle, todo sabor a limón, todo luz, todo humo, todo incienso, todo..... todo.



Wish you were here

Laure (Santiago)

Un leve suspiro. Apenas un vientecillo. Como una caricia aterciopelada. Un susurro etéreo y leve. Como la movilidad de una pluma balanceada por la suave brisa marina. Un mundo de transparencias...

I

... creándose: el campo abierto al infinito. Tangible en el bosque eterno. En el viento ligero —naciente— que en su vivencial discurrir acaricia las múltiples copas. Esas gotas que principian...

En su dominio los árboles parecen llevar a cabo un renovador ritual y dejan caer —volar— sus lágrimas transparentes y húmedas que se precipitan —abandonándose a la fuerza de la gravedad— al vacío, hasta besar el suelo. Un suelo mojado, vivo, fresco. Reverdeciendo a cada instante —al compás de un presentimiento en la lejanía—, en cada inspiración.

Y la lluvia se hace persistente. Vitalidad constante. Arriba, en lo más alto: el celeste vientre. Paxuriento. Mágico. Irrealmente brillante, confundido con el arco multicolor. Hermoso en su gris plomizo de algunas zonas.

Abajo: la paz cotidiana —unos pasos al fondo— se troca en espectáculo. La lluvia arrecia...

Algún animalillo cruza velez el sendero. Alguna imagen asustada —los pasos se oyen más cerca— se difumina entre las sombras.

La naturaleza entra en tensión dentro de su eterna y superficial calma. Algún ave —ha aparecido el hombre— no se fia, a pesar de que tiene fácil su huida. Aleteos. Murmullo de hojas, las ramas se mecen, chapoteos en el curso limpio y claro del riachuelo: alboroto natural...

Pronto pasa el susto. En cuestión de segundos la paz y la quietud natural reinan de nuevo. La vida sigue su curso.

Encuentro

Joaquín Lara (Madrid)

Hay mañanas en que la luz se viste de luz
y es inaprensible
si no la filtran en ocre
las hojas del Otoño,
y es irreal
si no desgaja el humo
en calidades de negro.

Hay mañanas puestas en el calendario
para que las esquinas sean transparentes
y los tejados destilen rocío.

Hay mañanas disfrazadas de encuentro
con el olor resucitado de los archivos del cerebro
y la voz —naturalmente— temblando
y el semblante alegre.

Hay mañanas destinadas —como flechas—
al recuerdo durante años
y años olvidados, trasnochados
en railes muertos.

Hay manos que van mañanas eternas
hundidas en los bolsillos
hasta el centro de la tierra
y allí atraviesan lo ignoto
y allí despedazan fácilmente las sorpresas
y allí se quedan... esperando.

«El apagato del podeg»

Arturo Andreu Villalba (Valencia)

«Lo sabemos, es verdad, pero nada hacemos...». HUMO

Primero se celebraron las votaciones. Mamá, así; yo también. A papá le daba lo mismo y mi tío, el francés, dijo que no. El animal se había paseado constantemente delante de nuestra casa, durante toda la semana anterior. Meneaba la cola, emitía lastimeros grititos con su cara simpática y retozona. A mamá, según me dijo poco antes de ser internada, le parecía que su boquita suplicaba «aceptadme, aceptadme». Sin embargo, papá no apreciaba ningún encanto en Rodolfo... pero el gatito me había entrado por los ojos. Y no quería salir.

Ahora que lo pienso, ¿cómo iba papá a comprender a Rodolfo, si únicamente lo veía una hora diaria? Bueno, a nosotros nos veía menos y nos comprendía más. Al principio, Rodolfo se portó bien (algo tenía que cumplir de lo que prometió a mamá con sus maullidos). Mi tío ni siquiera sospechó nada. Había vivido mucho tiempo en Francia y creo que no se podía enterar muy bien de las cosas de aquí. Pero odiaba a Rodolfo. (Lo que podía notar en muchas cosas; no quería que le diésemos cosas de nuestros platos, y hacía muecas de asco cuando subía a nuestras camas.) Y cuando acababa de regañarme le oía murmurar entre dientes algo así como: ...«al cesag, lo que es del cesag». Era viejo, y a veces los viejos, perciben peor las cosas. ¿Qué voy a decir si era mi tío y me hacía regalos? Que era un buen tipo, eso es lo que voy a decir. Hasta que murió, claro.

Papá le comentaba, como muchos otros sábados, después de cenar, que se dejara eso del anarquismo, que había que organizarse; y la tira de cosas más. El tío no le hacía caso y contraatacaba con lo de «la democracia es una tampa paga el pueblo y etcétera...». A ver si me acuerdo... ¡Ah, sí! Fue cuando pusieron aquel anuncio tan bonito. El de la comida para gatos. Aparecía un gatito rojo, todo bigotes y ojos y abría la boquita diciendo (le ponían voz de chica): «Me gusta, me gusta KIT; cómpralo, me harás feliz. Luego sonaba una que rimaba con lak. A mí me gustan todos los anuncios... Y el tío dijo «que asco de programas». Le contesté que no era un programa y se volvió hacia mi padre con lo del «Hay que desmontar el apagato del podeg».

No recuerdo más. ¿O fue entonces cuando se le echó Rodolfo a la cara? No sabía de dónde había salido. Tal vez estaba debajo de las sillas o escondido entre los cojines del sofá. No. Papá, lo oí cuando se lo contaba a un policía, dijo que estaba sobre el transformador de la televisión, cogiendo calor. Bueno sí, él dijo energía.

Todos nos reímos mucho. Sólo le hizo un pequeño arañazo en la mejilla. A papá le parecía Rodolfo un aliado suyo en contra de mi tío, el alborotador. El gato, tras su travesura, huyó rápidamente. Corría que se las pelaba. Saltó por la ventana, hacia las vías. Inmediatamente salió el trío detrás (por la puerta, claro). Oímos que gritaba, furioso:

«¡Con que estás en el otro lado esperándome! ¡Ahora verás! Luego sonó el silbido del tren. Y el tío no debió oírlo.

Lo que ocurrió los días siguientes fue desagradable y aburrido. La funeraria, la misa, el policía. Y encima la pandilla de muchachos que vivían cerca (esos que llaman «los periodistas», porque se enteran de todo) vinieron dos días después a molestarme, diciendo que sabían a donde fue a parar la lengua de mi tío. Les acompañé y, claro, era mentira. Sólo era un trozo del dedo gordo, con uña y todo. Y es que los policías son muy limpios...

Rodolfo parecía nervioso. ¡Ver un accidente de esos! Mamá lo cuidó de una manera especial esos días. Papá se aburría los sábados por la noche, pero no, es que estaba triste y a lo peor tenía remordimientos. Otra vez me equivocaba. De nuevo me enteré por una conversación suya con mamá. Tenía problemas con su trabajo: rumores de despidos. Y papá estaba preocupado. Y discutía mucho más con mamá.

Varias semanas después, Rodolfo comenzó a martirizarlos. No los dejaba dormir. Aullaba como si fuera el mismo diablo. Así una noche y otra y otra y otra... Papá y mamá hubieran querido comprarse hace años dos camas, pero no tienen dinero y como papá tiene el sueño muy ligero... Yo no oía nada, dormía en la otra punta de la casa y Rodolfo callaba al acercarse.

Los recuerdos que tengo de esa época son dos imágenes.

Papá. La cara triste, arrugada, harta. Con la mirada en otro mundo y un tic en el párpado izquierdo. Sudor por las sienes. Yo me disgustaba al verlo así. Intenté preocuparme, pero Rodolfo saltó sobre mí... para proseguir con sus interminables juegos. Bueno, supuse, jugando con él dejaría de aullar (lo hacía también por el día) y de destrozarle los nervios a mamá.

El otro recuerdo es de Rodolfo. Sentado, con el rabo enrollado alrededor de sus patitas. Sus ojos, dos ranuras verticales y oscuras. Respirando aire de vez en cuando, los bigotes metálicos se movían resaltando la inhumanidad de su rostro animal. El cuello giraba lentamente, oteando sus dominios; el cuello vigilaba cualquier perturbación en ellos.

A papá le volví a ver como ya he dicho antes, el día de mi décimo cumpleaños. El día anterior a su suicidio.

Ya no quiero contar más. Lo de papá ya casi lo he olvidado, pero esa visión de mamá, huyendo de los aullidos de Rodolfo, pensando en papá... corriendo como una loca detrás de Rodolfo... gritándole... Y cuando vino el jefe de papá, a darle el pésame a mamá, y ella le decía que papá se había muerto por su culpa y el jefe le contestó que papá no tenía al día unos papeles y por eso lo iba a despedir y fue entonces cuando mamá recordó que, el día de mi cumpleaños, Rodolfo había roto unos papeles de papá... (que, según el jefe, se despidió solo).

Mientras el jefe acariciaba a Rodolfo, como hacíamos nosotros cuando se portaba bien, mamá se puso a chillar al techo.

Mamá acabó mal, tuvieron que llevársela a un hospital. De la cabeza. Ahora vivo con otros familiares lejanos. ¿Rodolfo? Iba a llevármelo conmigo (yo ya había oído por el barrio que había otros gatos perdidos y que habían ido a buscarlos) pero vinieron a por él.

Me quedé muy triste cuando llegó su dueño.

A pesar de que era el presidente del Gobierno.

Sense nom

Helena Valentí

La primera cosa que ella feia quan ell sortia de casa el mati, era enfil·lar-se a la cadira i treure el tel dels vidres de la finestra que donava al parc. Aleshores la veia passar. Semblava un fantasma, tan alta i amb aquell abric beige. Arrossegava un animal mort.

Començà a veure-la unes setmanes després de néixer-li el primer fill. Al començament passava amb irregularitat, inclús hagués assegurat que hi havien hagut llargues temporades que no l'havia vista. Més tard començà a somniar-la, fins que agafà el costum de netejar la finestra sempre a la mateixa hora, i la veia allí, travessant el parc.

Portava l'animal agafat per les potes de darrera. El cap entre les de davant que el protegien del terra com un coixí. Semblava adormit i produïa una certa tendresa. De vegades hagués dit que obria els ulls i la mirava.

Però no. Estava segura que l'animal era mort. Li penjava de la mà com si fos la continuació del braç, inclús hagués pogut semblar una tercera extremitat, com la trompa d'una figura fantàstica. Estava tan acostumada a veure-la, que li era ja fàcil deformar-la i oblidar que es tractava d'un ser humà.

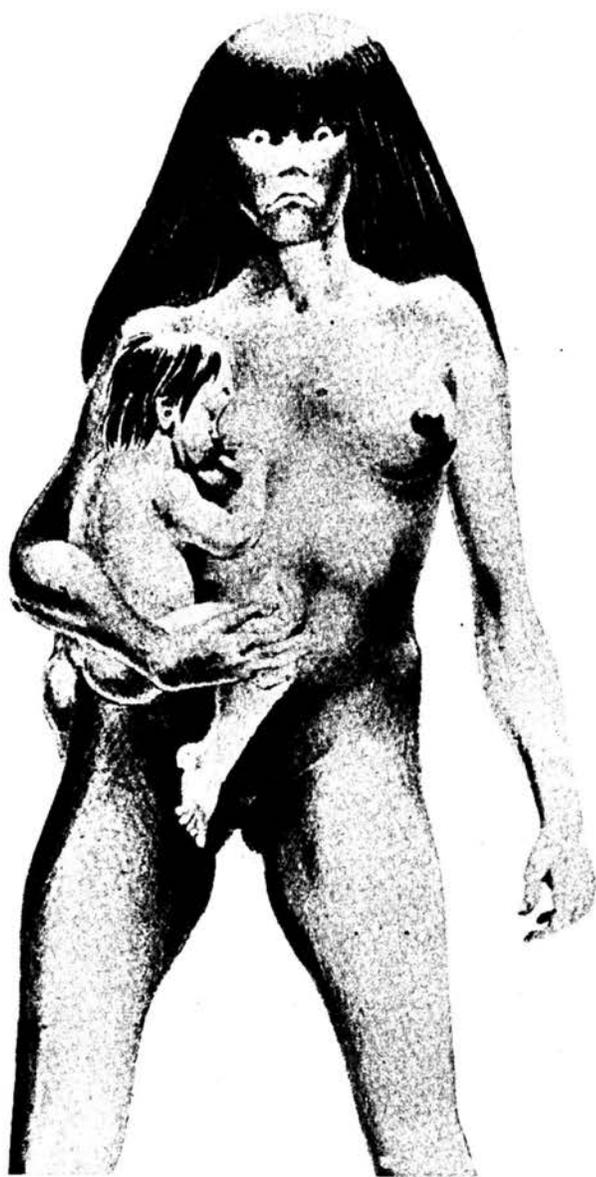
El somni. Aquell mal somni que tant l'havia turmentada, s'havia esfumat des que ella aparegué amb regularitat. Amb ella ja no tenia aquella terrible sensació d'haver comès un error. Ella li havia fet comprendre que noa havia existit cap altre opció. Però sobretot que no era ella sola, perquè n'hi havia una altra allí a prop, al mateix barri, que segurament feia més temps que ella, més avesada i que ja havia perdut la vergonya.

La vergonya i la por.

Al començament ho acceptà, tot dient-se que no era més que una fugida i que tornaria. Tot el que fuig torna, perquè res no succeeix sobtadament. Es neix i es mor seguint el ritme d'un cicle. La mort inesperada no existeix, ni el fracàs imprevist, com tampoc els accidents o les casualitats.

I així aconseguí distreure-se'n fins que començà a sospitar que tanta inatenció podia resultar irreversible. Degué ser aleshores que tingué el somni per primera vegada, o més ben dit, que l'envai la sensació característica que més tard es concretaria en una història temible.

D'antuvi es manifesta amb el convenciment que s'ha produït un error i que et trobes en una situació falsa. Que aquest no és l'home amb qui tu et volies casar. Crides amb angúnia i no et senten, com en aquella altra història, aquella en què es pensen que t'has mort i van per enterrar-te... O quan el mestre et renya per la falta que tu no has comès o et proposes fugir corrent i les cames se't queden clavades al terra. Fins que aconseguixes pronunciar la frase definitiva. «M'he equivocat de cos.» Descobreixes que l'error ha estat comès per tú mateixa i et sembla que serà més fàcil d'arreglar-ho.



Quan s'adonà que feia ja massa temps i que no podia continuar segura que tornaria, s'espantà. La por com un gran fum que amagués la realitat, el desesper i la resignació. Però això fou més tard, quan en veure-la a ella comprengué que era inútil. Aleshores gestà el segon fill.

Era lícit pensar que s'havia equivocat de cos. Ella li feu comprendre que totes les dones alguna vegada se senten convençudes que ha estat comès un error, que el cos, aquell precisament, no els pertany. I que hi ha molt poca cosa a fer perquè la culpa de l'error no és de ningú. El millor és fer com ella, prendre una actitud i assumir-la. Plantar bandera.

Seguiren nasquent els fills en un seguit de parts automàtics i impersonals que l'anaren fatigant, que li fatigaren el cos, matant-lo a poc a poc. Alliberant-la.



Saperías

E. López Plaza

Los muros de mierda gris me recubren la cara de palo asquerosamente larga, surcada de pájaros azul fuego y de piedras amarillas, rebozadas de aceitunas encarnadas, me doy cuenta que la capucha del bolígrafo es pasto de las llamas azuladas y tristes de un mechero recargable de azufre y barbas enrojecidas por la ira sublime de un pobre viejo, nuevo en este patio de escaleras espirales y hongos cavernarios.

Me cago en ti y no me doy cuenta que eres carne de water desde que naciste, si es que tú naciste alguna vez. A veces pienso y me imagino inmortal, fumándome un cigarro de hojas de alcachofas que me provocan una diarrea de palabras escupidas en la bacina misteriosa del pájaro de flores asombrosamente muertas y asombrosamente vivas.

Meo por no llorar. Ríos de tinta corren por el grano ortopédico de mi nariz. La baba, sombra azul, ciprés de un cementerio de coches con pies de uñas cortadas.

El segador lleva una hoz de plástico para cortar las cabezas de los hombres de papel higiénico que trazan hondos surcos en el inodoro de los campos de margaritas rojas.

Ciegos con gafas de sol, leen libros con letras de piedra a la luz de un candil apagado, libres al fin, del corredor de terciopelo de cristal de roca gris.

No creo nada más que en los débiles pensamientos, dulces pensamientos de una rana en celo.

Canción del tiempo

Marieta Forn

Si abres los ojos ya no estaré a tu lado. No me recuerdes cuando tus creaciones me encierren en una esfera de cristal transparente y perfecta, desde ellas podré abrazar la eternidad que me es tan querida. Al expresarme me has perdido.

Cuando abras los ojos no te arrepientas de haber creado un cielo y un infierno infinitos.

Sáciate, bebe de ellos toda su riqueza y ponte en marcha inmediatamente.

Ya tienes todos los elementos necesarios para el largo viaje, sólo falta que tu corazón descubra su propio río y se sumerja en él.

Carta del tiempo a los planetas

Marieta Forn

... pues como os prometí, la he llevado a una isla, y ya se le han agrandado los ojos al ver tantos colores y la mirada se le vuelve suave. Se siente casi feliz y este casi sólo es debido a su natural desconfianza. Durante el viaje la obligué a asimilar una galaxia entera (ya sabéis la amnesia que eso produce), ahora Barcelona le parece tan lejano e irreal como su propia infancia, sólo desea sentirse libre y desligada de todo. Tengo que admitir que me divierte verla (antes tan trágica) ahora sonreír y mirar embobada las cosas más simples que nosotros hayamos creado.

El día que mataron a Carrero Blanco

Javier F. de Castro

«Está prohibido», dice, tozudo, el tipo con aspecto de ordenanza, aunque es raro que tenga tipo de ordenanza si no lleva uniforme ni chapa ni distintivo alguno que lo distinga, salvo el aspecto. «Nadie tiene autorización para meterse con esos chismes por las oficinas y andar haciendo preguntas a la gente.» El encuestador hace caso omiso y sigue en lo suyo. «No queremos saber nada de política aquí», dice el ordenanza, y le agarra por un codo como si quisiera llevárselo por la fuerza. El encuestador no se mueve sin embargo porque el empleado de Sefanitro a quien está encuestando lo tiene firmemente sujeto por la muñeca izquierda.

«No es verdad que en el dolor resida mi esperanza», dice el empleado de Sefanitro acercando mucho los labios a la muñeca del encuestador, pues ha notado que es ahí, sujeto por la correa del reloj, donde el encuestador lleva escondido el micrófono del magnetófono que le cuelga en bandolera. «Me dicen que no cabe la desesperanza porque si hay dolor es justamente porque hay alegría, pero esa es una trampa para incautos y desprevenidos ya que si la alegría es la alegría con la que yo sueño, ahí no cabe el dolor, y si no hay dolor, ¿cómo sabré que vivo en la alegría?». «Haga usted el favor de acompañarme a la conserjería», dice el ordenanza. «Esta es una casa seria y no queremos saber nada de política.»

El encuestador, que ha conseguido liberar su muñeca del abrazo del empleado, suelta su codo de un tirón y aprovechando el impulso gira sobre sus talones y encara la filmadora contra el ordenanza. «Continúe hablando, por favor, no se detenga, me interesa cualquier cosa que diga, siga, hable usted», dice el encuestador. «Qué hace usted deje, deje ese aparato y haga el favor de no sacarme en películas», dice el ordenanza agitando las manos ante sus ojos, deslumbrado por los focos potentes que la filmadora lleva in-

corporados. «Es una trampa», prosigue el empleado de Sefanitro aplicando de nuevo los labios a la muñeca del encuestador. «La felicidad a la que yo aspiro debería llevar incorporado un dolor que no duela, porque si duele, ¿qué será de mi alegría?». El encuestador ha ajustado el gran angular y llevando colgado de su muñeca al empleado persigue al ordenanza que retrocede desconcertado, sale de la oficina, «hable, hable usted, diga lo que se le ocurra, qué más da, todo lo que necesito son palabras, unas palabras tuyas nada más», y así atraviesan el vestíbulo hasta que la espalda del ordenanza choca con el ascensor. «Por eso», prosigue el empleado de Sefanitro, ajeno al hecho de que ha abandonado su puesto y la oficina, «puede usted decirlo bien claro en su encuesta: a pesar de lo que digan, yo soy un hombre sin esperanza.»

A lo mejor hubiera seguido hablando. Es posible. Pero el ordenanza, que ha sido violentamente empujado por la puerta del ascensor abierta con excesiva energía, salta como catapultado hacia adelante dando la sensación de que pretendiera, en un exceso de celo mal entendido, hacer trizas la máquina con sus dientes. Y en su afán choca con el encuestador, el cual, momentáneamente libre del empleado de Sefanitro, gira otra vez sobre sus talones y va a dar de lleno con sus focos sobre los dos caballeros que, estupefactos, no han llegado aún a salir del ascensor. «Caballero», dice uno de ellos dirigiéndose al otro, «¿sería tan amable de decirme qué está ocurriendo?». El otro saca precavido la cabeza fuera del ascensor, pasea concienzuda y detenidamente la mirada por todos los rincones del vestíbulo y luego se mete de nuevo hacia adentro para hablar con el otro. «Al parecer está teniendo alguna suerte de disputa cuyo motivo y origen ignoro», dice. Su compañero comprende asintiendo con la cabeza y al hacerlo de sus gafas negras surgen unos destellos de



foco pero dice: «Noto sobre mi rostro un intenso calor y percibo un zumbido insistente que no me es desconocido, aunque me siento incapaz de precisar su origen.»

Se trata tan sólo de una filmadora, hubiera dicho sin duda, quien informaba, pero en ese momento sus ojos se detienen en la puerta cerrada a espaldas de todos y no puede evitar una especie de respingo o sobresalto. «Díganme —dice volviéndose hacia los tres ocupantes del vestíbulo, los cuales, cada uno a su manera, parecen haber recobrado la compostura. El encuestador incluso ha apagado los focos y aprovecha esta interrupción para dejar que descansen sus hom-



En el ascensor se produce un silencio de consternación. «Inaudito — dice finalmente el caballero que está más cercano a la puerta y que fue justamente quien pidió la información—. ¿Qué qué pasa, es que nadie va a decirme a mí nada?», dice el que está más en el interior. Su compañero le hace un resumen sucinto. «¿Dimitido?», dice, «¡qué absurdo! ¿Y qué va a pasar ahora con nuestro acuerdo?».

«Extraordinario», dice el encuestador encendiendo de nuevo los focos y disponiéndose a filmar con un súbito brillo de interés en los ojos. Porque los dos caballeros son portadores de sendas carpetas de planos y de unas reproducciones a escala reducida de unas máquinas raras que, de no ser por algunas variantes sin importancia, podrían ser consideradas como copias exactas una de otra. «¿Dónde se conocieron ustedes?», pregunta el encuestador yendo derecho al grano. Silencio. Desconcertados, tal vez. «En este mismo ascensor», dice tras un titubeo el que está más cercano a la puerta.

«Así, pues — dice el encuestador tratando de resumir las confusas explicaciones que los dos caballeros han ido dando a sus preguntas— ¿pretenden ustedes hacerme creer que sin conocerse siquiera, pues según sus propias palabras han trabajado el uno a miles de kilómetros de distancia del otro, han inventado dos máquinas idénticas?». Los dos caballeros asienten contritos, como si les diera vergüenza reconocer que han sido sorprendidos haciendo dos cosas idénticas. «Y díganme», prosigue el encuestador al tiempo que cambia de posición para cerrar el paso al ordenanza.

Desde abajo alguien está reclamando con insistencia su derecho a utilizar el ascensor y el ordenanza, impulsado por alguna suerte de instinto, pretende enviarlo hacia abajo con sus dos ocupantes dentro. «Antes habló uno de ustedes de un acuerdo reciente». Los dos caballeros asienten pero no dicen nada. «Ya veo», dice el encuestador teniendo que luchar ya con todas sus fuerzas con el ordenanza. Las llamadas desde abajo empiezan a ser coléricas y eso inquieta al ordenanza que pretende llegar al ascensor a toda costa. «Ese acuerdo al que antes se referían debe estar relacionado con el registro de la patente, o para ser más exacto, con el orden de registro,

pues si no estoy equivocado, aquél que primero registre el invento quedará como único dueño». En el ascensor se produce una agitación como de sofoco. «No, en absoluto», dice uno. «No se trata de eso», confirma el otro, y añade. «Se trata únicamente de que al entrar en el ascensor y comprende que nuestros intereses coinciden, hemos considerado más ventajosa la alianza que la porfía, y de ahí el acuerdo».

Y en qué consiste ese acuerdo, iba a preguntar el encuestador. Pero el ordenanza, haciendo uso con habilidad de hombro y cadera, consigue de pronto desplazar al encuestador con su filmadora, y antes de que éste pueda evitarlo cierra la puerta del ascensor y lo envía hacia abajo con sus dos ocupantes, los cuales, antes de desaparecer por el reborde del piso, ya parecen enfrascados en sus proyectos y cosas.

«Estará usted satisfecho», le dice el encuestador al ordenanza quitándose todos los trastos de encima y dejándolos en el suelo. El ordenanza se encoge de hombros y dice: «Ya le avisé de que estaba prohibido». El encuestador se seca el sudor de la frente con la bocamanga. Luego saca un cigarrillo sin ofrecer y se lo cuelga del labio reseco. Entonces advierte que no tiene cerillas y vuelve a sacar los cigarrillos y ofrece a los presentes al tiempo que dice «¿tienen fuego?».

«Uno era ciego», dice de pronto el empleado de Sefanitro soplando el humo contra la brasa de su cigarrillo. «Y el otro un cojo de guerra», apunta el ordenanza. «Eso es lo que yo pensaba aunque no alcancé bien a verle», dice el empleado cada vez más animado y acercándose al encuestador para brindarle la idea. «Si en sus encuestas valen las intuiciones, puede usted decir que en esa alianza que traman, uno pone la vista y el otro las piernas, y si lo hacen se forran», dice, pero se queda pensativo y añade, «claro que vaya un acuerdo para toda la vida».

El encuestador sin embargo no escucha. Es más, cada vez lo tiene más claro que su trabajo es un completo fracaso, y eso que, todavía, nadie le ha pedido que incluya en sus informes las diversas variantes que introducirían sus intuiciones.

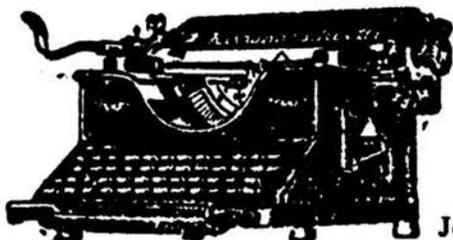
«Váyase y no vuelva por aquí», le dice el ordenanza cuando lo ve partir cargados de trastos. «Aquí no queremos saber nada de política.»

bros doloridos—. ¿Serían ustedes tan amables de indicarme por qué está cerrada la oficina de patentes no siendo hoy día festivo? El encuestador, que ni siquiera sabía de la existencia de tal oficina, vuelve hacia allí la cabeza y comprueba que, en efecto, no sólo está ahí la oficina de patentes, sino que su puerta parece herméticamente cerrada. El ordenanza, con esa suficiencia de quien accede a facilitar una información que en realidad no tiene por qué poseer, asiente despacio con la cabeza, pero mientras tanto se le adelanta el empleado de Sefanitro. «El funcionario dimitió ayer — dice — y mientras no sea designado uno nuevo, esa oficina permanecerá cerrada».

Recreació de la làmpara de tauleta de la meva mare quan jo era petita

Pucci Villurbina (Barcelona)

«... Si duguessis la corbata torta i el vestit tacat, ara mateix, no ho dubtis, t'invitaria a un xinès. M'agrada tant escriure que et podria donar la pallissa 10 hores, però això mai passa, sempre és als llibres, com jo, saps? i els llibres són impresos i la meva habitació era buida, i valg escriure-la; vaig escriure la làmpara i la vaig ficar als llibres. Nits més tranquil·les, si duguessis la corbata torta, i et passegessis per una cançó a la moda...»
Després van venir ells i la van comprar, jo m'he quedat l'interruptor



José Luis (Madrid)

La infancia ha terminado, las ilusiones yacen muertas, ya no queda nada, ningún capullo volverá a florecer ante mis ojos y a exhalar para mí su perfume, la lluvia no mojará mi pelo ni marcará las huellas de mis pasos vagabundos, ya no hay ningún «Leki» al que pasear ni ninguna «Yuma» que me ladre. Voy errabundo por las calles helado por ese frío que te nace de los huesos cuando estás enfermo de soledad y sé que jamás encontraré el calor de unos ojos, la dulzura de una mano que te acaricia. Ya no habrá más parques en los que sentarse a esperar a las palomas, esas palomas que levantaron vuelo para no volver y que eran los únicos seres vivos que me quedaban, pero, ¿cómo mantener a mi lado a una paloma?

Sin embargo en mi tristeza me siento feliz porque sé que nadie me necesita, que nadie se acuerda de mi existencia y que, por tanto, a nadie puedo hacer daño, a nadie puedo hacer llorar ni sufrir. Además, quizá no lo entendáis, pero a cada persona que he querido le he dado algo de mí mismo y ese algo viene en ellas y, aunque no se acuerden de mí, o me desprecien, no importa, esa parte de mí la llevan en su carne y sufre y goza cuando ellas gocen y sufren y, puesto que yo he sido expulsado de la vida, ésa es la única vida que me queda.

Sólo me queda el recuerdo y la muerte, ella será la única mujer que no me rechace, que me acoja cariñosa y placentera entre sus brazos y piernas. Espero que podáis ser tan felices como yo no he podido serlo.



Club

José L. Molde Bello (Ponferrada)

La luz manantial de auroras boreales
Los labios como coágulo de espuma
Las muchachas de tu edad
colorete en las mejillas miradas de arpillera una copa de gin y un cigarrillo
Todo es color olor
cuerpos de mimbre gargantas de estropajo
la música de Cream la escuela del ansia
el deseado dolor amargo del recuerdo
Liturgia de la música es el club rito constante
Y este hoy es como ayer como mañana
madriguera escondida entre utensilios
camareros himenes bodegas poemas de Pavese
y canciones de Bob Dylan
is it easy to forget?
Hay que vivir soñando
diciéndole no a lo que apetecemos
La tristeza es un acto necesario que no era posible la felicidad
que presentimos
Los cuernos buscan el roce de otros cuerpos.
La soledad se asusta de sí misma.
La memoria crece hacia el pasado
Y este hoy es como ayer
como será mañana
Y —perdóname— ya todo es irremediable
Y las muchachas de tu edad
Una copa de gin y un cigarrillo...



Posters

Juan Pedro Castañeda (El Hierro)

1

extraña fila de supuestos h
desde la que deslizan sustancias resinosas
que no acaban de inspirarme confianza

(me retiro casi desalentado cuando...)

me sorprende que el hombre de la izquierda
pueda formar pareja con la mujer del cuadro

situado tres páginas después

2

sobre la lisa superficie oscura
un redondeo

:la luna

un cuadrado

:la ventana con luz

y en la piedra del patio

sentado

un dibujo con la boca recta

3

los labios entreabiertos las volutas
las pestañas

el vaso

un cenicero

tendida en el diván como había visto
el póster de la rubia americana

al fondo se veía la corbata

se respiraba su perfume

me fijé en el gollete transparente

no supe si acariciarla

(Juan Pedro Castañeda nació en El Hierro (Canarias), en 1945. Es profesor de Física y Química en un Instituto de Bachillerato. Ha publicado dos libros de poemas y una novela.)

M.ª Cinta Montagut (Barcelona)

Tornaré a casa con quan hi eres tu
veuré els mateixos quadres
i el mateix llit, desert.
Hauré de matinar i continuar vivint.
Parlar amb els veïns
fer el dinar i
seure
una estona
amb els amics de sempre
que saben que t'estimo
que saben que has marxat
sola per voluntat i sense llàgrimes.
Després, en mig d'un llarg silenci,
el cos demanarà la seva paga
i dormiré tranquil·la,
sola, divina i inútil
com quan se'n va la mar.

M.ª Cinta Montagut (Barcelona)

Que nada desemboque en un vuelo de palomas
que nada permanezca ajeno a mi memoria.
que nada se me oculte tras la niebla
nada.
Que el cuerpo que me envuelve,
seda y cristal heridos y olvidados.
como las márgenes del río permanezca.
Que atraviese mi pulso la muralla
que haya una fuente oculta.
Fínisima amatista, viento y agua.

Noviembre, 1976



La transfiguración

Consuelo García del Cid
(Barcelona)

No era una tarde como las demás, de esas que pasan sin nada especial. Aquel día, nos deslizamos entre las aceras. La gente iba tan de prisa como siempre, un letrero anunciaba el nombre de una calle vieja y oscura.

—Aquí vivía yo cuando era pequeña... si quieres... podemos entrar...

La casa... Habría tanto que decir de aquel «edificio» sucio, de su escalera casi podrida, con una barandilla llena de polvo...

—¿Qué piso era?... Sí, ya recuerdo...

No hubo que llamar, la puerta estaba abierta. Una señora vieja preguntaba quiénes éramos, luego, un montón de explicaciones, de melancolía...

—Aquí jugaba yo con mis muñecas... aquí, frente a esa ventana...

Yo la miraba. Imaginaba cómo debió ser su cuerpo en aquellos años. Una niña delgaducha, seguramente, triste... Me parecía mentira que durante tantos años hubiesen vivido allí cinco personas...

Fue ese día cuando la comprendí. Y convirtiendo este hecho en palabras mías, lo transfiguré en mi idioma y resultó ser todo esto:

Con el paso erguido, pareciendo un hombre cuando no lo eres. Caminar... el paso firme y seguro, suelas de goma que no hacen ruido, los brazos desnudos cuando el frío aprieta, el entrecejo limpio pero lleno de dudas, vivencias, tormentos... Sentir la sensación de no sentir nada cuando ocurre algo, tomar café a sorbos cortos, mientras que los que te rodean no dejan de mirarte, porque fuiste tan segura, tan firme a todas horas que hacías sobresaltar al mundo entero.

Cansarte de un lugar y marchar a otro sin pensarlo más, con la maleta y la vida a cuestas, trashumando aventura.

Mirar a alguien y descifrar su vulgaridad en un momento, echarla fuera con el odio que experimentas cuando alguien te ha mentido, pisotear la cumbre de la hipocresía, sentirte sola rodeada de cuerpos, atarte a alguien que amas y no comprender por qué.

Golpe tras golpe, rebotando en tu coraza. Almas muertas, sangres, cárceles, niños, tristezas que laten al fin.

Mirar una flor y verla una vez nada más; decolorarse las paredes y evocar el exótico olor de la marihuana, las noches de amor y el jugueteo de alientos entremezclando tu propia fantasía...

Estar palpando tu simpleza, tu excitación fácil, odiar un poco tu vida, pero nunca olvidarla, coser y descoser el destino, vomitar sobre la destrucción, ver la agonía lenta de una sola carne, soñar hasta que estallen los colores, hasta que se extinga nuestra existencia, hasta que desaparezca el fuego, ver brotar la última gota de agua en nuestro cuerpo y no saber qué hacer con ella, bailar tu última melodía, regalar una sonrisa en medio de una guerra... Y así, todos, tú y yo por igual, nos deslizamos por este oscuro cementerio que nunca llega a ninguna parte.

Te he visto festejar noche tras noche una jornada de amargura, he curado tus pies llagados, he secado tu sangre, escuchado tus palabras y tu extraña doctrina, he rezado contigo a un Cristo en el que ninguna de las dos hemos creído demasiado, he mirado al altar confusa, y he visto yacer en menos de un segundo toda tu vida.

Conozco tus tragedias, tus amores, tus soledades. Sé de qué color son tus maletas, en qué momento partirás con ellas.



Y a veces, he recordado aquellas tardes malditas en las que decías estar amando a un hombre loco, aquellas horas escondidas que ahora están tan lejos, las caricias que sólo entonces eran reales, que sólo son de un día, y todo, todo, todo...

Y así expulsando lo que nos molesta, marchando otra vez hacia el paraíso, perdiéndonos en un sueño que ya murió, queda una noche en la que se puede derrochar locura, en la que de verdad existe libertad, y en la que se puede seguir otra vez como si nada hubiese sucedido.

Amar siempre, aunque sea entre golpes, porque al final, cuando todo se ha perdido, cuando no queda nada, te verás corriendo, resbalando por todas partes, nos abrazamos como los animales, compartiendo agonía. Y moriremos aplastadas en la misma tumba.

No se escuchará nada, se habrán agotado las músicas y de toda nuestra aventura, quedará un pobre recuerdo y una voz condensada en un devocionario.

«Al recuerdo de R.P.P. por los años mejores o por los años peores.»

SOS para Roberto Alcázar, desesperadamente

Rafael Agredano (Sevilla)

Estimado (aunque como verás éste no es el adjetivo que yo añadiría a tu nombre) Roberto Alcázar:

Cuando pequeño soñaba que era Pedrín y que entre tú y yo acabábamos con los enemigos de España (aquellos que siempre estaban alerta) y con todos los malvados del mundo. Recuerdo cómo entre los dos lográbamos rescatar el collar de la duquesa (ahora que me he vuelto progre no volvería a hacerlo —qué pensarían de mí—) y devolverle a mi padre la bujía de la Vespa, para que pudiese ir al trabajo a las siete de la mañana, sin que tuviese que coger el autobús (en la cola hacia frío, y si llovía tendría que trabajar mojado todo el día).

Una mañana me desperté con la cama empapada en semen: esa noche no nos habíamos peleado con nadie. Esa noche soñé que por primera vez me habías amado entre las blancas sábanas de un hotel de El Cairo. Y esa mañana fue el comienzo de una historia: la historia de mi soledad. La soledad que nunca pude imaginar, cuando, ese mismo día, en el autobús, camino del colegio, mirando la lluvia a través de los cristales empañados, aún recordaba tu cuerpo desnudo y adulto sobre mi desnudez adolescente. Tus labios sobre los míos, y nuestros dientes que acabaron siendo amigos más que nunca. Tus manos acariciando mi espalda, rememorando el pasear de tu lengua en libertad sobre mi piel que también se hacía libre para expresar todas las sensaciones. Y al fin dentro de mí, tan suave. Lo hiciste sin que yo me diera cuenta, sin que yo sintiera el menor daño, con la ternura y el cuidado que se otorga a quien se ama, con la seguridad y el respeto con los que se toma un objeto delicado, frágil, capaz de romperse al menor falso movimiento.

La noche siguiente te esperé de nuevo y tú no viniste. Volví a esperarte cada noche con la creciente decepción del que teme que lo que espera no vuelva ya nunca. Y aún hoy a pesar del tiempo transcurrido yo te sigo esperando, mientras me derrumbo poco a poco, cada día; diciendo adiós a esa adolescencia con la que te encontré en tu faceta más maravillosa.

No sé si habrás dejado de existir, a veces se me ocurre que algo terrible pudo poner fin a tu vida en cualquier país perdido en África, pero no me resigno a creerlo, porque esta idea es aún mucho más terrible. Todavía te espero, y donde quiera que estés espero que sea vivo y si lees mi carta sobrarán todas las palabras, y sobraré decirte que, durante estos años, he aprendido muchas cosas para hacerte feliz y para caminar a tu lado con la firmeza del que creció, se hizo mayor y vio tantas cosas que perdió la capacidad de impresionarse: lo verás en mi gesto desilusionado. Pero si estás muerto sólo quiero escribir sobre la tierra, con el mismo dedo que recorrí aquella vez tu hombro, que aunque ya nunca pueda volver a acariciarte, no sentir tu cuerpo, ni ver tu sonrisa, ni la mía reflejada en tus ojos, que siempre serás para mí, verano, viento en la cara, hierba bajo mis pies descalzos, lluvia, sol, mano en mi pelo, felicidad, alegría y amor por siempre, ilimitadamente infinitos...

Eternamente tuyo...



Acqua alta

Pepe Santamaría (Barcelona)

Me gusta adentrarme en la espesura florecida de amantes y ver cómo la carne bulle vida entre los matorrales, sobre la yerba láctea acuchillada por los resplandores de fogatas, las frutas desprendiendo mejillas de muchachos desnudos y un cielo con aroma, ordenándose al cuerpo del amor y a espalda de la aurora, de círculo en círculo con un despliegue de armonías que recuerdan que no sólo es armónica la muerte, dijiste entonces y una piedra lunar brotaba de tus labios y vibrante, ardiente te erguías y usurpabas el poder del agua —la plaza desierta, el laberinto de canales y los palacios demorándose en las cálidas copas—. Naufragar en este mar es dulce, repetiste, y una ciudad de góndolas negras como la hoz de la muerte penetraba entre la niebla de tus ojos, oh, extranjera, desierta de bienes y de amigos, en lugar extraño y en extraña compañía, más allá de la puerta emplomada del mar, las cristalerías rotas, serenísima, destinado ya todo a mortal armonía, oh poderosa tempestad, llegabas a nosotros mansamente y sin edades, reina del litoral, junto a esta armonía de muerte insuperable, desiderantur, desiderantur, sobre nosotros, quietos animales, naturalezas torpes, muertos de afán, oteando hacia el norte, la palabra y el viento se ayudan en el aire, desiderantur, trampa de amor nacida sobre el alba: Oh la estirpe maldita, la nocturna cuyo alimento es la culpa, de círculo en círculo buscadores de la sangre propia y su imagen, desiderantur, en donde todo nace y el hombre y la flor despiertan al unísono y el llanto y el odio forman parte del proceso, desiderantur puesto que el pájaro tiene vuelo de hombre y cielo de palabra, desiderantur, pétreos auscultando el silencio en el centro de la tierra, expectantes, iracundos e inmóviles, traspasados por un rayo de sol y de pronto anochece, desde el agua bizantina y grana de la muerte, y de pronto anochece, en armonía anochece mientras tanto.

La tumba

Para el Mauro

SE HALLA en una esquina del jardín, en algún lugar. No puedo precisar dónde.

Vivía, vivo aún, en una calle ancha, que en un tiempo fue el centro del pueblo. Todos se fueron a la capital: yo no quise abandonar la casa.

Desde la ventana de mi dormitorio veo los sauces llorones del jardín. A cinco pasos —creo— de alguno de ellos, quién sabe en qué dirección, está su tumba.

Lo encontró el jardinero una hermosa mañana de domingo, lo recuerdo todo tan bien que me parece estarlo viendo.

Estábamos sentados en el jardín, mucho más cuidado que ahora, tomando el desayuno, para luego, como cada domingo, acercarnos a la iglesia parroquial a oír misa de doce; después venía el paseo por la ciudad, los saludos, la palabrería vana con amigas de mi madre, o el favor, entre halagos, pedido a mi padre por algún amigo o conocido.

Entonces, el jardinero, llevándose un dedo a los labios, me hizo un gesto para que acudiese donde estaba. No le hice esperar; corrí hacia él entre los gritos de mi madre y de mi abuela: ¡Termina el desayuno!

Me indicó, en el más profundo silencio, su puño cerrado por donde asomaba una cosa grisácea que apenas pude distinguir. Era un gorrión.

Con gran cuidado, lo tomé en mis manos y salí corriendo para enseñárselo a mis familiares, ajenos al prodigio. ¡Era tan hermoso!

Abriendo lo menos posible las manos para que se viera mi nuevo juguete, fijé los ojos en mi madre en espera de su consentimiento. Cuál sería mi sorpresa al oír la decir: ¡Bichos en casa, de ninguna manera!

Yo protesté, levemente. Pero sabía que tenía una aliada, mis ojos se fijaron en ella, en su pelo albo, en su vestido negro, siempre negro. No esperé su reacción, sabía que podía confiar en mi abuela, ella lo solucionaría.

Corrí escaleras arriba.

—¡Chachachelí! ¡Búscame una jaula!

La Cheli improvisó una jaula, con una caja de zapatos.

El gorrión era un tesoro, un hallazgo insólito, el sueño tan deseado.

Por la tarde, antes de que el novio la pasara a recoger, le pedí a mi hermana que me dejara instalar la jaula en su habitación. Era la única que daba al jardín, la más soleada.

Yo sabía que no me lo iba a negar, mi hermana nunca me negó nada. Por la noche, cuando la luz que se filtraba por las cortinas me hacía ver seres monstruosos en las paredes, yo corría a refugiarme en su cama y el miedo desaparecía. Sentir su cuerpo a mi lado, de cuya presencia podía asegurarme —si hacía falta— alargando la mano, me tranquilizaba.

Y el gorrión, que fue mi inseparable juguete, cayó lentamente en el olvido. Mi hermana se encargó de su cuidado.

* * *

La noche de aquel sábado, era imposible dormir. Los ruidos de la calle y el viento que anunciaba la tormenta, me hacían ver los más terribles fantasmas. Me levanté y llegué a tientas a la habitación de mi hermana. Estaba cerrada. No me extrañó demasiado: llevaba una semana muy extraña, preocupada, como ausente, se le tenían que repetir dos veces las cosas para que las entendiera, y aquella tarde había regresado llorando. Habría peleado, supongo, con el novio.

Volví a mi habitación y el cansancio pudo más que el miedo. Me quedé dormido y me desperté en medio de un gran alboroto. La Cheli iba y venía sin parar, el doctor hablaba con mi madre y ésta contenía el llanto, mi abuela sentada en medio del pasillo, rígida, como muerta, balbuceaba: ¡Cómo se ha atrevido! ¡Cómo se ha atrevido!...

Cuando repararon en mí fui recibido con un grito: ¡Vuelve a tu cuarto!

Por la rendija de la puerta entreabierta observé la llegada del párroco Juan Irene de la Cruz, que después de saludar a mi abuela, que parecía ausente, entró en la habitación de mi hermana, seguido por mi madre y el doctor. Cerraron la puerta tras ellos.

En la habitación había un misterio que no me permitían compartir.

Llegó hasta mí el ruido de una discusión tras la cual hubo un largo y pesado silencio. Salí mi madre llorando y al poco rato el párroco, el cual, apoyando una mano en su hombro intercambié unas palabras con ella. El miró hacia mi cuarto y mi madre asintió con la cabeza. El párroco vino hacia mí y yo salte a la cama tapándome hasta los ojos.

Tocó la puerta, entró y se sentó a los pies de mi cama. Me acarició el pelo.

—Tu hermana ha muerto, pero no debes llorar, tu hermana está en el cielo y si no, con las cien misas que tu mamá hará rezar lo estará muy pronto.

En aquel momento no lloré; la muerte poco significaba para mí. Durante el entierro sí lo hice, porque vi a mi madre y sabía que si lloraba era por algo y yo quería aliviarla y no podía.

Al regresar del cementerio, entré en la habitación de mi hermana, hoy la mía. Todo estaba en perfecto orden; me acerqué a la ventana y vi al gorrión en su jaula. También estaba muerto.

Nadie se había percatado. Lo cogí y lo llevé al jardín. Allí me entretuve en enterrarlo, no recuerdo dónde, cerca de un sauce llorón, en alguna esquina.

Marzo 76

LA ESFINGE

José F./Bermejo (Cádiz)

Había entrado a mear, como tantas otras veces, en el wáter de su casa; se había abierto la bata y desabrochado el pijama y, sujetándolo con dos dedos, había sacado el pene de su confortable refugio para expulsar el orin del interior de la vejiga. Apoyó luego su mano izquierda en la pared (allí donde una difusa mancha evidenciaba innumerables acciones semejantes) y poco a poco fue sintiendo el particular alivio que produce dejar el depósito vacío y limpio de cargas inútiles e incómodas tensiones. Cuando, consumada la vegetativa satisfacción, sacudió su órgano para volverlo a guardar tras la bragueta observó que había aumentado de tamaño; se sintió al principio un tanto confuso, pues él, persona de perfecto autodomínio y conocimiento de casi todas las situaciones (estaba, realmente, ya de vuelta en la vida), no era dado a las erecciones involuntarias. Sin embargo, hombre vanidoso al fin y al cabo, no dejó de sentir cierto orgullo al ver que su miembro continuaba vivo a pesar de todas las batallas — algunas de ellas ciertamente duras— que a lo largo de su existencia había librado. Aquel trozo de carne, creciente por momentos, se presentaba a los ojos de su propietario como un viejo guerrero que, alejado casi por completo del fragor de la contienda, aún conservaba la suficiente fuerza y confianza en sí mismo como para caminar por el mundo haciendo altanera y gallarda exhibición de su poder.

Con la petulante pedantería del hombre que cree saberlo todo se dijo a sí mismo (intentanso sonreír como un actor) que no era aquél el momento más propicio para voluptuosidades sexuales, pues se encontraba solo, sin intención de salir de casa, y ya tenía los suficientes años encima del cuerpo como para rehusar, por ridículo, el solitario consuelo de la mano. Sin embargo, como si tuviera vida propia (y esta espeluznante posibilidad no pasó por su cabeza hasta unos minutos después), el miembro seguía creciendo. Ya había alcanzado la nada despreciable longitud de veintitantos centímetros cuando el hombre, verdaderamente sorprendido, se rascó la cabeza y cayó en la cuenta de que aquello no era del todo normal: en primer lugar, su órgano jamás había alcanzado (ni siquiera en los felices tiempos de su legendaria juventud) aquellas proporciones; y luego estaba el hecho de que por su cerebro no había pasado, ni en aquellos momentos ni durante la última hora al menos, un sólo pensamiento con las condiciones de excitabilidad suficientes para producir esa reacción. Así que se sentó sin dejar de mirar aquel prodigio sobre el inodoro, y jugueteó unos instantes con un frasco de colonia que cogió de un aparador junto a él. Alejando su mente hacia el vacío de un ejercicio insignificante, pensaba, conseguiría poner fin a aquella situación cuyas posibles consecuencias empezaban a causarle cierto temor. Pero recordó, sin querer, su última aventura erótica, en la que contó como partenaire con una rolliza y poco joven que le mantuvo ocupado durante una noche entera; se había sentido muy satisfecho entonces al comprobar la delectación con que aque-



lla golfa se entregaba a los rebuscados juegos del placer, que él y su pene, como tantas otras veces, afrontaron entonces con la invencible confianza de los campeones.

Manoteó repentinamente en el aire, dejó a un lado el frasco y, cerrando los ojos, respiró hondo y trató de concentrarse: si continuaba manejando recuerdos de ese tipo su problema podía resolverse. Pero el pensamiento y la memoria son a veces como animales desobedientes y traviesos que se niegan a seguir el camino que su dueño les indica, y en seguida del archivo de su mente surgieron las imágenes que rememoraban aquella otra vez en la que una mujer a la que él ni quiso ni respetó, le dijo entre caricias de su lengua que su falo era el más grande y maravilloso que ella había conocido, el más duro, el más terso y el más hermoso.

El hombre se sobresaltó al abrir los ojos y comprobar que la picha seguía estirándose. Era una erección nueva, sin precedentes, horriblemente blanda y articulada, ajena en absoluto a su deseo, y cuando comprendió que a pesar de su miedo repentino aquello aumentaba de tamaño sin parar, sintió un escalofrío que le hizo levantarse y dirigirse aprisa hacia el espejo. Vio su rostro asustado de hombre viejo, palideciendo por momentos ante la evidencia de un suceso que no lograba comprender. Arrastrándose viscosamente sobre su abdomen aquél animal engoradaba y formaba una personalidad propia y odiosa, otra existencia y otro espíritu, otros deseos, otra facultad de sentimientos. Comenzando a temblar, diciendo en alta voz que no podía ser, que se trataba de una simple alucinación, de un mal sueño, de una enfermedad absurda y pasajera, el hombre se desnudó por completo y se tumbó de espaldas en el suelo; sintió el frío de las baldosas en los omóplatos y las nalgas con el convencimiento de que, según la sabiduría popular, no hay polla empalmada que resista semejante prueba. Pero aquello ya no era el dócil priapo que sólo se movía ante los estímulos precisos en determinadas situaciones agradables, sino una serpiente de medio metro que se movía ondulante hacia arriba, como una cobra hipnotizada por la flauta del encantador. El bálano se había afilado, y el orificio de la uretra se había extendido hacia ambos lados del capullo convirtiéndose en una boca; los pliegues cada vez más tersos del prepucio comenzaban a descubrir unas pequeñas manchas brillantes que, poco a poco, fueron tomando entidad de pequeños ojillos, reptiles y violentos, crueles en la dolorosa aceptación por parte del hombre de su increíble realidad. El estaba arrinconado, intentaba librar su cabeza de aquellas horribles visiones gritando ya que no era posible, que estaba borracho (riendo, con los nervios desatados y perdidos), o durmiendo, o preso de alguna desviación radical de la razón. El era un hombre educado en el frío racionalismo de Occidente, que sólo admite como válidas, amables y complacientes por lógico interés, ciertas fantasías heroicas de la religión, y eso sólo en el supuesto Más Allá, porque aquí, en este mundo —decía él entre gemidos— sólo existe la gélida convicción de la lucha, la necesidad, el menester ineludible de destruir al enemigo para poder seguir guerreando, para triunfar en la vida hasta el punto del tiempo preciso en que la sociedad decreta el final del combate.

Pero todo aquello no le servía ya en aquellos momentos. Su inteligencia, ante la imagen clara y contundente de aquella monstruosa picha que devenía lentamente boa inmundada y amenazante, depredadora impía de todas sus firmes convicciones hasta entonces, necesitaba otra educación, un código distinto que le abriese las puertas de lo fantástico y lo increíble, de las fábulas y los cuentos que él siempre había asimilado como pábulo de enseñanzas sociales, lección enésima, sin más simple motivo de moraleja.

Los pomposamente catalogados altos instintos le abandonaban; hasta la voluntad de conservación se le convirtió en una exánime marioneta cuando la posibilidad de levantarse, correr hacia la cocina y cercenar de un tajo con el cuchillo aquella nauseabanda quimera le pareció el inalcanzable cúlmen histórico de una emocionante aventura, porque todavía, a pesar de todo, desechaba con todas sus fuerzas convertirse en eunuco; no quería actuar igual que todos aquellos enfermos que la emprenden con su propio



cuerpo tratando, quizá, de escapar, como era su caso, de supuestas realidades insoportables y pavorosas: con lo poco que le quedaba de convicción, declaró solemnemente su rotunda negativa a ser un loco capado.

Por fin, después de una sorda explosión que pareció una carcajada y fue un silbido, la culebra, que ya le llegaba a la altura de la cabeza, moviendo su lengua bifida a un lado y a otro, habló:

—Yo soy la esfinge —dijo—, y te haré una pregunta. Si respondes con juicio y sentido me iré por donde vine y nunca más volveré.

¡No era posible! Mordiéndose las manos entre lágrimas y sudores el hombre gimió: ¿qué horrible conjuro, desconocido por él hasta entonces, era el motivo de todo aquello? ¿Qué secta oculta y subterránea era la hermética propieta-



ría del secreto? Y lo que era más importante y grave todavía: ¿por qué había sido él el elegido? ¿Qué motivos había que le diferenciaban del resto de los hombres para ser víctima de aquel experimento, o venganza, o ejecución? No estaba capacitado, en definitiva, para aceptar que todo lo que había aprendido hasta entonces era un estúpido cúmulo de viles rutinarias mentiras. Por lo tanto aún buscaba imposibles explicaciones cuando la esfinge silbó de nuevo, a dos centímetros de sus ojos, gorda y poderosa, con una boca enorme llena de afilados y puntiagudos dientes:

—Contesta, si puedes: ¿de qué color son los ojos del hombre que desconfía?

¡Oh, no, no, no era posible! Algo que no pertenecía al mundo de lo convencionalmente real. Lo que en otro tiem-

po había sido homologable y bonita verga, ahora, engordada como una pitón con la propia sustancia del hombre que todavía estaba unido a ella, flaco y desnutrido, se arrastraba por el suelo lo que su longitud le permitía, palpaba con su vientre la dura frialdad de las paredes y los alrededores del inodoro, por donde el hombre se desparramaba pidiendo abiertamente ayuda a gritos, sin importarle ya pasar ante los demás como un pobre enfermo psicológico, aunque fuera por el resto de su vida, con tal de escapar de aquella pesadilla que le consumía. La esfinge, volviendo su cabeza hacia los ojos de su desgraciada víctima, repitió su pregunta:

—Por segunda vez te digo: contesta, si puedes: ¿de qué color son los ojos del hombre que desconfía?

¡NO ERA POSIBLE! Una y otra vez se quejaba golpeando el suelo, tratando de alejarse sin conseguirlo (pues aún era parte de su propio cuerpo) de aquel repentino fantasma, demonio surgido de sus propias entrañas que muy pronto —él lo sabía— acabaría emancipándose con la muerte del hombre que había sido su alimento. Un hombre que desconfiaba, que no podía creer aunque falleciese en su negativa, que acumulaba todo el valor de la desesperación para coger con las dos manos por el cuello a su enemigo y tratar de separar un poco aquel bestial aliento de su rostro, mientras la esfinge, agotando al parecer, su paciencia, volvía a decir, con la suavidad de un plan preconcebido:

—Es tu última oportunidad. Contesta, si puedes: ¿de qué color son los ojos del hombre que desconfía?

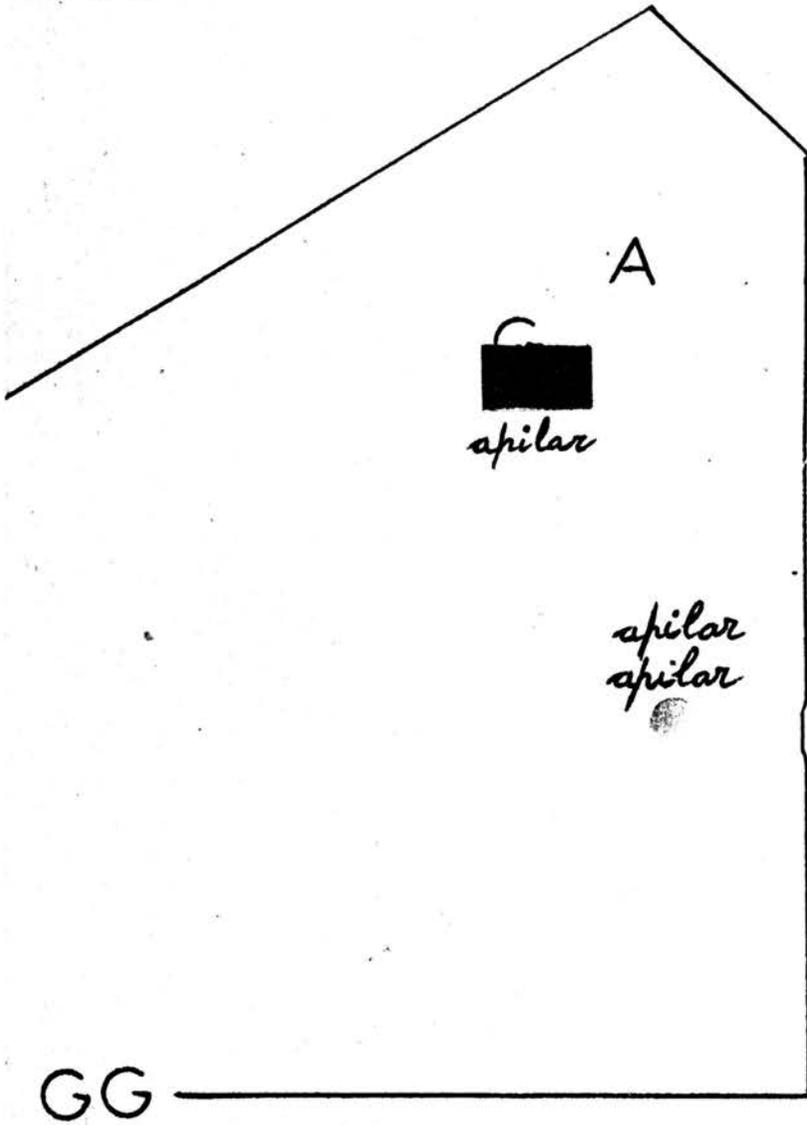
No era posible, no era posible. ¿Tratar de levantarse, soportando el cada vez mayor peso del repugnante parásito que se le enroscaba para mirar sus ojos en el espejo? ¿De qué le serviría, si aquello no existía en la realidad, si aquello, en función de su desconfianza, de su rotunda negativa a aceptarlo, debía desaparecer (¡oh, sí!) en cualquier momento? Desconfiaba, sí, y era un hombre, o lo que quedaba de él, que no sabía de qué color eran sus ojos, ah, pregunta estúpida e incomprensible sin respuesta lógica (engendro, quizá, de una mala postura durante el sueño) que iba a pasar muy pronto, estaba seguro (¿seguro?), al ámbito de lo simplemente recordado.

Y la gran culebra abrió su boca negra como una cueva y engulló su cabeza, la cabeza del hombre que desconfiaba (¡NO ES POSIBLE, NO ES POSIBLE!), con todo el dolor de una desgarrante decapitación. El hombre gritó desesperado, dentro ya de la esfinge que lo devoraba, al sentir los dientes inmisericordes clavándose en su cuello, atravesando músculos y venas en la última explosión terrible de miedo y sufrimiento.

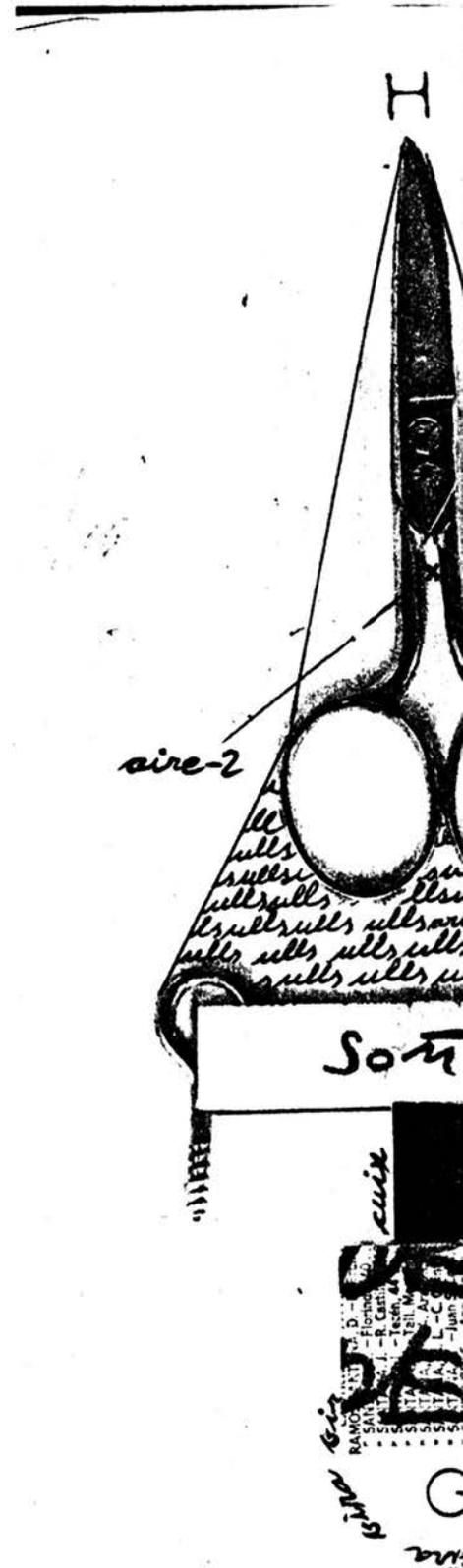
Todavía resonaban los ecos de los aullidos del hombre mientras la serpiente, distendiendo todo lo posible sus incabables fauces, fue ingiriendo, poco a poco y trabajosamente, el resto del cuerpo: tronco, brazos, nalgas, piernas, hasta que sólo quedó en el suelo del cuarto de baño una enorme mancha de sangre caliente y aún desconfiada.

Luego el increíble animal reptó un poco mirando a todos lados, sacando su lengua afilada, hasta que llegó a la base del inodoro, lo escaló y desapareció por su interior rumbo a desconocidos paraderos. Debía encontrar un buen sitio para hacer su pesada digestión.

En el cuarto de baño la sangre del suelo se coagulaba en medio de un silencio que, poco a poco, dejó de escucharse.



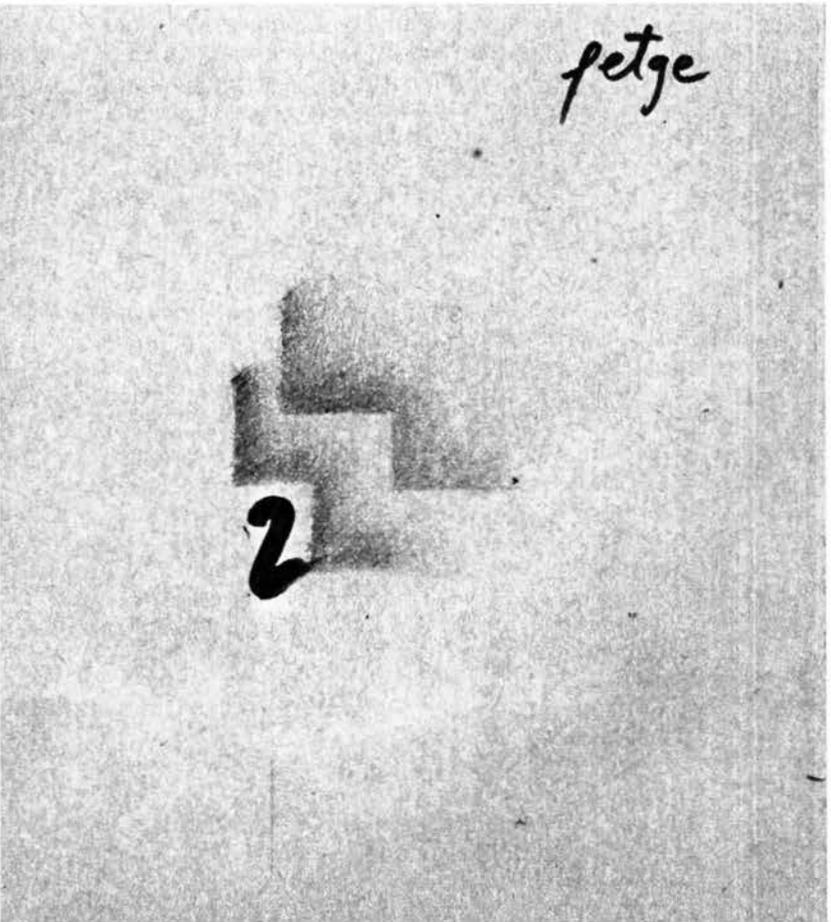
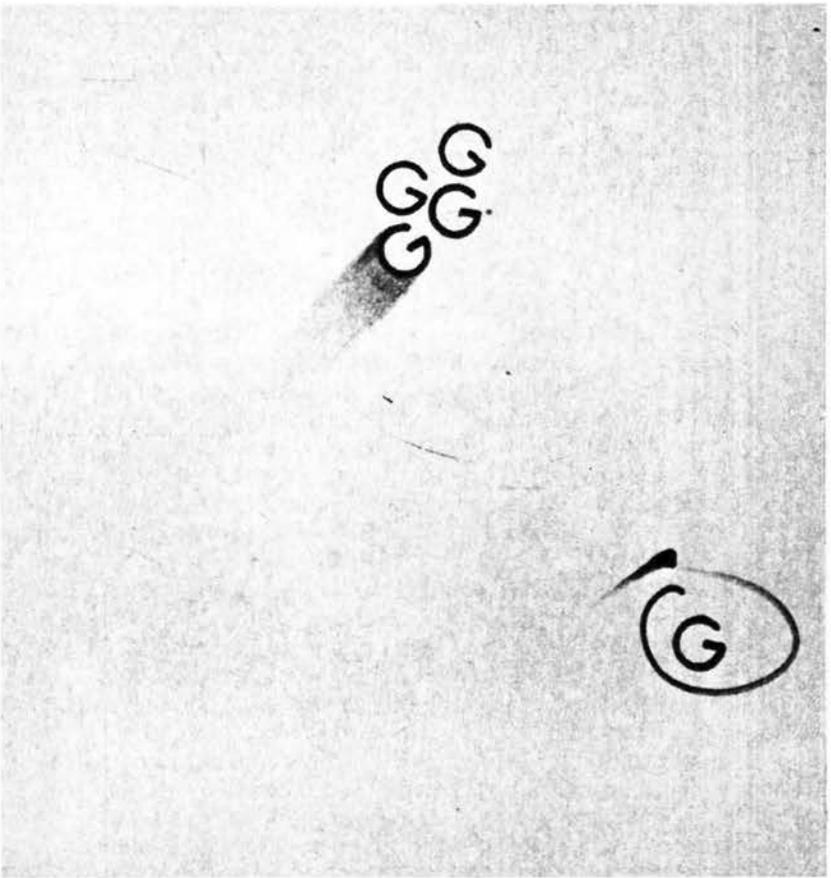
Dolor



baca : ganivet
salaix

hell i alques
aire-7
bei Bi
ira ki
BOCOPRO, A. - 1945, 1946, 1947, 1948, 1949, 1950, 1951, 1952, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963, 1964, 1965, 1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1971, 1972, 1973, 1974, 1975, 1976, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1984, 1985, 1986, 1987, 1988, 1989, 1990, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025

que fue dir-te inmens girador d'om Baes



Los metamorfoseados

José M.^a Royo

Los estorninos, vecinos inmemoriales en la inmensidad de los platanos, al calor que se escapaba por las juntas tradicionales mal ajustadas de los balcones y de las ventanas de las Ramblas, al abrigo portuario de aviones, de lluvias inclinadas, habían caído en el engaño de cambiar por el nido ramblero y su tibieza las duras condiciones con que consiguieran su naturaleza sociable y tribal a partir de sus propios primates, abotargados y destructores, a su aire cada uno y al sayo de su capa, según los últimos descubrimientos genético-prehistóricos de unos veterinarios aficionados, estudiosos del sentido comunitario de los pájaros, y ciegos a la última evolución excesivamente última, ni más ni menos centrada en una sordera obtusa desde la penúltima generación, a contar desde la pollada de cinco años atrás.

Ensondecimiento tal, paulatino pero consecuente en causa a los decibelios circulatorios, en causa al entrecorrido constante de las conversaciones, sin parar, de los miles de rambleros por necesidad, por gusto, de paso, en causa al clíen perpetuo de los vasos sobre los mármoles de las mesas de las terrazas, a la sordidez del deschapamiento de cervezas, a la distorsión entre sí de las ondas de las músicas ambientales en infinitos bares eternamente abiertos, en base al canturreo por bajines del borracho sabatino y la cascada de su vomitera, al chapoteo de los mangueristas a la madrugada, los portazos de los coches al recoger a los elegantísimos operómanos del Liceo, al tremendo calor hacia arriba de la humanidad paseante, de humanidad voceadora de periódicos, de humanidad sentada a ver qué pasa hoy por las Ramblas, de humanidad protestona por el último aumento del precio de la sal gorda, por la injusticia de los contadores eléctricos, por la humedad en las prisiones, o en recuerdo del dictador ya que no se le recuerda oficialmente, a ver qué, millones de ruidos en perpetuidad que provocaban distorsiones en ondas acústicas entre sí a la altura de las ramas de los plátanos, donde los estorninos encontraban su acomodo en filas, ala con ala, en hilera de fusilados, aguantando la mezcolanza de auditivas distorsiones, quebradas y rotas, que pinchaban poco a poco los oídos alineados de los pájaros para transmitirlos por genes tocados a la nueva ovada en el campo, hasta que toda la raza de estornino-barcinonensis quedó insensible al ruido en estampida, al claxon insultante, al pitido del guardia, al chispazo de mano segura del mechero dupond, al incierto del de martillo, al cantador de fandangos, pasadas las cuatro de la mañana, y debidamente palmeado y aplaudido, a copas que se le salían por las orejas en invitación de los dueños de la noche.

—Y dice usted que están sordos los estorninos...
—Es que no oyen absolutamente nada.
—Se habrán acostumbrado al ruido de las Ramblas.
—Nada; no oyen nada, sin que les afectara la falta a las acrobacias en agrupación de tarde de primavera, de

cada tarde, todos en una mancha móvil, inquietante a la luz de los últimos soles del principio de la noche, comunidad de perfección donde no se puede distinguir uno de otro, iguales incluso en el cerebro, en el cerebelo, en la espina dorsal, en la cloaca de que disfrutaban todos y cada uno, pensando lo mismo por el mismo pensamiento y cagando la misma mierda y orines, todos juntos, por el mismo orificio, y dándonos el espectáculo a los catalanes de a pie, que miramos el cielo al atardecer para descubrir de dónde llega la luz de una vez, hartos ya de oscurantismos, y nos vemos obligados a admirar el ejemplo de precisión de movimientos en cualquier dirección, sin la deserción de uno solo, exactitud en volumen arriba, abajo, como una nube parda de un único instinto, un alma a la que obedecen, que se diría si no es un animal de puntos, cuando se sabe que son miles juntos danzando la misma jota a pulsaciones medias del ritmo de todos:

—Mira, mira: los estorninos.

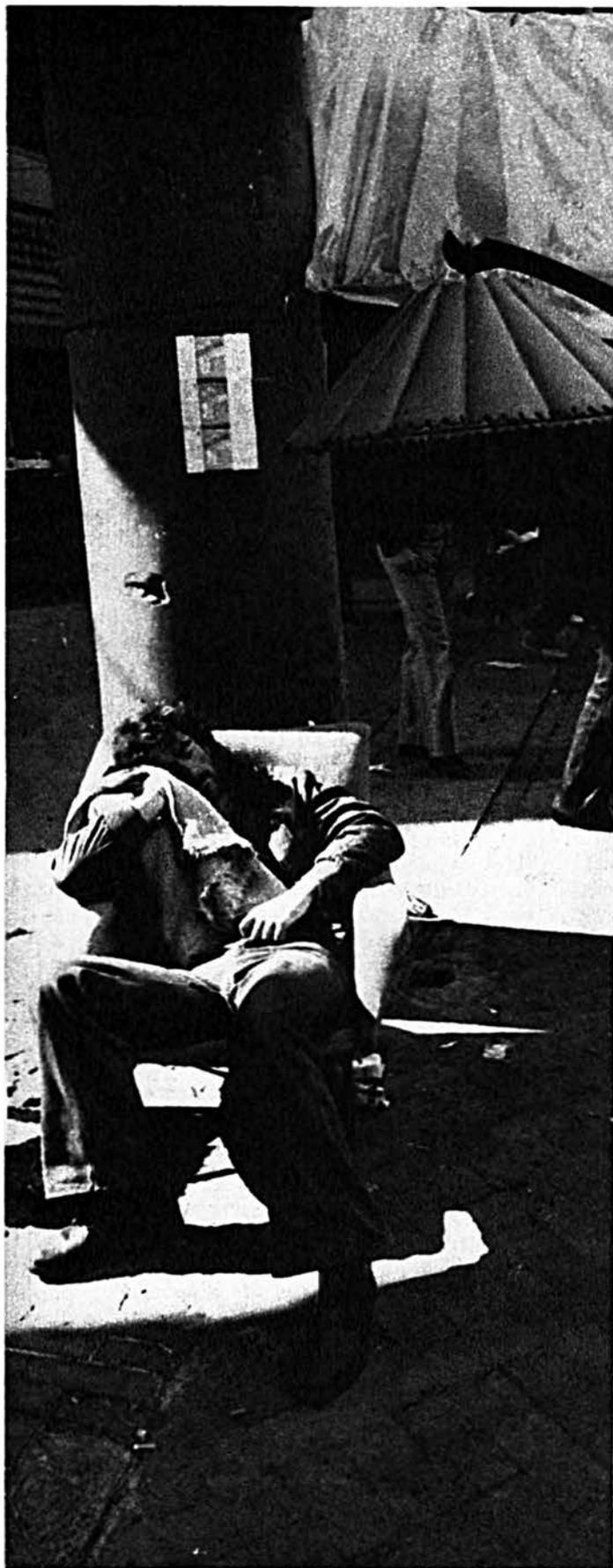
Nadie se hubiera enterado todavía del ensondecimiento de los plumados, con qué objeto, si no están en la finura de oído sus gracias, ni en los cánticos de solos o a una, sino en los vuelos sobre el Ensanche después de un día de picoteos en común por las huertas de la llanura hacia el sur de la ciudad: ni siquiera los estudiosos de la técnica por la que conseguirían sus piruetas de mancha viva cayeron en la cuenta de que los estorninos rambleros no eran ya sensibles a las ondas acústicas, qué causa tenía, y para qué habían de tener facultades de individuo, cuando la totalidad de juntos les ofrecía lo que necesitaran, con tal que no se distinguieran uno de otro ni en la forma de romper la cáscara, ni en los pliegues, uno a uno, cuando acurrucan las alas, si no se separaban un ápice, y lo que comiera lo digería con los demás a la vez, la misma cantidad, el mismo alimento...

—Parecen guata en vivo.

—Un cáncer.

—La pastosidad del universo.

Seguían bajando, no obstante, caído ya el sol más allá del último borde del horizonte, a la leve sinuosidad de los arbolazos, por encima de donde llega la luz de las Ramblas, a observar desde la clandestinidad de las hojas todos los movimientos de silencio, ciertamente palurdos sin sintonía, de la multitud golfa que gesticulaba y batía mandíbulas en la más sonora desaudición de gestos, paseos. Ni los motores silenciosos, las palmas sin ton ni son, portazos, embestidas de coches, ni el trompetazo del aficionado que atraía los pasos del ramblista de ocio, provocaban más estampida en la manada de estorninos, durmiendo o no, allá, a cuatro dedos de la causa, fuera pistoletazo contra huelgantes de la construcción o la violencia de esloganes desgastados por la multitud; jamás desde la última pollada, cuando, para qué, se les atrofiaron los organitos del oído externo, del interno, y se les secó el nervio auditivo, para



qué, mientras estuviera el calor de la fila, el contacto de la hilera de pajarillos sobre rama más que robusta para albergar, para sostener, para cobijar a miles de ellos, millones, miríadas, sin romperse o crujir por el peso; para qué si cuando hubieran de despertar de marcha a donde hubiera cuatro moscas que tragar un único sol mañanero les abriría los ojos a todos a la vez, prolegómeno de la mancha en movimiento que tuviera en quietud la noche misma; para qué.

Con los chequeos periódicos a los animales ciudadanos, a ver qué tal van de transmisión de enfermedades, a propósito de que igual te envenenan la población entera con mera inoculación de virus blenorragico en las palomas, tan redónditas, con su vuelo bajo y la confianza a manos llenas de cañamones, la intoxicación sifilítica del contacto con las plumas, y de la mano del niño al padre, a la prostituta bimensual, que no da para más, y detén luego la marcha, anda con el pueblo todo inundadito de lances pustulares sin haber tocado mujer, como quien dice, las guerras modernas de ahora y la hideputez del enemigo que no descansa, tú; con los chequeos trianuales, que se convierten en hepta por dejadez burocrática, se llegó a saber, con oficialidad de sello y firma de secretario de organismo competente en el animal cotarro, que la subespecie local de estornino barcininensis era sordo como los muros de una catedral gótica.

Pruebas rambleras se hicieron con aparatos de desde susurros medidos, a pitidos inaudibles por frecuencia fuera de lugar, pero a nada respondieron los sombreados huéspedes del plátano, y no despabilaron hasta las primeras luces, con lo que quedó como verdad de dogma y sellada; se armó revuelo periodístico de verano y ahí quedó, ni más ni menos que como una peculiaridad característica en las guías turísticas de Barcelona.

A más fueron los estorninos en cantidad por lo de que no moría ningún polluelo de otitis ni de sobresaltos, y a más la cohesión entre ellos, a más la exactitud en la concentración de la masa volante, a más precisas, a más admirables las elucubraciones sobre el cielo de la ciudad, y a menos la necesidad de utilización de las facultades individuales que la madre naturaleza les pusiera al abrigo del plumaje.

Tampoco es difícil imaginarse en qué quedaron las en otro tiempo muy altas facultades canoras y especialmente timbradas de los animalitos; de forma que cuando a alguno se le ocurría emular a sus antepasados, no se le ocurrían otros que pitidos desconectados de armonía, y tanto les salía por el piquillo bajos de solista del ejército ruso, como agallamientos, que ni uno ni otro apreciaban sus congéneres si no por la posición del pico; los mensajes de otro tiempo se tornaron tontadas a oídos sordos, y se les fue quitando la costumbre, siguieron por no decir esta boca es mía, y acabaron con una segunda atrofia emparentada con la sordomudez, ganando el conjunto en cohesión, y la vista de cada uno como medio, el único, de transmisión y percepción; también es cierto que ganaron en expresión de ojos, a niveles de mimo, y sin saber en qué acabaría, que resultó un rasgamiento de los ojos en superficie, multiplicada en sucesivas ovadas, y pasaron así a mirada de búho, a vista de lince, a profundidad de águila, a ojos saltones, a gafosos estorninos, a cuencas hasta el pico, bordeándolo, con desplumamiento del cogote para dar cabida a la cristallidad en aumento, al ojo único y total, todo cabe-

za excepto en el pico, raquíctico y blando, que ya no se movía más que como boca de cagatorio tubo.

Las facultades personales y colectivas, no nos metamos en profundidades sin nombre aún, de los estorninos evolucionados subieron en el escalafón a pasivas actividades de ver, eso sí, bien escrutado, lo que la multiplicidad de la calle famosa en cuesta hasta el Colón fálico que señala con el dedo corazón a América, o con él debería señalarlo, y los paseantes dieron en representar sus costumbres cada tarde-noche, observados desde el mismo punto de vista por lo que ya se podría asegurar desde ahora mismo, la opinión de los pájaros sobre el género humano que paseaba sus cogotes ante la mirada casi total de la total unificación de ojos que cogía a la manada: sin oír, y sin posibilidad de articulación, nos achacaron a los humanos sus propias limitaciones, y nos pensaron sin habla, sin audición, y con las desventajas de una rajita para ojos, que nada ven, ni sus propios pies.

Perdimos nosotros el interés por ellos, pasada la novedad, y ellos el de cada uno por sus debilidades personales; les aumentó la necesidad de que su pasividad visual tocara físicamente la de sus compañeros de especie, ciudad y rama, con lo que se les desarrollaron unas viscosidades plumantes en el haz de las alas, de manera que las líneas nocturnas de estornino-barcinonenses sobre los plátanos de las Ramblas hubieran parecido cintas de goma, en el caso de que se cayera uno de ellos: la misma hilera, en movimiento circense y espectacular, lo hubiera devuelto de nuevo a su localización exacta, incluso por caída causada por parada cardíaca, sin remedio, como si un elástico atra-

vesara los cuerpecitos de los pájaros sobre las ramas, tensándoles, ensartados con el desconsuelo de las limitaciones propias en la estructura militarizada de estorninos en hilera, hilera que en seguida mostró sus vulnerabilidades a pesar de la flexibilidad de que hacía gala, y se cerró más tarde en pequeños círculos de resistencia primero, de dobles filas luego, en esferas, pegados unos a otros más adelante, en montones, en esferas superpuestas, concéntricas, en esferas de esferas, y terminaron por dominar las habilidades de dormir sobre los árboles de las Ramblas con la misma estructura entre ellos que cuando volaban por los altos cielos de las tardes barcelonesas. Aprendieron la dificultad de la defensa en común de ojos abiertos sin párpados y retaguardia en vigilia; fueron red, manta de plumas en volumen, masa cancerígena que se abastecía a sí misma, se procreaba, hermafrodita aumentándose las unidades con nuevas empolladas en el mismo seno de su masa, unidades que aprendían a volar con la fuerza de todos, a objetivo único de llenar el hueco que dejara un cadáver excrementado por todos.

La inquietud llegó a colmar la apacibilidad de los vecinos de la ciudad cuando tal densidad de pájaros cosiditos comenzó a tomar formas que recordaban un ave: primero, en las pasadas sobre los tejados del Ensanche ejecutaban la forma volandera de un estornino gigante con pico formado por miles de ellos, millones por cabeza, miríadas dispuestos en alas, cuerpo y cola luego, a la hora del reposo de la noche, otras docenas de centenares salían de la tripa en forma de patas, de dedos, uñas que se agarraban al tronco más grueso del más recio de los árboles, cimbreándolo.

Con los días se consolidó el nuevo tamaño del estornino, el único, alimentándose de palomas por mosquitos. Y llegó el gran día en que la satisfacción de su autoformación cancerosa lo llevó al canto atronador, reminiscencias de los pequeños padres, vibración de voz que dispersó por las callejas vecinas a los viandantes de las Ramblas; lo que años atrás hubieran sido escalas musicales, armonías en escalera según la tradición ininterrumpida desde los padres de los padres de las células, fue un disorde, la asonancia ronca de un eructo de blasón, de un pedo sin olfato, pobre de efectos, chillón, descorazonador.

Se preparó la caza del gigante, y no se encontró red lo suficientemente tupida como para que no se colara cada uno de los estorninos que lo componían, ni lo bastante recia que no la destruyera la bestia en dos movimientos de capacidad y fuerza. Cada bala que le acertaba mataba mil, dos mil, que eran repuestos con la inmediatez con que se sacaba de la bolsa madre los de repuesto. Se le fumigó, se le envenenó, con los resultados de crecimiento inmediato de los miembros dañados, entre horribles graznidos de plumas masticadas y el repelús del cristal contra cristal; y hasta que no se le bombardeó en toda línea con proyectiles difusores, que explotaban a la altura controlada del estómago, no se consiguió separar cada uno de la unidad que formaban.

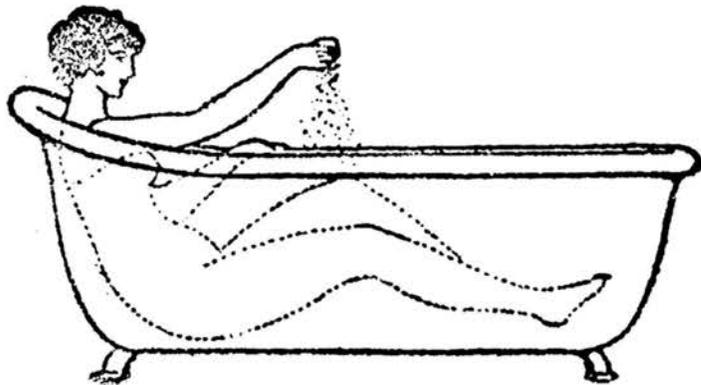
Sólo entonces el cancerígeno pío un bramido tal que desorientó a la población; miró al cielo la ciudadanía y no percibió otra cosa que lluvia de estorninos pegajosos, fetales, absolutamente vivos la mayoría de ellos, pero flácidos, enfermoides, más parecidos a bolas de carne y plumas que a pájaros, incapaces cada uno de sobrevivir las tres horas que latieron desde la descoyunción del todo.



poema pra uns xogos froraís

Xan Polo Martínez (Galicia)

Morfeo e un ariñizo: son a miña úneca compañía,
cafualla na espelunca da plusvalía,
todos en ringleira, recta, retorta, pandorca,
viviron mentras puideron, despois:
terra, sono, toleiría, rábea,
peseta; ruindade, cardeales,
cregos e máis cregos, e unha nova guerra dos trinta anos
alcaiota, mermelada e xurelos
pan reseso e unha cama, aberta, espiollada, lixada,
bandacial, alforxeiro con cara de lamáchea,
cornelas, galdrón, capador, ollando
coma se bicaban, no leito, na noite,
e unha nova gabardina, apaxeada,
planchada, saldos, lume, sardiñas e morcillas,
obellas, matanza e moitas lembranzas
en porro, paxolo en totalas amarelas:
queimalo, queimar os roses e que
roseen as roseiras, trabucos
mouchos, encadeados todos, sangue, regachos,
Duero, Taxo, Guadiana e Ebro:
aforcados, abrazados: un rapaz mexando
con forza, pixa, pixa, pixola, sangue: a rúa é roxa,
metralletas, chumbo; que vos creedes,
xornales, papeis, cleptómanos de taberna,
violadores, pedras, chanfainas, druídas:
milleiros de arbres, Fidias,
carballos e castiñeiros,
e meigas cunha xesta, negra,
bandullenta, larpeira, lurpia, lespia,
buscabullas: adhesión e misións
perigosas
condes, condesas: un escaño
e unha casa vella, unha vaca, tres cochos, pitas,
conexos e un año: batalla de Salámina,
Viriato, Temístocles e algúns parrulos;
xantar, lupada, cabrona: broa
a broma dos coarenta anos, teimando, choia do día e da noite,
caendo do aramio, escarallandote,
covas, cemiterios, calazas, morfeo, vendramio,
escuridade, mañán é outro día: escabeche ou roupa vella,
merda.



Xan Polo Martínez

Parrumeiro cheo de vorrecas, rouba
todo o que podas: un cangrexo,
un allo, unha monxa, un cabalo
e unha faldriqueira, todo,
rampielo sorriseiro olvida o rancallo,
non deixes un só rencho na corte,
levaos contigo,
e rompelles o peteiro a eses corvos
non teñen porque piar, piollosos merdeiros
un frade, unha xugada,
un cofrade, unha cofradia con santo de pau e todo,
tiralles pedras, non teñen dereito a piar
caciques bandulleiros, bocapodres
un cagallón, unha pita,
un catedrático, unha grada,
un gramil, unha gravata, unha grula,
non deixes ren,
parrumeiro.

A esos ángeles que visten el cosmos de afrecho y natillas

(Para los filigraneros del tocino)

Angel de las cadenas,
mi sangre fluye... ¡Y no me quedan venas!
Angel de las veladas de invierno,
de los macabros cuentos...
¡Y se me han muerto las viejas!

Juntos, abrazando el fuego. Angel del miedo.

Angel de los esputos,
de los algodones y de los cardos,
de los quirófanos tristes, del luto,
de los estropajos, de la gangrena:

¡Qué pena de galenos milenarios!

Angel de los calendarios,
de las tartitas y los cumpleaños:

Angel de las miserias del pasado...
Angel del esparadrapo,
¡cuántos muertos en tus brazos!
Angel de la baticola,
¡ya no te marcas más el tarro!

Angel de las caderas,
de los muslos, de los pechos,
de las camas y los cuernos:

¡Angel del infierno!

Angel de los cubos de basura concentrada,
de las sopas con franqueo,
del puchero y la almohada...
¡Mira que eres feo!

Angel de los besos, de la desgana,
de las píldoras, de las mudas palabras:

¡Angel vestido de filigranas!

Angel de la vida, muerte de los mares,
mañana, tu rollo histórico y filarmónico
no habrá de servirme de nada.

Histéricos fetos rodearán mi tumba...
¡Pero tú, ángel tontito, no vuelvas nunca!



El nen com cada dia s'havia enfilat al llom de la muntanya i anava construint, un a un, el avions de paper que després aniria llançant al cap dels que anaven passant per dessota del pont que hi havia al fons de la valla que tenia darrera l'esquena.

El sol summament divertit reia esquizofrènicament gronxat en el cel del vell món, ara nou.

La germana el mirava de lluny amb uns binocles que li havien portat els reis de l'any abans de la mala collita.

La llum feria el petit cuc que sobresortia de sota de la sabata del mariner immigrant en un món sense mar ni solituds inqüestionables.

El nen ja havia acabat tot el paper d'estrassa i començava una partida d'esçacs, perdura d'avantmà, amb la gavina d'ulls blaus que sempre li donava conversa les nits d'estiu.

Es deixaven envoltar, mentrestant, per un trémol núvol d'aire i romanient set hores, de vegades set hores i mitja amb les fitxes a la mà dreta i una cigarreta apagada a l'altra mà.

La tele feia tres anys que ja no emetia res i la gent començava a oblidar la veu de la locutora que era del poble veí.

Les flors iniciaven una època francament embarassada de noves esperances culinàries i prop d'aconseguir l'encara desconegut setè cel.

La mare havia perdut el fill per sempre.



José Carlos Pena (La Coruña)

Los cabellos son deslizados suavemente hacia atrás... desenmarañados, alisados, con sus formas ondulantes, rebeldes, negándose a seguir el juego, en el último conato de ostentación de la frente, de las sienas... observando desde lo alto a los ojos. Al tocar la serena frente, de las sienas... observando desde lo alto a los ojos. Al tocar la serena frente, la piel comienza a sentir el primer estremecimiento, la incipiente sensación... frente alta, lisa... es necesario descender... lenta, muy lentamente... ahora la sien... el pómulo... la mejilla, la piel se detiene en la mejilla, goza, examinándola palmo a palmo, cielo rosado... cuidadosamente... ¡terciopelo de todos los colores...! acaricia... acaricia... la bordea toda ella subiendo... bajando... derecha, izquierda... arriba y mirando desde la parte más baja, las dos montañas rojas, se alzan inexpugnables, ebrias de belleza, de pasión, de anticipo de goce... de viaje hacia la parte más oscura de la mente... en medio, el insondable lago, abismal, ¡no es estrictamente necesario decidir ahora...! sube... sube... continúa la ascensión, la piel hace tensar la piel, un contacto que obliga a ascender hacia la superficie de los poros sensaciones, vibraciones, sentimientos y un sinfín de emociones incontenibles... mientras la pasión y la ternura, en mutuo abrazo, bailan al unísono en los ojos, en esas fuentes de luz y de visión... ojos que ahora parecen cansados, con sueño... ¡el sueño reparador...! ¡el sueño del éxtasis... ojos que miran entre neblina clara, entre espuma de riachuelo, tras nubes que oscurecen la razón, logrando que toda la vida se centre en ese mirar, como única y definitiva vía posible de comunicación... ¡comunicación...! los párpados se cierran poseídos por un encanto mágico que los ordena y ya sólo queda la oscuridad, una oscuridad sensual, imaginativa... el momento que aprovecha la piel para seguir en su avance, en su exploración... deslizándose desde las cejas, dejarse caer, notando, percibiendo los latidos acelerados del escondido cristal... bajar y subir por las pestañas... una a una... es el paso siguiente, para después de haber redondeado la oculta cavidad, deslizarse hacia abajo, bordeando la nariz... había la meta... ¡el esperado sueño...! ¡tan deseado...! como aguardando la satisfacción de llegar a una cima, habiendo realizado una peligrosa y lenta ascensión, hacia el infinito... hacia un infinito que ahora se abre en un rojo que estalla al no poder contener el enorme manantial de sensualidad que encierra y del cual se constituye en humilde prisionero... El rojo se separa en dos, dejando entrever un mundo cálido y de posesión, que subyuga, haciendo latir toda la piel y pregonar cientos y cientos de ecos que dicen la misma palabra... hasta que al límite se percibe la alterada respiración que a intervalos incontrolados, entra y sale sin orden, casi con miedo de romper el encanto... el hechizo de unos segundos... de unos breves instantes que alguien ha estado aguardando... al pasar por entre los dientes, el aire parece silbar una canción... una canción que habla de largas esperas, de deseos reprimidos, de soledades desesperantes, de ansias de amar, de amar en una respiración, en un entreabrir de labios, de labios, de un cerrar de párpados... ¡en un extasiado abandono...! El rojo cesa en su lucha contra la mente temblorosa y temerosa... palpita trémulo de emoción, esperando, aguardando, viendo a través de imágenes furtivas... el futuro... ojos cerrados, labios rendidos... alma excitada... la piel vencedora... se va, con movimientos pausados, lentos... ¡seguros...! acariciando... acariciando... los labios rebosando pasión... se funden en un beso

El recuerdo era...

José L. Molde Bello (Ponferrada)

El recuerdo era un niño caudaloso que sueña, un sepulturero del presente, como descubriendo la inocencia —ya perdida— que se azora sin sospechar su ineficacia. Ha sonado el estampido del silencio que precinta los desatinos consentidos se ha matado a dentelladas el día lunes no queriendo saber que asesinaba también nuestra memoria. Sólo quedará constancia de la voz los azares las ropas íntimas secándose al aire de la medianoche y la huella de tu cuerpo entre las sábanas

Y el silencio detonará sus explosivos hollando la cadena de la noche fruiciones y proyectos, melodías de alambre marchitadas por la rutina de los días.

El recuerdo era desfallecido rictus de amargura, querencia de amar la música de Mahler que habíamos desdeñado por torpe suficiencia adolescente y falta de tiempo por tanto amarnos.

Terrazas Zürich 77. Enróllate, Charly

Victor Oller

Terrazas es aproximación a la superficie, acercarse a aquello que llamamos realidad. Mi aproximación: mi superficie. Intento la honestidad, la terraza; la tierra mía vista por mí. Literatura, cambio de óptica, retruécano o salutación. Estoy a punto de pedir disculpas. La palabra significa lo que todos queremos que signifique, haya significantes y significados, o cualquier disección enrolladísima, más o menos lúcida: la palabra es una llave. ¿Para qué, por qué es una llave?

Ante estas preguntas, que no dejan de ser pura retórica, cabe contestar con otras preguntas: ¿para qué, por qué nos

que este último existe. Es fácil, transcribo, o traduzco, los sonidos que vosotros producís, en garabatos como palabras. Dejo que las palabras vuestras penetren en mí, para reconocer mi historia cotidiana, mi respirar de cada día. Escucho la palabra como cañonazo y se alzan todos los abejorros, estorninos y cuervos que alimenta mi cerebro paranoide, cualquier geometría, o río fluctuante.

Si me hienden las palabras hay lucha y maridaje, testimonio fósil y reconocimiento de la armonía en mi caos particular. El patio de mi casa no es particular si llueve se moja con los demás. Pero el indio está acechando y el indio pide acción. No escuches la palabra; oye mucho más lejos y deja que te arrastre todo el sonido y si estás solo haz señales de humo en el tam-tam de tu silencio. Escucha la canción del Gran Espíritu, que es bilabial como el sexo cálido de una mujer que grita: «¡Guerra para mi chocho!». Y corre desbocado sobre la hierba verde de un semáforo urbano a respirar aires puros de otra boca; y tiro porque me toca.

O simplemente estiro los brazos y disfruto del suspiro que acabo de perderme, otra vez. No hay moral, sino distracción, porque algo me distrae y me lleva por donde ello quiere. Siempre será mi vida la que estaré viviendo, aun-



tomamos un café en la terraza de un bar? Frente a ese paradigma tan sólo se me ocurre pensar en Homero, Petronio, Boccaccio y los lazarillos, en Kleist, Nietzsche, en Durrell, Miller y en Burroughs. Gentes que me gustan, caminos por recorrer y no son ni símbolos, ni mitos, ni tampoco yo soy de ellos. Son humanos, quizá demasiado humanos, porque duelen y hacen el amor.

Terrazas es intentar toda la gama, o mejor no intentar más que la acción. En mi límite: hoy. Abandonar la soledad de la habitación de escribiente, soledad profunda que ya se conoce, como paz, como calma, como terrible malestar, como monótono continuar rellenando el papel, como disfrute y como desahogo, como espantosa pesadez, o como lucidez de estrellas. Salir de casa con la mente y el papel en blanco, salir a tomarse un café y tener noticias del mundo, a través de mis sentidos, con sus palabras. Recurso, ejercicio, necesidad, juego, exhibición, farándula, percepción, locura, riesgo, simpleza. Terrazas es trabajo cómodo, nadar y guardar la ropa, mojarse el culo y secarse con papel de lija.

¿Masoquismo? Creo que no: quizás investigación en mi que hacer con el lenguaje del entorno y el mío propio, si es

que me llamen todas las sirenas, esas que al atrevido de Ulises le hacían pedir que lo desatasen del mástil, para poder ir hacia ellas; esas que nos llevan y nos traen cuando los porros han sido muchos y la barca nos zarandea, hasta quedar dormidos, o colgados en cualquier punto inevitable, o nos hace vomitar, o nos aplasta contra las rocas, tras mostrarnos el paraíso de nuestras almas, con perdón, por donde nos vamos perdiendo todos y encontrando.

Hay que organizarse, dentro de un desorden, claro: ni que bebiéramos agua bendita: te acuerdas de cuando estábamos en el tugurio aquel ligando con la negra, la de los siete polvos: todo debe comenzar por un acto volitivo: ¿me traerás un café?: yo más bien creo que somos polacos: empezar silenciándote: esto es la superficie: hay que agudizar el oído: pasado de todo: ¿una horchata?: madalenas: ¿me has dicho un café con leche nena?: ¿tú puedes ver la hora que marca aquel reloj?: ¡no!: seis menos veinte de la tarde: yo tengo una vista de lo más normal: ¿está ocupado esto?: ¡no, claro!: robaría diez pares de gafas: ¿robar?: sí hombre, robar, avasallar, violar...: hoy me voy a ir de putas, tío: si llueve mucho...: oye, ¿tú tienes gafas?: no hombre, no me enrolles: un día que llegamos tarde fuimos al

puerto: ¿eh?: ¡oye, oye!: son así de grandes...: son veintisiete, por favor: hola, ¿tienes mierda?: ¿no?: ¿quién tiene?: más tarde: se te ha manchado el bigote de yogourt: es igual, luego me paso la lengua y ya está: oye, ¿llevas gafas de ver?: sí: ¿con muchas dioptrías?: dos: ¿me las dejas, que mi amigo quiere ver?, sólo cinco minutos...: ¡això es pot montar! ¡això és boníssim!: ¿el subrallat és teu?: no, de l'original: cuando muerde, muerde...: ¡coño!: te compro las gafas: ¿qué et nava a dir?: toma, mil pelas: ¿otra vez?: no tío, yo las necesito: pues me compro unas, ¿sabes dónde hay una óptica?: por ahí, en la esquina: toma ya: oye, díles que de dos: ¿dioptrías?: no, ojos: aquí huele mucho a palomitas: claro detrás está la palomitera: macho, a ti sólo te falta subir en globo: hola, monín, ¿cómo te va?: hola, gitana: ¿y el otro cómo está?: un tío que tiene el pelo muy largo: no, como yo: oye, ¿has visto a una tía con un abrigo de pelo largo?: se ha ido Ramblas abajo: actuar en silencio: yo busco una chica con un abrigo y el pelo largo: ¡el mercado, el mercadillo!: acabo de venir: ara son dos: así, sí: ¡vale, vale!: toma nena: ahí viene la Maite: ¿vamos dentro?: ... con una mancha de oro en el pantalón: la gitana del pañuelo y el crío: ja t'ho vaig dir jo que ho era: coge el vaso de horchata: ella disfruta así, a ella le gusta pasear: ¿te lo estás pasando bien?: ese es otro yo: fue como una voz a mi espalda: ¿de chufa?: de chufa: el café se te enfriará: ¡qué bueno está, eh nena!: m'agradaría tenir les fotografies: ¿quieres, Laura?: ¿qué dices?: el día que vulguis hi anem: ARIADNA, Ariadna: esta semana me darán el permiso...: y somos tres para despachar: con un melnudo tras el mostrador es suficiente: ja, ja: me voy a hacer un par de cosas...: lo cogió: oye ¿cómo te han ido los exámenes?: seminarista: no hombre, no: jo, notava un baf: en la plaza cataluña: ciento sesenta: mira aquel que viene cómo está: macho, ¡qué te pasa!: ah, no, si es que se va sin decir nada...: sí, sí, creu-me, creu-me: vamos a ver este viaje ¿a ver si...?: ni hablar, si tiene dinero algún día sí: no hay nadie: si se pierde la esperanza no hay nada que hacer: fui a la de esto de apuestas a echar la quiniela: o sea que nada más empezar: ... y muy poquitas variantes: ya cal que le toque algo: ¿cómo la semana pasada?: y ya ve si fue buena: vamos a ir todos juntos: bueno, usted opina? me gustaría veinte mil: si yo viera que eso funciona: en mayo trabajaba en el planeta y estaba ahí al cuidado de...: y haces lo que quieras: have you seen that building?: anda ya está bien, vámonos!: y le dice anda: anda ve por el bolso: ¡eso es, a lo loco!: lo de la quiniela es a lo loco: I don't care!: oye, ¿nos llevamos los vasos?: tiene que poner entonces una X en el medio: ¿viene o no viene?: yo voy al servicio: ¿dónde está, aquí dentro?: y hablando de todo un poco, qué le parece el tiempo...: más despacio, más despacio, que no es lo mismo aquí que en Suecia: ¡eh!: ¿qué habéis tomado?: dos tes: sí, sí, sí, va dir que vindria aquí! Vicentel: si te largas...: éste que me he comprado hoy...: sí pagarán bien...: hola, buenas tardes: ¿natural?: sí: del cine sales cuando quieres: yo si no viene pronto llamo por teléfono: media hora: no sobra nada: está parapetado: ¿qué?: ¿vamos a pasear un poco? Una de limón: sí hay gente que se sienta aquí y están horas y horas: uy, de dónde vengo yo: ¿a dónde vamos después?: no lo recuerdo: el Elche... el Tenerife, el otro: ¡posa't la jaqueta, eh!: ¿y esto?: en inglés la «e» siempre es «i»: sí es «i», pero aquí es «a»: pues nosotros vamos allá: clar, tothom creu que hi ha més coses: un montón!: mira en inglés,

Cortocircuito

Luis Izquierdo



No hay que llamar Ciencia más que al conjunto de recetas que siempre tienen éxito. Todo lo demás no es sino literatura.
Paul Valéry

Enhebra memorias y disentimientos. Los conoce, en realidad, demasiado. Cien o diez años atrás habría contemplado la mecha con entusiasmo mientras, reunidos en torno a los temas de la reciprocidad y el cambio, su recelo sembraba un reguerrillo de pólvora bastante para enviarlos al tratamiento sobrenatural con los inmortales. Ay, los constructores.

Pólvora mojada. No volaron. Mucho odio, pero falta de espíritu científico. Más dedicación y cariño debería haber puesto para poder triturarlos, empuñecerlos, intimidarlos. Pero nunca sospecharon nada y le recibían cordiales. Se le otorgaron privilegios: todas las horas furtivas de la madrugada, de las tres a las seis con precisión, eran suyas. La esclavitud de saberse disponible es el señuelo adormecido de la libertad. Frase justa, redonda. ¿Intentaría otra? Añadió: «Los ladrillos por cocer de las constructoras harán de nuestro universo un espléndido horno de piedra». Visitó al secretario de la Propiedad Intelectual, quien le aseguró que esa frase estaba ya registrada: en yiddish, en hebrero, en árabe, en mameuco. Qué hacer.

Después de unas vacaciones con Karl y Vladimir (Friedrich tomaba notas intentando disimular el rasgueo de la pluma), propuso una nueva orientación para los estudios encaminados a la liberación de los plantigrados. La idea consistía en ligar estrechamente cola y trompa; en el arco superior configurado por la soga (tensa a veces y por tanto idónea en esos casos para tender la ropa) debería procederse a una costura delicada: una tela de nylon cosida con finísima aguja al lomo y varios nudos frecuentes con la soga. En los momentos propicios (la tramontana implacable, la onda expansiva de un cóctel, el estallido sinfónico del gas) el delicado animal levitaria inalcanzable.

Salió, tras la común recuperación de diez años en el balneario para hidrófobos, reconociendo su extravío. Desayunó huevos de marmota, untados de queratina; luego macedonia y, al fin, divinamente, un calvados.

Agradeció el homenaje y baleó a la concurrencia con un naranjero del 42, pero la perforación de estómago le impidió cumplimentar el saneamiento. Eternamente acibarado por los albañiles, un sólido cielo de ladrillos protege su sueño reparador e inagotable.

DESIDERATA (a Antonella Manetti)

Claudio Nadio, para «ASKATASUNA»

Amor mío, déjame sentirte así, como te siento, déjame arrancarte a dentelladas las ropas, una a una, que llevo enfurecido por tu piel el instinto, que llego echando espuma por la boca, desordenado, inquieto. Como un castor arriba hasta los leños que arden en tu cintura, hago en ellos mi casa. No. No debes defenderte. Atácame si puedes pero no te defiendas. Nada debe inhibirte como nada me inhibe. Goza, mejor, esta pasión que me atropella, que así, herido, me arroja sobre tu cuerpo en llamas para que tú me entregues a la muerte. No seré tierno. No quiero ya palabras delicadas. Quiero que descarguemos todos nuestros años de prohibición y angustias, quiero sentirme joven y sentirte salvaje, hoy quiero embanderarte con mi semen y que incendien tus labios estos dichosos jugos que elabora mi vientre, esta industria de luz y de locura.

Oh, mójame los ojos, anégame la carne con tus altos olores. Quiero que se enloquezcan mis cabellos, quiero quedarme calvo, que se vayan cantando una canción obscena. Quiero que tú me dejes ser la prostituta que se entrega a tu abrazo de varón gigantesco. Luego, arrástrame así, como me arrastro, serpenteante, sinuoso, lleno de insinuaciones y proezas.

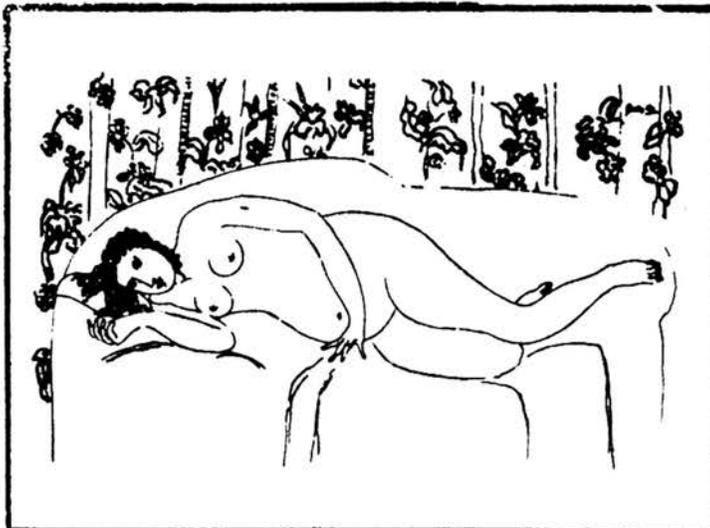
Amada, tócame, chúpame, báñame con tu lengua, abre para mí sexo todos tus caminos, deseo que me digas para poder decirte las ardientes palabras que siempre nos prohibieron. Quiero decirte bestia, guerrillera, quiero decirte amante, putita descarada. Quiero que me lastimes, lastimarte, quiero que tú me orines, orinarte, quiero alzar barricadas en la cama como ayer en las calles, quiero que tú me arrojes bombas incendiarias, quiero escribir consignas en tu espalda, clavar cinco banderas rojas en tu frente, lo quiero todo, amor, todo lo quiero, para que vengan bruscos los obreros a vernos, para que vengan nuestros camaradas por andamios de luna, para que también vengan los caídos con coronas de flores y de balas, todos aquí mujer, a nuestro lado, tú, sudorosa, activa, corco-

veante, navegando furiosa entre las sábanas. Quiero que mis jadeos pinten hospitales, siembren campos de guerra, quiero que cada barrio escuche tus reclamos, que salgan a la calle voceando tus insultos, diles que no te basto, que cien hombres no bastan para amasar tu cuerpo, muévete, muévete, quiero hallar en tu carne rastros de otras amantes, y así hundirme en el vientre de Victoria, abrir y repartir los muslos de Daniela, muévete, muévete, que cada beso sea un enemigo muerto, derrama tus caderas, tu desnudez sangrante, que tú eres la mejor y la más sabia, déjame que te lleve por los patios clavada a mí, destronada del mundo, para escandalizar a las vecinas, quiero bañar en vinos tus pezones y embriagarme dos veces.

Sí, mujer, sí, echemos a la mierda todas las mentiras, las viejas frustraciones que nos encarcelaron, quememos en las plazas a esos tristes fantasmas. Hagamos, finalmente, del amor un combate. Y ante todos los presos que escuchen nuestro júbilo de entusiasmados huesos, de húmeda agonía, te pediré que nunca me permitas que tan sólo yo acabe, vente conmigo al alma de esta hoguera. **TU TIENES DERECHO AL ORGASMO, PORQUE EL ORGASMO, AMOR, TAMBIEN ES REVOLUCIONARIO.**

Nota: No tengo por costumbre explicar mis poesías. Vano resultaría corregir lo que ellas no dijese por sí mismas. Sin embargo, quizá convenga aclarar que estas palabras le pertenecen más al hombre que al poeta. El hombre las pensó, las arriesgó, en aquellos momentos de honda intimidad con su compañera. Al poeta sólo le queda el mérito de haberlas recogido para fabricar un poco de literatura con ellas, y tanto el hombre como el poeta son conscientes que la torpeza de estos versos es como un caracol en la oreja: crea la fantasía de los sonidos del mar, pero en nada se aproxima a su real grandeza.

(De ASKATASUNA, Revista Libertaria de Euskadi, n.º 19-20)





Destellos

Mario Aguirre

Atravesaron disimuladamente el aire desalojándole sesos y cabeza, aplastaron su voz en un charco, a conciencia se inspiraron a reventarle ideas, una por una, contra el piso, y le tostaron órganos recién arrancados a las buenas.

—En tres días mejoras —masticaron tibiamente.

Oscilaron tripas recortadas en el suelo; parte de su postura cadavérica, la no acogida bajo llantas, a pedazos fue recogida, depositada en baldes y rociada de libertad; por eso a los dos días se extendió y a los tres se elevó tan lentamente que se pensó que no podría, pero luchando contra cada milímetro si pudo; se balanceó entonces en las alturas y al palpar su orfandad corporal se recostó en la brisa y se deslizó sin prisa entre finas capas de aire, entre finas capas de aire, atravesando de frente las sorprendidas miradas y suspiros de su alrededor.

Detenida de espaldas al mundo quedó frente a un cielo vacío que embelesado la acarició; se colocó ella un colchón de carnes y concluyó: no está lejano el día en que brincará a las piernas de la primera que se las abra, y se acomodó a recibir la remesa de placer que acaba de abultarse en jugosas gotas.

—Soy feliz —exclamaba sorprendida mientras tanta gracia le causaba el chorro multicolor, antes de repentinamente envejecer y enloquecer por parejo y por completo y antes que el gracioso se congelara en pleno vuelo.

El dolor la descolocó hacia atrás, desamparándola en la oscuridad; el grito que desató su espanto fue devuelto entero y sin usar, aturdida de terror se comprimió sin querer confirmar sus presentimientos; soñó que una rata gigante, con botas, cruzaba los brazos al saludar.

La imagen de lo repetida se tornó estática y de ahí fotográfica; se clavó en su cerebro sin dejar espacio libre; por eso no midió ni llegó a saber el tiempo que duró enquistada y al cabo del cual se levantó, alargó, y echó a andar a través de materia putrefacta alternada con líquidos sonoros.

La percepción que le venía de adentro la orientó hacia la salida, después que experiencias fallidas y repetidas le permitieron descifrar su propio laberinto intestinal; en el punto de salida no saltó porque no demoraría la caída, que para tal efecto estimuló hasta sentirse colorada. Cuando llegó, silenciosa y cumplida, tras una mirada llena de nostalgia, se pasó la mano por la mejilla y se abrazó; entonces ordenó mentalmente: ya.



De demasiado mar

Carlos Ramos (Las Palmas)

Sí, realmente no importa ya ser ese callejón débilmente iluminado, ese callejón pálido e infecundo. Porque todo está hecho de insomnio menos mi corazón. El es una lápida abierta a las gotas de rocío, a la mañana, al amanecer. Es la lápida de mármol que reposa en paz sobre la hierba y se abre al frescor del alba, igual que cuando su cuerpo abierto florecía junto a mi cuerpo.

Mi corazón danza dulcemente entre las flores secas sin nada que decirse, sin nada que hacer ya. Querría que fuera así pero el principio, el origen del mal o el bien está en eliminar el deseo, el informe deseo de llegar que nos acecha detrás de las cortinas de la tumba abierta...

El crepúsculo es la raja de los mundos y ahí estábamos ciegos, danzantes, llenos de gotas de rocío y escapábamos... huíamos lejos de la tierra, acurrucados como gusanos, como hormigas ante la inmensidad del universo, ante el gran DESCUBRIMIENTO de una luz extraña a nosotros.

Al fondo, las tres ancestrales piedras, las legendarias piedras, que podrían muy bien haber sido atlantes perdidos, fosilizados de angustia o de dolor. Impasibles miraban a los hombres con una risa ciega en los labios, una risa loca de pasión y de angustia, todos los días con el rostro vuelto hacia el crepúsculo, con cuatro ojos. Dos para el Sol y dos para nosotros.

Y la gran fiesta. Quisiera estar con ustedes, oculto, con los rayos de luz inundándome. Alabando al granpadre-nuestro-SOL pero estaré lejos, o muerto, o me habrán atado las manos a la espalda y vendado la boca.

El crepúsculo es la raja de los mundos y ahí estábamos, ciegos.

Le ricordanze

E. Vila-Matas (Barcelona)

¿Dije ya que, aparte de mis problemas para librarme de mí mismo, tengo los sueños más angustiosos? Me resulta dramático ver cómo se repiten ciertos temas de pesadilla, y en alguna ocasión soy capaz de preparar un primer borrador, al que siguen versiones en las que cambio detalles, pulo el argumento, introduzco alguna nueva situación, trato de encubrir la forma autobiográfica del relato, y, a pesar de ello, redacto cada vez una versión de la misma pesadilla que es, en definitiva, la aventura de mi destrucción.

Soy yo mismo la materia de mis libros, y éstos surgen siempre de mis sueños. Una noche, por ejemplo, creí que en las tinieblas de un oscuro corredor conservaba nítido el recuerdo de una vieja postal de París, y a fuerza de insistencia fui viendo más y más dentro de ella. Poco después, la imagen fue cobrando color y la ciudad entera se puso en movimiento. Una vertiginosa sucesión de escenas triviales o trágicas, fantásticas o familiares (aquello que, para abreviar, llamamos infancia), me trasladaron hasta un atardecer de diciembre del primer año que pasé en París (1969), y me vi a mí mismo andando con ciega precipitación por una acera, apretujándome contra el muro, marchando siempre en dirección contraria a los demás. Abrigo largo y oscuro, cuello levantado y cierto frío en la calle. Iba proyectándome en saltos terroríficos hacia adelante, avanzanco furioso a través de los márgenes más líricos de la place de Fürstemberg.

Como era joven y arrogante y recordaba al pirata del capitán Kid, viajaba siempre hacia lugares remotos en mis largas caminatas. No saqueaba buques, no; pero en mi mente un pabellón de seda negra llevaba bordada una calavera. Me gustaba pasear, pero aquella tarde el frío me lo impedía, y, para colmo, estaba arruinado. Me detuve malhumorado ante un viejo portal de la rue Jacob y, desafiando al frío, miré lenta y altivamente a mi alrededor. En aquel preciso instante, con paso marcial un absurdo peatón cerraba su abrigo como si de un vulgar impermeable se tratara y fuera preciso resguardarse con urgencia de una cercana tempestad. Nunca había visto unos pasos tan combativos como aquellos y durante un rato fui feliz imitándole. Observé que el peatón, aun siendo probablemente un parisino, tenía rasgos de mandarín; sus ojos, dos hendeduras en forma de almendra, tenían todo el aspecto de ser chinos; llevaba gafas de montura gruesa tras las que podía verse el mezquino espectáculo de sus ojos verde mar reluciendo maliciosos; su boca era inmensa e imitaba

cuevas de dragones orientales. Cuando se alejó de mi vista pasé a imaginarlo en un cuadro: el retrato de cuerpo entero de un joven vestido con traje de fines del XVI, en pie junto a una mesa, con la mano derecha descansando sobre un libro abierto. Le vi recitar a Shakespeare, andar con paso marcial, estornudar, andar con paso precipitado alrededor de la mesa sobre la que caería al tropezar. Le dejé sobre el frío suelo de madera y me olvidé de él mientras observaba las luces de la calle que eran semejantes a perlas luminosas y alumbraban de encima de los postes y sobre la textura viviente de abajo que variaba de forma y de color sin cesar y lanzaba al aire gris y helado de la tarde un rumor invariable que nunca se apagaba. Fue entonces cuando, al intuir que un día lo memorizaría al inicio de algún relato, me dejé acompañar por aquel monótono rumor hasta que llegué a la puerta de mi habitación de hotel.

Al entrar en mi improvisado gabinete de estudio, divisé, al sur de mis párpados, unas dalias marchitas de color violeta en una copa sobre un piano imaginario. Aquella imagen me estimuló y tuve la impresión de que me aguardaban acontecimientos que podían torcer el rumbo de mi vida, y por un momento todo fue como al comienzo de un relato en el que el autor, que no quiere ni desea silenciar la realidad, opta por referirse a ella en función del estado de ánimo del narrador. Me sentía eufórico, lleno de coraje y decisión, y resolví no proseguir la redacción de un libro de poemas que, basado en mi propia tragedia, me atormentaba día y noche sin cesar. Escondí rápidamente mi manuscrito en la parte más oscura del más oscuro de los cajones de mi escritorio y estallé en la más dichosa de las carcajadas. Desde mi ventana indiscreta, me dediqué a contemplar el panorama habitual: la torre de la iglesia de Saint Germain, su reloj en lo alto de la espadaña, los pájaros en vuelo y el rojizo hastío planeando sobre lo que entonces yo creía el centro del mundo, mi *quartier*. De pronto, tras apagarse un rumor callejero y todavía bajo el eco de unas campanadas, tuve una extraña visión poco antes de que me alarmaran unos golpes en la puerta de mi habitación.

Todos sabemos que aquello que el voyeur busca y encuentra no es más que una sombra detrás de la cortina. Lo que busca no es, como se dice, el falo, sino precisamente su ausencia, y de ahí la preeminencia de ciertas formas como objeto de su búsqueda. Lo que mira es lo que no se puede ver. Pues bien, esa tarde estaba yo fantaseando cualquier magia de presencia en los cristales de mi ventana cuando vi que, detrás de mi improbable reflejo y al



fondo de la habitación, se había dibujado una sombra que proyectaba una mujer apoyada en la pared de la que colgaba un cuadro que se abrió tras la tela para verter su espacio interior hacia un paisaje marino, hacia la arboladura de un barco y hacia un ruinoso hotel. La mujer poseía un cuerpo grande y hermoso, tenía la cabeza cubierta de rizos negros que caían en bucle junto a la sien, palidez lunar en la piel, mirada desgarrada. Para ese hotel en la playa el crepúsculo llegaba siempre más pronto, ya que estaba vestido de sombras en una hora en la que su ya caída balaustrada superior solía regalar a la fachada algún relumbro de sol. Al abrigo de unas rocas, tomadas de revés por una resaca, menudos flecos de espuma rojiza volaban en torbe-

llino bajo el sol, y entre las piedras planas con sus cabellos de algas a medio pudrir, sobre una extensión negruzca apenas inclinada, brillaba una caja de conservas provisoriamente respetada por la herrumbre. De todos modos no quisiera que nadie se engañara a propósito de mi memoria. Tanto la descripción de la mujer como del paisaje no surgen del laberinto del recuerdo, sino de una aproximación meticulosa a la primera fotografía que puede verse en mi álbum familiar: mi madre, muy joven y arrogante; indiferente a la cámara, mirando al mar en Caldetas en el verano del 47. En otra ocasión, en 1971, ya utilicé esta fotografía para describir a una mujer que contemplaba el paisaje en mi primera novela, *Cámara de ecos*.

Fue al desvanecerse la visión cuando se oyeron unos golpes en la puerta. No esperaba a nadie y abrí con cierto recelo, acaso ya intuyendo la sorpresa que me esperaba: ante mí, sonriendo desde lo alto de su macabra silueta, estaba el joven de rasgos de mandarín. Momentos de horror y de confusión hasta que le vi quitarse las gafas y la peluca, abandonar sus gestos guerreros y disculpar el disfraz con el que, al parecer, se ocultaba de sus muchos acreedores. Reconocí entonces al misterioso Evaga (probable deformación de E. Vega), a quien había encontrado días antes en una fiesta durante la cual nos había invitado a mí y a otros cuatro exiliados a pasar enero en una finca que él y su hermana poseían en Honfleur, Normandía. Había cursado las invitaciones en estado de tal ebriedad que nadie se extrañó cuando, al cabo de muy poco rato, apareció derrumbado al pie de una escalera por la que, sin duda, debió caerse. Tratamos de ponerlo en pie, pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles; tenía los ojos cerrados, graznaba de vez en cuando y un hilo de sangre le corría por la comisura de los labios. Le zafamos el cuello y la camisa, le lavamos la sangre de la boca y para reanimarlo le echamos vodka por el gástrico hasta que despertó de golpe y nos observó con incredulidad. Cuando por fin comprendió el estado en que se hallaba, trató de incorporarse, sin éxito, al tiempo que maldecía, sin que nadie supiera el motivo, la obra completa de Miguel de



Unamuno. Estábamos atónitos, sin apenas comprender nada, cuando alguien se atrevió a preguntarle si se encontraba ya recuperado. Respondió con una carcajada feroz, increpó a Machado, cantó unos versos de Baudelaire que, por lo visto, había musicado, y poco después se desmayó con la mayor rotundidad.

Ahora estaba frente a mí agradeciendo los cuidados que le dispensé aquella noche. «Este tipo de incidentes, decía, este tipo de borracheras no son nada habituales en mí, yo soy muy sensato y apenas bebo nunca, toda la culpa es de esa maldita zorra que ha jugado con mis sentimientos...» Se calmó con el vaso de vodka que me apresuré a ofrecerle. Ya en el bistró de la rue Saint Benoit, justo enfrente de mi hotel, Evaga pasó con inusitada rapidez de la comida a la bebida (ocho calvados seguidos en los postres) y pronto, muy pronto, comenzó a desvariarse y a tambalearse de forma muy semejante a la de la noche anterior. Sus balbuceos me informaron de que su padre había ganado, en cierta ocasión, un campeonato de golf, que él había conocido los más elegantes colegios del país y que, en fin, su familia nadaba literalmente en oro. Insultó de viva voz a Azorín y, en un momento de lucidez, escribió un bello poema (con alusiones a la fortuna familiar y a la alegría del derroche) en papel de cigarrillos y después se lo fumó exclamando con gran satisfacción: «Lo importante, amigo mío, es crearlo». Apagó el cigarrillo en el mantel y me contó una extraña historia de aventuras que aquella noche escuche atentamente porque por entonces todavía creía en la utilidad de los relatos de los otros. «No bebo nunca, no bebo nunca» repetía enloquecido mientras observaba con incredulidad el agujero que su cigarrillo-poema había provocado en el mantel.

«No volver más a la luz de la lámpara, murmuraba, no volver más a mi gabinete, no terminar mi libro, no vaciar mi pipa, no ver la luz del día más.» Se perdía a veces su voz en el tumulto de la sala, pero en ocasiones reaparecía con gravedad en momentos que siempre coincidían con la petición de una nueva copa de calvados. Una inquietante mirada me anunció el fin de su monólogo. El humo se deslizó fríamente por su garganta y lo arrojó en anillos que chocaron contra el aire. Me dediqué a contemplar los anillos que eran suaves, circulares (me dijo que su casa normanda estaba muy cerca del mar), azules y fugaces. De pronto, cerró los ojos, alzó la mano con un esfuerzo y arrojó muy lejos la colilla. Hundió las manos en los bolsillos de su viejo abrigo y extrajo una libreta negra. «No puedo, dijo, dejar que transcurra más tiempo sin que conozcas mi obra literaria. Aquí tienes un libro de poemas.» Fingí cierto interés y ojeé el cuaderno. Excelente caligrafía para versos de un pésimo mal gusto, con plagios de notable consideración. Por ejemplo, un Faulkner no confesado se movía en la superficie de estas líneas: «Las primeras gotas brutales como aliviadas de una intolerable espera». Recordé un re-



tórico comentario a esta célebre frase y lo cité a modo de velada ironía y quizá también por decir algo: «Parece difícil, comenté, introducir con más exactitud y prontitud el ansia de la tormenta por descargar su agua, tanto tiempo contenida». Le vi moverse inquieto en su silla y dirigirse a mí en un tono patético, con el rostro medio desfigurado y la voz temblorosa. «Es preciso, dijo, que te hagas cargo de mi obra.» Aún recuerdo mi terror y también mi inútil resistencia a quedarme con la libreta. Como mal menor, opté entonces por ganarme la invitación a Honfleur que tantos problemas económicos podía resolverme. Estaba tan borracho la noche en que había cursado sus invitaciones que parecía muy sorprendido cuando le recordé la eufórica invitación que, según comprobé, sólo yo había aceptado.

Pasé a describirle con la mayor exactitud posible el punto de extravío de aquella fascinante visión femenina que me había visitado poco antes de que él irrumpiera en mi habitación. Le hablé extensamente de aquel paisaje marino que, situado tras la figura de una mujer, parecía no tener fondo ni horizonte posible; mi esfuerzo se vio recompensado porque, poco antes de derrumbarse sobre la mesa y arrastrar en su caída toda las copas vacías de calvados, tomó el nombre de Alberti en vano al tiempo que mostraba su entusiasmo ante mi descripción y accedió a invitarme a su casa de Honfleur, cuyo puerto era, según me dijo, lo más parecido al paisaje marino que yo acababa de describir.

Es evidente que la descripción suele provocar de un modo gradual reacciones en cadena en el interior de una narración, y que la necesidad de describir conduce a la introducción de tal o cual personaje y a dotarla de unos motivos. La descripción, pues, está muy lejos de ser un añadido decorativo y cumple en ocasiones una función muy determinada en una narración: la revelación de un personaje a través de un ambiente o de un paisaje concreto. Así aca-

ba de suceder en este relato, donde la descripción de aquella visión y de las triviales circunstancias que la rodearon cumple, al igual que en la situación descrita, una función muy determinada: la revelación del personaje de Eva, figura indisoluble de aquel paisaje marino que, situado tras ella, parecía no tener fondo ni horizonte posible en aquel frío día de enero que, sin previo aviso, me presenté en Honfleur.

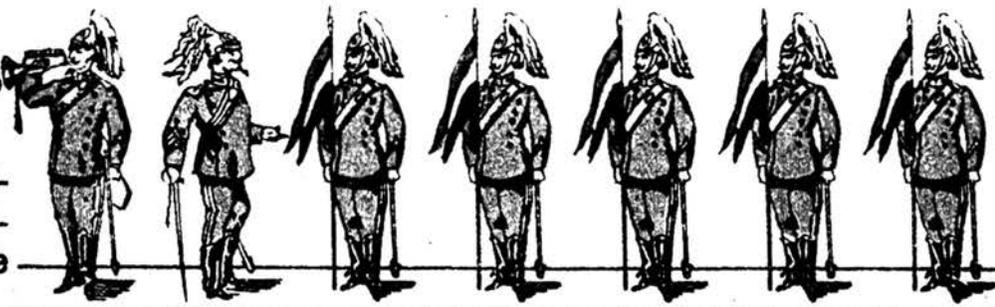
Al iniciar mi viaje me había convencido a mí mismo de que todo iba a irme bien; aquel día las cosas rodaron increíblemente mal. Al mediodía tuve jaqueca; por la tarde me atormenté pensando que Evega iba a desentenderse de mí y de la antigua invitación; al atardecer todo era siniestro con hielo gris en el cielo y amenaza de lluvia cuando llegué al puerto y traté de averiguar dónde vivía mi amigo. Añádase a mis tribulaciones la dificultad para andar con cierta normalidad (dolor espantoso a causa de unos viejos botines) y una atroz molestia en los riñones que me impedía caminar erguido. Por si fuera poco, la maleta pesaba tanto que cuando alguien me señaló la finca en la que vivía mi probable anfitrión estaba ya tan fatigado y era tan pésimo mi estado que me acobardé como nunca cuando de pronto descubrí que la hermana de Evega, ante la verja del jardín, examinaba mis encorvados movimientos. Detrás suyo había una zona de sombras en la que pensé que quizá se encontrara Evega u otras formas susceptibles de ser despojadas de la sombra, pero pronto constaté que tan sólo había profundidades de oscuridad aún más densas. Habían caído en el jardín algunos pétalos que reposaban sobre la tierra ahuecados como conchas, y era tal la oscuridad que para no aterrarme imaginé que para todas las flores pasaba la misma honda de luz lunar y que todas se apartaban de ella cuando el viento las agitaba. Pero, ¿quién que no fuera yo se agitaba allí con auténtico temor ante su situación? Para colmo, comenzó a llover y las primeras gotas fueron brutales, como aliviadas de una intolerable espera. Le pregunté a Eva por su hermano y ella, rompiendo el silencio, cogió mi pesada maleta y con una resignación que parecía provenir de tiempo inmemorial me dijo que la siguiera porque iba a mostrarme mi habitación. Estaba, en efecto, invitado, pero antes debía prevenirme acerca de su hermano. Divisé, al sur de mis párpados, / unas dalias marchitas / de color violeta en una copa / sobre un piano imaginario.

Fueron los últimos versos que escribí en mi vida. Ahora todo llega a su fin donde los relatos de misterio comienzan. Mi amigo se había esfumado, abandonado todas sus pertenencias y era ya inútil tratar de hallarlo. Había llevado a cabo su antiguo proyecto de desaparecer (en su arte) y disolverse (en sus poemas) para no dejar así otra huella que la duda. Pensé en la irónica farsa del extraño caso del poeta que acaba disolviéndose en otro que, a su vez, desaparece. A la mañana siguiente, Eva lucía un abrigo de leopardo moteado y paseaba por el jardín leyendo a Leopardi; yo la observaba a distancia atravesando unas hojas con la punta de mi bastón. Me aproximé a ella y la escena que siguió fue la que fundó la historia de una fatalidad. Eva se convertiría con el tiempo en mi esposa y su endemoniada frialdad me inspiró años más tarde el personaje de Elena Villena en *La muerte impresa*, mi segundo y último relato. Como esposa fue un desastre, una de esas mujeres que no acaban de cerrar del todo los grifos. Como madre fue siempre prudente, discreta y terrible, sabía que no debía nunca preguntarme por el triste poeta que un día fui.

Es-pa-ña

Leopoldo Panero

Manifiesto anti español leído con ocasión de un recital en París, en octubre de 1977.



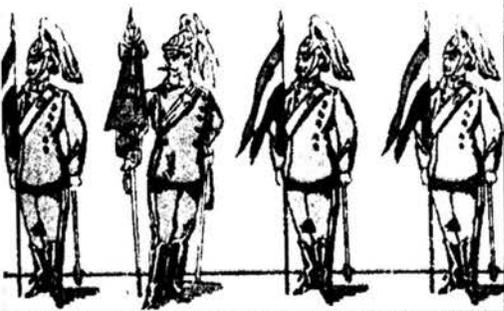
Diríase que soy de España, país de cuyo nombre no quiero acordarme; allí a los pocos años se aprende con sangre la dura lección de una letra, llamada por esos bárbaros «dios», que desde entonces bloquea el pensamiento y el cuerpo. Lo primero, porque ese «creo en dios» español es un pensamiento obligatorio, que por ello obstruye toda auténtica creación intelectual, lo segundo obviamente porque ese mandamiento tiene por principal función la represión sexual y, por lo tanto, la de la gestualidad: de ahí que, a falta de una gestualidad espontánea, sólo exista en España una especie de trato cibernético, en el que cada acto está de antemano inscrito en un repertorio fijo. Ideas fijas y actos previstos de antemano forman la infalibilidad española, y constituyen la base de esa misteriosa superioridad racial que propuso Franco a la imaginación de sus feligreses. Y hablando ya de razas, me preguntaba ahora por qué en Atenas la religión no prohibió el pensamiento, sino que fue uno de sus estímulos, por qué tampoco en Irlanda, donde hay tan buenas leyendas y cuentos de hadas, y en el acto de pensarlo, halle la clave del enigma. La clave está en que este modo de, por así decirlo, «pensar», debió de tener su doble raíz en la Inquisición crecida sobre el suelo de la más terrible incultura, tanto de gobernador como, más aún, de gobernantes; este factor en Italia no se halló por el contrario nunca reproducido hasta tal grado, y de ahí que allí la letra inquisitorial no significara el cerrojazo definitivo a la libertad, esto es, a la creación del pensamiento. En Italia, al menos el dogma estaba claramente definido, de ahí

que la barra en el «conchetto» dejara pasar algo, incluso mucho; pero en España, debido a la secular ignorancia, la sutileza de Aquino no pudo menos de transformarse en cristazo. En Italia, la abundancia de signos permitió esquivar sin grave perjuicio el escollo puesto al «libero pensiero», mientras que en el país que se dijo mío, la ley seca del pensamiento, al dar sobre el más helado de los vacíos mentales, no consiguió otra reacción que una inseguridad semántica fundamental para defenderse de la cual los españoles acudieron a la infalibilidad no ya de la idea fija, sino de la usura del signo de la culturofobia. En fin, el caso es que desde entonces acá, por increíble que parezca, no se ha producido el deshielo, y los efectos de aquel gran tachón se dejan sentir aún hoy de otras formas aparte de las que constate al principio; en efecto, este «creo en dios» español, tiene como misión más evidente, aparte de borrar el alma, hacer de nuestro cuerpo un espectro; y esta represión del amor libre y del gesto espontáneo, aparte de lograr la acumulación de las nubes de odio y de las pulsiones de muerte más pestíferas sobre la región, organiza la miseria de una vida cotidiana en la que la aventura está prohibida por principio, como no sea en el marco en que la buscan los luchadores vascos; miseria, digo, y habría que decir *catatonia* de la vida cotidiana, en la que al levantarse uno sabe ya que «nunca pasa nada», que nada puede suceder ni nunca ocurrirá nada, como no sea lo que para los ibéricos no es extraño que sea la única esperanza y el fundamento de toda su religión: la muerte. Y eso, la muerte, única posible aven-

tura en el desierto emocional más logrado, es lo que cada español anhela sobre todo desde que aprende el evangelio de la brutalidad necesario allí para sobrevivir. Los hombres la buscan en el heroísmo negro o blanco, en la bestialidad fascista en la lucha del terror revolucionario, las mujeres la esperan en la iglesia. Ese es, pues, el mesías y el salvador de ese pueblo de esclavos, ese es su «Cristo»: la imagen de la muerte, donde sólo cabe la sensibilidad que por doquier tropieza allí con las paredes del infierno. Tanto es así que ese chasquido de gatillo del «creo en dios» debería traducirse por «creo en la muerte», único señor de España y, ellos quisieran, del mundo. Así este país, como dijo mi antepasado fray Bartolomé de las Casas, de ascendencia francesa, destruyó y exterminó a un pueblo entero, el iberoamericano, por una diferencia de vocabulario: la que había entre el dios solar de aquellos y su dios muerto. Cobardes para el crimen y valientes tan sólo para el linchamiento, «raza» tan gloriosa es sin embargo, para ella, pura y santa, por haber inventado las palabras que no tienen traducción posible, y que son por ello innegablemente universales y absolutas, como lo sería el Robinson absoluto en la isla donde no queda nadie. Y digo esto del linchamiento porque ésa es la diferencia entre «la vida de los doce césares» de Suetonio, y la «Brevísima relación de la destrucción de las Indias»: la crueldad de Calígula entusiasma y divierte, porque es la de un hombre sólo que a ella se arriesga y acaba pagando, la otra, la de ese «pueblo unido» escondiéndose en el anonimato, espanta y es incapaz de cautivar a nadie. Y es

Vuelo verbal

Laureano M. (La Coruña)



por eso que tampoco ha habido en España criminales célebres e importantes: allí incluso el asesinato es vulgar, o más bien sórdido: no encontraréis a Peter Kurten, el famoso «vampiro de Dusseldorf», más que en todo caso en ese templo donde pueblo tan cristiano celebra hoy sus misas: el paredón del silencio, que es el lugar en que siempre acostumbraron por lo demás a manifestar su virilidad, porque en España ser viril es ser capaz de matar, y a ser posible de la manera más cobarde, es decir legalmente o escondiéndose en el seno de la masa. Allí acabó Lorca por no ser tan «hombre», y allí esperaban ver derrumbarse a este hombre que encontraría en esa suerte de «nobel» final, la certidumbre definitiva de haber escrito siempre para nada y para nadie. Y es que actualmente, a base de democracia, incluso está prohibida la publicidad que años ha se daba a los asesinatos de militantes revolucionarios, y éste es el mayor progreso del régimen de Suárez, haber hecho, quizá, definitivo el silencio. Sólo estas palabras para decir que la ocasión de este recital viene de que estoy aquí no tanto por necesidad, que yo me las supe arreglar muy bien para escapar a la muerte más silenciosa y más sórdida, sino por odio a España, por aborrecimiento de un país en el que nació sólo, supongo, por un azar detestable a olvidar aquí ya para siempre entre otros hombres que ya veo son ¡tan distintos! de los de ese pueblo que no por nada los kabalistas, la mayoría judíos españoles, maldijeron con ocasión de su expulsión de España: porque si se trata de una cuestión de vocabulario, ellos sabían el lenguaje fundamental.

A mí, particularmente, no me extrañó nada la noticia. He de decir, haciendo honor a la verdad, que esperaba que algo parecido ocurriese de un momento a otro. Y es que H., el poeta del quinto, tenía grandes problemas. Desde hace aproximadamente dos meses la crisis se había agudizado progresivamente, hasta alcanzar cotas que resultaban realmente desesperantes para cualquier ser humano. Yo puedo hablar del caso porque lo conocí muy de cerca y soy el único, en realidad, que sabe lo que realmente sucedió. Me he pasado muchas noches de insomnio en el ático de H. y he percibido su problema con toda crudeza.

La primera vez que subí al quinto —ya hacía dos semanas que conocía a H., pues nuestra amistad comenzó en el café de la esquina y sólo nos visitamos en casa luego de darnos cuenta de que vivíamos en el mismo edificio— ya me di cuenta de que algo raro pasaba allí. En el café me hablaba de su trabajo, de sus ideas; pero nunca pude imaginar —mientras tomábamos té con limón— cuál era su problema, lo que realmente le agobiaba y estaba minando su existencia. Al traspasar la puerta de su habitáculo por primera vez vi que sus obras se esparcían por el cuarto, en el que reinaba el mayor de los desórdenes, como es propio en las viviendas de cualquier genio artístico. Me llamaron la atención aquellas hojas de color indeterminado —yo diría que transparente—, ya que adoptaban el color del objeto sobre el que reposaban. Me llamó también enormemente la atención el desorden de su escritura. Las palabras parecían cabalgar las unas sobre las otras, sin mantener una linealidad regular. Pensé —sin decir palabra al respecto— que sería la plasmación de alguna imaginación vanguardista o algo por el estilo. Pero él se dio cuenta de mi asombro y —un poco por aclararme el asunto y mucho más por liberar su castigado interior— me explicó de que se trataba. Su gran problema era a la vez simple y tremendo. Absurdo y desolador. Trágico y real. Sucedia que cada vez que H. escribía algo —en lo que siempre ponía lo mejor de sí mismo— pasaba algo horroroso: las palabras se caían al suelo. Todo iba bien mientras plasmaba su creatividad en el folio, pero en el momento en que éste abandonaba sus manos, las palabras resbalaban hacia los bordes buscando el vacío.

Por eso no me extraña nada la noticia de su suicidio. Yo ya había pensado que algo así podía suceder cualquier día. Incluso he sentido la necesidad de proponérselo alguna vez, sobre todo hace dos días, cuando me di cuenta de que su sufrimiento sobrepasaba ya los límites tolerables por cualquier ser medianamente humano. Pero hoy me alegro de que haya sido él quien tomara por sí mismo la decisión; de otro modo, no sé si mi conciencia me dejaría dormir tranquilo.



ALIOCHA COLL

(Fragmento de una
novela inédita)

Los resultados admitieron que de seguir más tiempo en clase situación no se harían con otra las contentables yacían clinadas cocaderas recordando uva mucha uva con el brazo libre dejado ir suelto de cualquier manera ido siempre cualquier de abrazo objeto foso lavapiés firmamente ventas rerre para mayor ilusión modestia y doblez unos viscos de azul las tenían cubiertas desde el borde del pelo hasta los malévolos todo lo que había sacado en claro el astrónomo pastelero era que entre la tierra y la tierra hay agua entre el agua y el agua hay tierra y entre el aire y el aire hay agua y que visto qué ojalea al pastel llévalo de allí a la boca del lobo tuvieron que aceptar lo incómodo de rescindir en el culo del compás para el labio del desembozador si el mango es el orto las cuatro puntas de nieve al levante se fundirán dedos de cera pronombres personales y demostrativos olot prepara ¿antes de salir? presalte ¿antes de salir? llévate a las fauces que por aire led cercado satolondra cefalóptero por gorro de bufón cascabelado (dascabelado) tal vez la solución esté en restarlas y que la deledoble la 11 u orejas de burro de papel desaplicado usurpa a urbano ni ciervo ni mata ni casco de soldado sino una lacerta que se afanaban en encampanar y ella venga a agualzar destellos escombrantes como platitos girantes sobre varas reunidas en la casa del nabo qué fricandó me importa un éste que el molinillo cafetero y pimentero se naricen en común pero lo que retengo es decae la pimienta y cabe el torrefacto hasta dónde te dispersas hasta dónde te contienen bastas dónde tes tropa de sabios mano de león protarración atiendan lo menos que fósil ahí no es meta tanto ayerces recemos que movamos pan y queso camisa blanca remangada roca y posaderas sol y hierba entre nota y nota ¿pues entonces? resbalen o atencen las gafas (las garrafas) las garfas ditor ¿porqué siempre presentan a los exploradores en trajes de gala ne-

gros? uno es anticuada segundo uno es descuidada bohemia de prestigio tercer uno es apremiada cuarto uno es nobelísima quinto uno van de luto por el caso quema el trato a la curiosidad a cuánta fantasía sabe estar saber está hecho y a sonarse muy fuerte una y otra vez enteramente si el pañuelo es un mundo y aguirre hay forma de plegarlo sin que nada deshinve y aguirre embolsillar cloin cloin cloin cloin cucharita de café badajo de tres medios significa un tiempo y un pasador y buenas consistencias acertaban que deslucir pimpollos y días de panaderos era hartante que satisfactorio propinarles cláusula les roscas sin horno y aire de secador famoso cordeles calores cedales colibries cuagales vale mesnudo melchor no me vengas con cuentos lo que quieres un viaje dame los horarios y duerme el hidromiel villano si ya no vi a morango zaspas con unos zapatos ababuchados en la punta con un cebo redondo de cuero hombrigado ipendiente luengas leguas y con popatalones o te sotendré con una horquilla o afilete la nariz para apoyarte por cada uno pico pancho pifla antares catasús go marching in y del gato al garage pelalonas montón latifundios minifundios sortes y resortes sueltas suertes regodeo fue el le pe mareo tenme la cabeza cógeme la frente y suelta el cinturón y la pretilla del chaleco adrián no no es ése mi nombre también él lo he volcado tanto tanto remolque para eso está el pronombre de remolcando a remolcado el viaje y vuelco singular sin igual insular lingular melopea miscelánea mercenaria meceraria mercería una merced privilegio en el colegio vi un indio y cualquiera de sus nombres de su apelativo eran galope déjeme romper los brancales de a donde vengo voy cuando cuando como lo diga manera amordazado rastro y con los dientes rastro y qué cara de zorro loco con el viento de frente se le ha puesto obragaciones si no es melchor es marcos sucinto precisa-

mente anquiloise un buen vernal en cada goleta y a definir estornes cram-pamento cases doloyes monedes sier-ves soteles péctoris salvacén regalices plumas sancribansesta como los mayores equicsterna po e lin canora canoa que noa llueles gaznate de esquina nunca llegaré con petas romas lado cóncavo de un punto de circo nunca llenaré con exquisito estilo garrote a cada parte seguros dormir espetar despertar esperpento sepeuntear en la chichonera en la de aquí no me salgo pozo de juego pozo de pasar el tiempo con un hule de fondo azul oscuro como formas de cielo empiladas pasta para empanadillas cortada con un vaso y tan impermeable como él y tan brillante de agua y muchas otras cosas con unos barrotos de bakelita blanca de sucos de junco o cinestesis de algunas gotas de agua de estas tan verticales juntas se aguantan las cabezas de estar tan longuevadas próximas se mantienen de vituperar despotricar y sólo verse entre ellas del culo al pie y mano asida a la rodilla y mano plantada serán serán serán toda clase de ruidos y de babas y no hay tres magias va llenados azules de pintura brillante estrías porque ha sido a brochazos y porque distendeis depósitos que la vida diga tengo calcetines tan capacos como las peñas bravas y como el haobab como el iceberg y los sinus del viento y no que envidiar volumen peso ni paso a contundencia siguiendo con cualquier razón de común cofia o esclavina las curvas se enderezan si las tomas porque todos los caminos se traen de roma ¿pasamos? ¿cualquiera pasa una p! una p detrás bala una p delante para unas juguemos con la tinta en el tintero quién es preso el centinela pobre pobre cristal que no se mueve ni mancha ni se mancha y si nos faltan letras nos somos su falta y hechas cada parte en su mortero nos podríamos transver qué hace falta repasemos fue el año tal que qué yepa dendros dentro pronuncia porqué he de creerme que



toda la vida se que toda la vida símbolo que toda la vida filosófica que toda la crónica de la mariposa sean las alas porque la misma palabra lo dice los esófagos monederos un buen cilindro de oro por murmullo que te empalearé y tú haz el girasol pero es que estoy hacia fuera ¡ay verdad! y qué de la

pobre flor y del no más ricastro tierra masa de cualquier diferencia eléctrica pron pron así no se llama a la puerta pron pron ésa no es la onomatopeya pron pron pero si es el pronombre pron haberlo dicho antes hombre pron es que soy tataramudo eso sí que lo pronuncias pron pron luego ni trepando ni haciendo ariete y estaba ya se hacía está estaré y maría y el participio municipalizaba por favor déjenme presentar el proyecto de una nueva conjugación ¡pero no le basta el subjuntivo? quiero un surjuntivo grillo grillo del fondo de la noche una noche más oscura hablaba condensada dentro del apanillo baten las arterias de histeria finamente fina y mente fina mente de lo hondo pero cuántas consonantes se te traga esa h respita de qué me sirve la cantárida en el calalobo atravesando el hollín escribiré mi nombre en la caliza con carbón para que cuando limpien se los enteren y mi apodo también epopeya llamaré a la gotica de vida que se quede conmigo a compartir el pan y cuarto mecachis en diez en el vase a diante del vértigo hay una roca en el hiato del diasimil un tres y siempre hay una ampolla en el camino que te desvía y te deja volver y a altura por la luz baja derecho el redordable que me sirvan las copas de péjamo climas de radiofonía si tiene usted un pedazo de galena métase la bola del mundo político en la oreja y a grapa de un momento quedará un sitio con él que no pues nada ni media ni carrera ni esos aparatos que tenían pa cogerla y que hacían pensar tan fuerte en un avión en su morro en su motor o en su cábida y puestos en marcha bueno de qué piernas se llenaban las ojeras los antojos y antifaz y tapados en las cejas qué adamandes y que aülle la hulla en el hogar espirando por el tubo los lamentos de los quedos que de noche todos los humores son vanos hornillo para la arcilla y para el carbón de bosque toberas de topera singuardia el dedo lodazado y la uña ocupada de

dibujar en tierra a lo me rayo entreno de un sí a un sí mayor qué pena me da el muelle para no soltearse aférrima vamos deja una e ¡vamos vamos! afirma tuvieron que agallar garrapatos de paredes que si volvemos al sistema de trueque gerámonos matusalén si sólo valen los números enteros que cada cual se talle y de lo que no consumas prescinda nada de usos o un saludo apresurado o paro y consunción que no vea un trozo calculando por allí así que a enterarse o andar sin preocupación no hay serie cuando cada uno de la hilera es distinto y distinto es una palabra tan seca las medias tintas que a su amparo puede decir la mosca al elefante ¿a que te sorbo? bocablo alguacil cornucopia almacén capacidante razón de los fanfarrones cabo a los otros y quepo en ellos qué más puede darme andar qué más te da que pares pues oremos frases azahares horacionemos repite eso de que el verbo es substantivo o racionemos ¡no! fratres ¿qué hacemos con los pronombres? eso son pescuezos fascios no queremos déjalos que pronen alondra sí pero desde la punta timonera a la i del pico larga de como cuando el arca de noé maceirlada flotaba sobre lo rosos ahogados hermano mayor entró en la habitación pensando en un vaso de agua y echó como un sombrero por el ala a su cometa ceilanés hermano pequeñito guenga en la cuna panza arriba ojos confiadas ostras de qué corriente fresca sin gas oil y el trasto que aterriza y al peque aterriza y hay de qué dos patosos se decían ni apartarte puedo ni apartarme de ti pero agitémonos y dale que te pego a quedarse sin nariz por opositas y el resto ni encontrarse huf huf lanza el hombro al brazo y éste a la mano y los pares balanzen tanta ropa que sobra regiremos ahora pisa donde antes yo ahora es media hora donde ha puesto la boca el oso ay huf entremos (que rentería) atchíss.

La mano de fuego

(Fragmento de «La Iniciación de Brisoilo», texto inédito)

Carlos Trias

Proseguí mi camino. Una tras otra se sucedían las bocacalles. Todas eran iguales. Todas me revelaban espacios abiertos que se perdían en el horizonte. Llegué a pensar que como Sísifo estaba repitiendo una y otra vez la misma singladura. Tuve que mirar hacia atrás en varias ocasiones para cerciorarme de lo contrario. La plaza en efecto, se hallaba cada vez más lejos. Sólo entonces deduje que avanzaba. Pensé en la repetición espectacular de la misma bocacalle y esta frase ingeniosa me llenó de satisfacción. Seguí avanzando.

Uno tras otro se sucedían los edificios. Mosaicos, azulejos, fachadas onduladas, verjas retorcidas, jardines con plantas exóticas, arcos góticos y celosías de piedra eran los motivos arquitectónicos que más abundaban. No había mucha gente en la calle. Tampoco los sonidos brillaban por su número e intensidad. A ambos lados del paseo (pues era un paseo la vía por la que yo transitaba en aquel momento) sendas filas de árboles, cuyas ramas se enlazaban a la altura de los principales, enmarcaban mi avance. «Una refrescante bóveda vegetal» fue la primera frase que se me ocurrió al mirar hacia arriba. «Un túnel de verdura», corregí. «Sí, pero abierto por los lados.» Entre tronco y tronco bancos caprichosos servían de base a las farolas del alumbrado público: farolas de hierro forjado que se arqueaban sobre el paseo desplegando un fantasmagórico

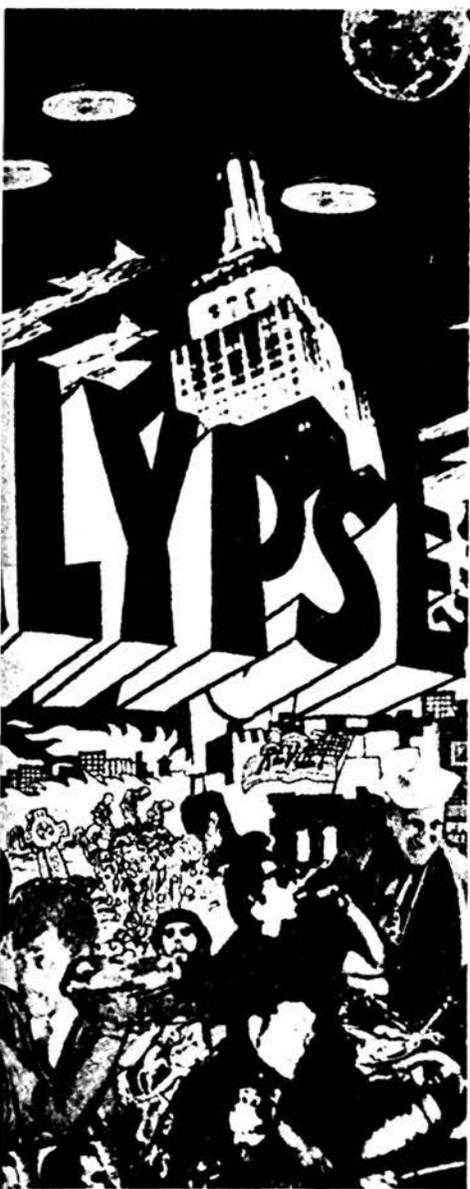


compendio del mundo vegetal: hojas de todos los tamaños y figuras, ramas terminadas en punta, sutilísimos tallos, flores magníficas con las corolas abiertas. Pero ni las ramas se mecían con el viento ni las hojas caían tras cumplir su ciclo vital ni mucho menos las flores unían a la magnificencia de sus formas el atributo del color. Parecía como si una varita mágica las hubiera sorprendido en el cénit de su existencia arrebatándoles el alma. «Son formas desprovistas de contenido», me dije, «en aras de la inmortalidad se han vendido al diablo» (1).

De vez en cuando se extendía sobre la ciudad una como niebla originaria de la parte baja («del mar», pensé, «viene del mar, sólo el mar puede producir sustancias de este tipo»). Se extendía lentamente como se extienden todas las cosas destinadas a perdurar.

Era una niebla densa, blanquecina, cuya cabeza avanzaba a ras de suelo del mismo modo que la lava descendiendo por la ladera de un volcán. A su paso las diferencias se borraban. Edificios, árboles, viandantes, bancos y farolas sucumbían, uno tras otro, al eclipse. Entonces hacían su aparición unos cuerpos extraños a los que paradójicamente, y quizá por tener su origen en él, no afectaba semejante proceso igualitario: relojes sin manecillas, maniqués sin cabeza, alguna que otra calavera, algún que otro ataúd.

Fuera de esto nada acontecía: ningún altercado, ninguna sublevación, ningún crimen particularmente alevoso. Yo proseguía mi avance por las calles semidesiertas de la ciudad, ora en línea recta, ora doblando alternativamente a derecha e izquierda, y escrutaba, ávido de sucesos, todos los



objetos que se ofrecían a mi vista. «Si he salido a la calle», decía para mis adentros, «no es para vagar sin rumbo y sin objeto. Algo debe ocurrirme. Algo mucho más significativo que el encuentro inoportuno con mis fantasmas». Y añadía: «Todavía ignoro qué destino me han deparado los dioses. Desconozco por ejemplo si he sido elegido para una empresa heroica o por contrario estoy condenado a repetir la existencia sórdida y descompuesta de mis inmediatos predecesores. Quizá no me ocurra nada. Quizá mi vida, como la de aquellos, transcurra sin pena ni gloria sobre un montón de basura. A lo peor pierdo en mi camino todos y cada uno de los atributos que conforman mi identidad. Es posible que, incapaz de vivir, se me niegue el néctar de la muerte. Sin embargo, en un lugar recóndito de mis entrañas al-

bergo la fundada esperanza de que no sea así. La fosilidad en lo que a mí respecta no es la secuela de un gran proyecto frustrado ni la triste resaca de un sueño imposible. Es el punto de partida, el estado en el que me encontré al abrir los ojos por primera vez y mirar a mi alrededor. Soy en efecto fósil de nacimiento. La incredulidad en mí no puede hacer mella porque estoy más allá de toda creencia. Nada afirmé y nada niego. Como fósil que soy carezco de memoria y por lo tanto de ilusiones. Hijo del Caos, me hallo disponible para afrontar cualquier empresa y ordenar el mundo de la forma que sea. Hijo de la Noche, todas las luces me son queridas. Hijo del Silencio, mis oídos están prestos a escuchar cualquier canción».

La ciudad por aquella parte terminaba en un enorme acantilado que a modo de muralla invertida la protegía del océano. Un paseo discurría por el borde mismo del precipicio. Debajo se extendía una playa blanca y soleada, cerrada al fondo por un afilado espigón. Tras muchas vueltas y rodeos llegué a este paseo y me senté en el pretil de piedra que lo separaba del abismo. Contemplé desde allí el mar, y al ver las olas que rompían mansamente en la orilla, y a los pelicanos que agitaban el agua con sus alas, y los movimientos rituales de los pescadores que desembarcaban y vendían mercancías en el espigón, pensé que aquella calma, arropada por la luz difusa del atardecer, reflejaba a la perfección lo que me estaba ocurriendo. O mejor: lo que no me estaba ocurriendo. Allí, en efecto, no pasaba nada. Pero mirando a mi alrededor descubrí unas imágenes que ponían en cuestión semejante paz idílica. Las casas que se alineaban al otro lado del paseo mostraban impúdicas sus partes más íntimas como si un lúbrico titán las hubiera despojado violentamente de sus vestiduras. Los tramos de la escalera que descendía por el acantilado y que en su día uniera la ciudad con la playa daban al vacío como dislocados. Tortuosas grietas surcaban en todas direcciones la acera del paseo desnivelándola. Sillas, mesas, carrocerías, escombros de toda especie, hierros retorcidos, muñecas decapitadas, envases de plástico y platos rotos se amontonaban por doquier violando los delicados claustros de los parterres, de las glorietas y de los estanques en cuyos lechos resecos

distinguíanse todavía restos de cisnes y de nenúfares.

No, allí no pasaba nada. Pero algo había pasado. Me dije que ignotas fuerzas telúricas amenazaban perpetuamente la paz en suspenso del atardecer, la dulce rutina de aquellos hombres y la impasibilidad de los edificios. Me dije también que si un día había ocurrido algo eso mismo podía ocurrir de nuevo en cualquier instante y que si nada ocurría era precisamente porque de un momento a otro iban a ocurrir muchas cosas. Me crucé de brazos y esperé.

De súbito una mano de fuego apareció en el firmamento. Apareció sin previo aviso ni introducción alguna como aparecen las cosas originarias del Caos. Era una mano enorme, de tonos sombríos, roja como la aurora o el crepúsculo. Por el lado de la muñeca sangraba profusamente. Pensé que aquella mano había sido arrancada brutalmente del brazo al que pertenecía pues el corte no exhibía la imprecisión del hacha o de la espada sino en todo caso la tosca y sádica crueldad de la sierra. Sus dedos sostenían un cincel de oro que, iluminado por el sol, transformaba el atardecer en mediodía. Valiéndose de él esculpió en la bóveda celeste varias letras gigantescas.

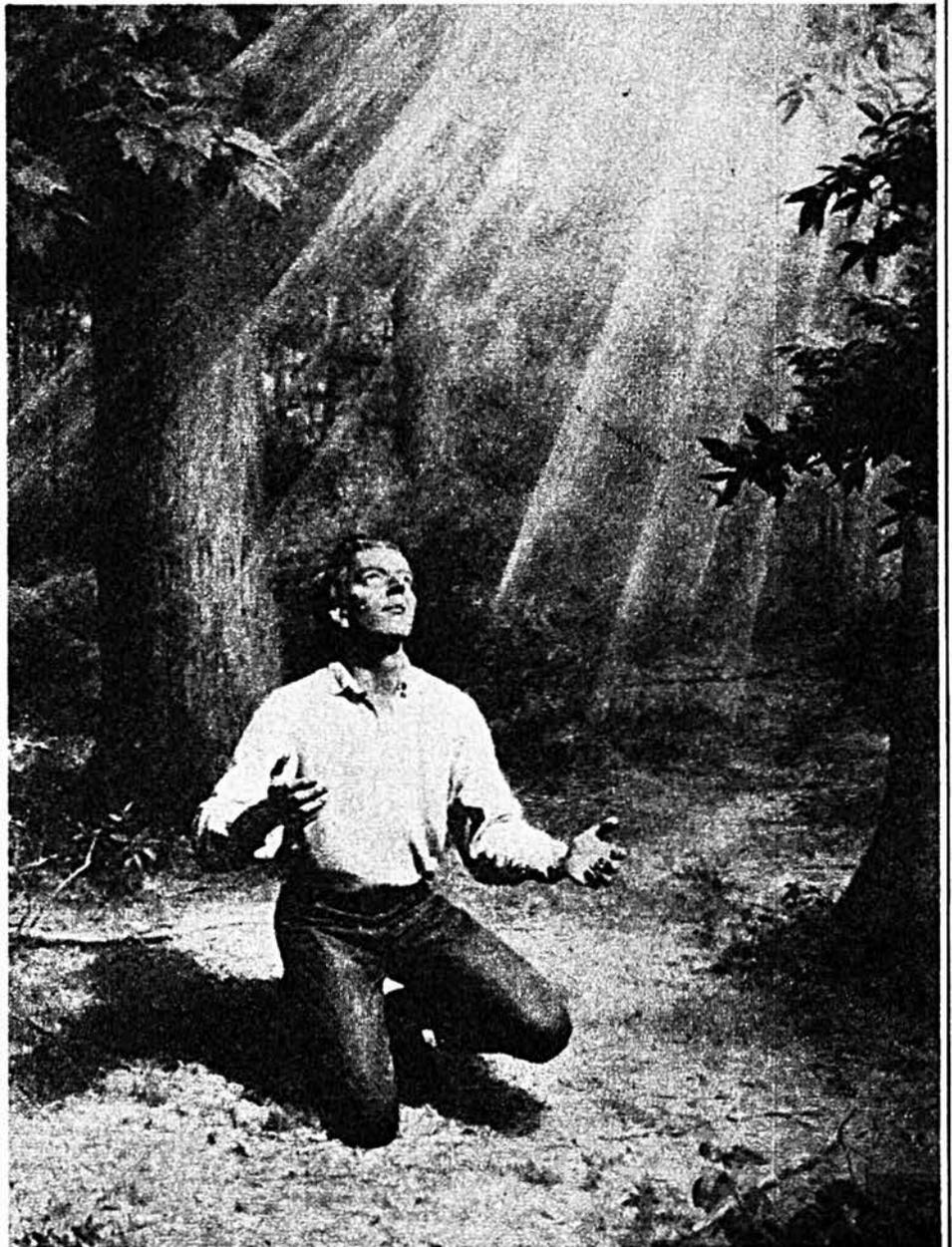
Lo curioso es que no las esculpió en línea recta ni estableció entre ellas relación semántica alguna. Aquella mano parecía conocer el abecedario mas no la escritura. Esculpió las letras en los lugares más insospechados y en las posiciones más caprichosas (una en el horizonte, otra cerca del sol, dos vueltas del revés). Luego desapareció. Y el firmamento quedó infestado de letras. No eran muchas, lo puedo asegurar, pero eran muy grandes. Parecía como si la mano las hubiera elegido al azar. Y sin embargo había algo en aquella elección que me produjo una cierta inquietud.

Abandonadas a su suerte las letras no esperaron a que otra mano las cambiara de lugar, las ordenara o las borrara del cielo. Como impulsadas por un soplo delirante comenzaron a describir cabriolas, saltos y piruetas. Juro que vi a tres o de igual tamaño colocarse en fila ante mis ojos con el propósito evidente de confundirme. Y al diptongo au danzando como una ménade en la cumbre nevada de un volcán. El resto eran consonantes y cruzaban como meteoritos el espacio dejando tras de sí una estela de incer-

tidumbre semántica. A veces dos o tres de ellas —una hache, una ce y una ele por ejemplo— se alineaban repentinamente formando vocablos de imposible pronunciación. Pero estos vocablos tenían vida efímera: las letras recobraban inmediatamente su individualidad y proseguían su endiablado discurso por el cosmos. Cuando ya estaba a punto de enloquecer sonó un trueno. Se desencadenó la tempestad. Y entre rayo y rayo pude ver cómo las letras se ordenaban y componían una palabra.

Apreté a correr. La palabra había sido registrada por mi cerebro pero mi conciencia se resistía a admitirla. Aunque no había sido pronunciada resonaba en mis tímpanos como un eco cargado de presagios. En sí (pues sólo se me permitía el goce estético del signo) la palabra era bella, muy bella, todo lo bella que puede ser la muerte de un héroe o la decadencia voluntaria de una estirpe divina. El acento grave, estratégicamente situado sobre un diptongo, le confería aires solemnes, casi olímpicos. Acababa en una sílaba profunda y sostenida, rematada a su vez por una vocal que se precipitaba al vacío en un descenso apocalíptico por la escala cromática. Aquella palabra se bastaba a sí misma. Podía cerrar con broche de oro un párrafo, un capítulo e incluso un texto. Era uno de esos vocablos abismales que una vez pronunciados sellan un discurso invalidando cualquier explicación ulterior. Lo repetí mentalmente con el doble objetivo de recrearme en su cadencia y vaciarlo de significado. Pensé que si el mero enunciado de la palabra me producía escalofríos cuando me fuera dado penetrar su enigma semántico sudaría sangre. Huf, pues,

de ella por plazas y avenidas negándome a aceptar lo que se me antojaba excesivo. Tras recorrer infinidad de calles y remontar no sé cuántas pendientes llegué a un parque cercado que albergaba en su seno, entre árboles, columpios y toboganes, un rectángulo de arena. Descubrí allí a un hombre de unos treinta años envuelto en una túnica que dibujaba con una caña varios signos en aquélla. Estaba sentado en una silla de hierro y sus ojos observaban distraídamente los surcos que iba abriendo el instrumento que empuñaba. Me acerqué sigilosamente hasta situarme justo detrás de él y adelantando la cabeza por encima de su hombro izquierdo advertí que la caña reproducía en la arena la funes-



ta palabra grabada en el cielo. Retrocedí espantado pero entonces mis ojos se posaron en el muro de una iglesia donde alguien había pintado con letras negras la misma inscripción. Sin saber a dónde mirar alcé la vista y distinguí, en la azotea del rascacielos más alto de la ciudad, un anuncio luminoso que, letra tras letra, recomponía a su vez el doloroso mensaje. Una avioneta pasó en aquel momento ante mis ojos arrastrando un cartel que decía lo mismo. Y por si fuera poco de una bocacalle salió la multitud enarbolando en sus infinitas manos otras tantas pancartas con el maldito vocablo. Comprendí entonces que no podía huir por más tiempo de mi destino y lo acepté resignado permitiendo que se fundieran aquel signo terrible

y su no menos terrible significado.

—Holocausto —leí.

—Holocausto —repetí.

—Holocausto —añadí, y proseguí mi camino consciente de que mi vida discurriría bajo el signo de la gloria.

(1) Con todo, la naturaleza se vengaría andando el tiempo de ellas transformando aquel espantoso acto de afirmación individual en un destino trágico. El viento, el frío y el agua, que en un principio no habían conseguido vencer su resistencia, lo conseguirían al cabo de los años mediante una acción combinada, paciente y sistemática. Tarde o temprano las flores se cubrirían de moho, las hojas caerían al suelo fulminadas por el óxido, las ramas y los tallos se desmenuzarían, y todos ellos —flores, hojas, ramas y tallos— terminarían sus días en la vorágine de la vida y la muerte.

Al no poder publicar todos los textos recibidos, más de 700 —hubieran ocupado algo así como unas dos mil páginas de revistas—, hemos creído oportuno ofrecerlos la lista de todos aquellos que nos habéis mandado textos con dirección por si os interesa conectarlos y conocerlos para intercambiarlos material, para discutir o para tirar hacia adelante revistas en ciclostil que alineen por todas partes el proceso literario y de esta forma, creemos y mejorar vuestro estilo. No hay nada mejor que verse en letra impresa. Vosotros mismos. Os lo hemos ordenado por provincias para haceros más fácil la conexión.

LINTERNA LITERARIA DIRECCIONES

BARCELONA

Enrique González
Cerdà, 274, portería
Barcelona 13

José L. Muñoz Jimeno
San Antonio M.^a Claret, 330, pta. 5
Barcelona 26

Manuel García
Pozo, 64, entlo., 2.^a
Barcelona 16

Juan Gutiérrez
Francisco Alegre, 21, 11.^a, 2.^a
Teléf. 219 65 09
Barcelona 24

Conchi García
P.^a Vallauria, 131, 3.^a, 1.^a
Barcelona-31

Jorge Arrau
Pza. Cardenal Cicoignani, 2, 1.^a, 1.^a
Barcelona

Jordi Pujol Serrat
Sabadell, 23, ático, 2.^a
Barcelona

Jordi Arraut
Pza. Cardenal Cicoignani, 2, 1.^a, 1.^a

Joaquín Serra Sánchez
Trinxant, 44-46
Barcelona 26

Vicente Ruiz de Villa
Escuelas Pías, 96, 1.^a
Barcelona-17

Araçeli Miguel
General Mola, 29, 4.^a, 1.^a
Barcelona-9

Ana M.^a Matute
Urgel, 55
Teléf. 254 98 31
Barcelona 11

Jordi Peraltà
Villarroel, 182, 3.^a, 2.^a
Barcelona 36

E. Pardo
Tapiolas, 54
Barcelona-4

Alberto Manzano
San Juan de Malta, 103, 4.^a, 2.^a
Barcelona

Consuelo García del Cid Guerra
Casanova, 79, 5.^a, 1.^a
Barcelona-11

Jorge Collado Nebot
Cerdà, 465, 3.^a, 2.^a
Barcelona
Teléf. 219 83 69

A. Coduras
Arenas, 5, 1.^a B
Barcelona 6

Marta Raventós
Calabria, 159, 3.^a, 1.^a
Barcelona-15

Victor Molina
Valencia, 112, 5.^a, 1.^a
Barcelona-15

Juan Costa Tubán
Tavern, 64, 5.^a, 1.^a
Barcelona 6

E. Barnius
Coronel S. Feliu, 2-4, 6.^a, 3.^a
Barcelona-18

Miguel Porta
Calaf, 8
Teléf. 211 61 54
Barcelona-21

Santiago Suñer
Via Layetana, 46, 3.^a, 2.^a
Barcelona 3

Jesús M.^a Alvero Rodríguez
Luis Sagner, 64, 2.^a, 3.^a
Barcelona-32

Jordi e Irene
Urgel, 117, 3.^a, 2.^a
Barcelona-11

Eugenio Lazo Mías
Muntaner, 56
Barcelona

Luis Pau
Erasmo Fàner, 8, 1.^a, 1.^a
Barcelona

Pedro Pablo Molina
Balmes, 358, 4.^a
Barcelona 6

Juan Antonio Bueno Herrador
Grupos Arrabona, 91, 3.^a, 3.^a
Sabadell (Barcelona)
Teléf. 716 98 66

«JJaç»
Ferran, 23
Argentina (Barcelona)

José Fernández García
Illadigna, 3, 3.^a, 2.^a
Sabadell (Barcelona)

Ernesto Sánchez
Inoutica, 10-12, 1.^a, 1.^a
Barcelona-16

Agustín Guillaumon
Cantabria, 67, 7.^a, 2.^a
Barcelona-20

Antonio Quirós
Mediodía, 4
Barro Sta. Oña
Oleña (Barcelona)

Genisa Ruiz
Ntra. Sra. de Montserrat, 3, bajos 2.^a
Vilassar de Dalt (Barcelona)

José Mérida Montoro
Portugal, 2, ba, bajo
Cerdanyola (Barcelona)
Teléf. 692 02 00, ext. 1115

François J. Rodríguez Arnas
Vall, 69, 5.^a, 1. Edif. Mediterráneo
Canet de Mar (Barcelona)

Fco. Javier Martín Blanco
Ctra. Mata, 64, 3.^a, 3.^a
Mataró (Barcelona)

Esteban Valero
Avda. América, 41, 12.^a, 2.^a
Hospital de Llobregat (Barcelona)

Enrique Berrieri
Lauri, 27, entlo., 2.^a
Hospital de Llobregat (Barcelona)

N. Estebez
Pza. San Ramón, 5
Cerdanyola (Barcelona)

Victor Parlad Serra
Dr. Modrego, 39, 2.^a, 3.^a
Badakona (Barcelona)

José L. Mariscal
Navarra, 68, ático 3
Masnou (Barcelona)

José Alarcón Ramon
Urb. Los Carros, s/n.
Corbera de Llobregat (Barcelona)

Esteban Valero
Avda. América, 41, 12.^a, 2.^a
Hospital de Llobregat (Barcelona)

Martín Solé
Calvo Sotelo, 8
Villafranca del Penolés (Barcelona)

J. Miguel Cortés
Apartado 2717
Barcelona

GERONA

José Serrano
Emilio Gramit, 62, 8.^a, 4.^a
Gerona

Juan Ant.^a Vilches
Mas Pellicar
Cervia de Ter (Gerona)

M. P. Talavera
Emilio Gramit, 62, 8.^a, 4.^a
Gerona

LERIDA
E. Mestre
8 de Gener. 1
Lanyola (Lerida)

TARRAGONA

Salvador Alepna Villala
Balazares, 22
Mora la Nueva (Tarragona)

MALLORCA

A. Valldés
Solón, 2, 6.^a A
Palma de Mallorca

Luis Ballester Brage
Jesus, 14, 5.^a D
Palma de Mallorca

IBIZA

Jubo Herranz Benito
Apartado, 932
Ibiza

Manuel Rusueño Benito
Lista de Correos

MENORCA

M. Toval
Apartado, 349
Mahón (Menorca)

VALENCIA

Vicente Sanchis Roca
Músico Martín Soler, 5 15
Valencia-11

Carmen Hidalgo
Sueca, 62, 6.^a
Valencia 6

Amparo Huesa
Cuca, 7
Valencia 7

Salut Llinars
Roser, 96
Tavernes de Valldigna (Valencia)

José Guadalupe
Apartado 1799
Valencia

Manuel Martínez Adrián
Sto. Domingo, 23, 1.^a
Torrente (Valencia)

B. Rausell
Cervantes, 17
Meliana (Valencia)

CASTELLON

I. A. G.
Campanomor, 14, 2.^o
Castellón

ALICANTE

Andrés Martínez Medina
Santa Pola (Alicante)

Vicente Martínez Quintana
Jorge Juan, 35, 2.^o, dcha.
S. Vicente (Alicante)

Javier Arenas

Trav. López Amo, s/n.
Vistahermosa (Alicante)

MURCIA

Antonio Martín Albalade
Las Casicas, 15, Los Dolores
Cartagena (Murcia)

HUESCA

Carlos Saldaña
Fraga (Huesca)

ZARAGOZA

Manuel V. Hipólito Medina
Higuera, 23, 5.^o A
Zaragoza
Teléf. 41 41 35

Jesus Javier Cinca
Maria Lostal, 25, 4.^o
Zaragoza

NAVARRA

Antonio Gallego Garós
Ansoatega, 26, 5.^o
Pamplona (Navarra)

GUIPUZCOA

Agustín Echevarría
Barrencale, 6, 1.^o, izq.
Eibar (Guipúzcoa)

Iñaki Pérez

Rosario, 21, 3.^o
Elgoibar (Guipúzcoa)

Antonio Fortuoso
Villa Dolorchí
Crtta. Ulla
San Sebastián (Guipúzcoa)

J. Joakin
Uki B, n.º 11, 5.^o D
Eibar (Guipúzcoa)

José Manuel
Lezo Bide, 13, 6.^o A
Pasajes de S. Juan (Guipúzcoa)

VIZCAYA

Luis Manuel Andrés Suárez
Bailén, 6, 2.^o dcha.
Portugalete (Vizcaya)

Juan José Aroz González
Avda. Zumalacárregui, 115, 4.^o A
Bilbao-7 (Vizcaya)

Julio de Naverrán Badía
H. de la Villa, 4, 4.^o izq.
Bilbao-7 (Vizcaya)

Txomin
Teléf. 94431-2684
Bilbao (Vizcaya)

ALAVA

Daniel Aguirre Ortigosa
Pto XII, 6, 5.^o D
Vitoria (Alava)

Pablo Ugarrize
Goikogila, 10, 6.^o dcha.
Llodio (Alava)

S. de Arana
Carlos VII, 5.^o, 3.^o
Vitoria (Alava)

ASTURIAS

Ernesto de F.P.
Mieres (Asturias)

Manuel Faustino Fdez.
General, 36, El Campión
Salinas Avilés (Asturias)

Pedro Martínez García
Otero, 16, 2.^o C
Oviedo (Asturias)

MADRID

M.ª Teresa Delgado
Herencia, 2, 4.^o dcha.
San Blas
Madrid-17

Mary Sol Olba
Avda. Ramón y Cajal, 73
Madrid-16

Mario Martín Redondo
Avda. Mediterráneo, 61
Madrid-30

Monizc
Tomás García, 16
Madrid-18

Angel González Castrillejo
Victor Andrés Balaúnde, 25
Madrid-16

José Fernández Bravo
Alruza, 16
Madrid-25

Lorenzo Sanz Frades
Fuenteventura, 5
Colmenar Viejo
Madrid

José Elgarresta
Ciudad Puerta de Sierra, 1
Conjunto «7 Picos» Portal, 15, 1.^o A
Las Rozas
Madrid

Fernando Calvo
Kusko Plaza
Arganda
Madrid

José Alba
Avda. De España, 26, 4.^o, 4.^o
Alcobendas (Madrid)
Madrid-35

Bay Peire
Dr. Gómez Vila, 18, 4.^o C
Madrid-28

Rafael Baza
Pedro Yagüe, 1, 3.^o B
Madrid-19

José Luis Velasco Ferrer
Pza. Pablo de Garmica, 1-C, 3-A
Madrid-30

M.ª Jesús Martín Bravo
Emerenciana Zurilla, 65
Madrid-35

Eduardo Rueda Román
Valderrey, 35

Antonio Giner
Calvo ASENSIO, 6
Madrid-15

Jaime Fernández Martín
Marqués de Santa Ana, 23, 1.^o izq.
Madrid-10

Fco. Javier Hortal
Torregrosa, 12, 4.^o
Madrid-33

A.L.A.A.
Montserrat, 11, bajo
Madrid

Carlos Osorio García
Fernán González, 26
Madrid-9

Victoria del Val
Nuncio, 5, 5.^o B
Madrid-5

José M.ª Carcamo
A. Saina de Baranda, 43, 1.^o, 5.^o
Madrid-9

J. L. Oñate
Carlos Arniches, 28, 1.^o 6.^o
Madrid-5

José Luis Márquez
Pza. Cancellaria, 1, 4.^o B
Madrid-8

Fernando G. Heredia
Gral. Pardiñas, 45
Madrid-1

Fernando Marañón López
Vélez Blanco, 92
Madrid-33

A. J. Ramos
Balsa, 3, 4.^o, 1.^o
Madrid-42

Juan Manuel Hdez. Cabello
Luis Domingo, 7, esc. A, 3.^o dcha.
Madrid-25

Juan Carlos Aguirre Arregui
Hileras, 17
Madrid-13

Pilar Aranda Moreno
Maestro Chapí, 10
Madrid-16

Juan José Ramos Alvarez
Eduardo Marquina, 41
Madrid-19

Luis González López
Via Lusitana, 16, 2.^o B
Madrid-25

Juan Carlos Rodríguez Murillo
Avda. del Manzanara, 18, 4.^o D
Madrid-11

César Martín Neira
Cáceres, 15, 3.^o, izqda.
Madrid-5

Piel de Moro
Madrid

Carlos Peral López
Angel del Alcázar
Madrid-27

José Ant.º Casas Segura
Santillana del Mar, 11
Madrid-31

José Luis Clemares
Dr. Gómez Ulla, 16, 5.^o A
Madrid-28

Paloma García
Fuentelapeña, 4
San Blas
Madrid-17

Gerrardo Sánchez Peña
Vicente Espinal, 13, 3.^o B
Madrid-17

Kafi
Puerto de Maspalomas, 26, 7.^o, 1.^o
Madrid-29

Luis González López
Via Lusitana, 16, 2.^o B
Madrid-25

Márquez
Gómeznarro
Madrid-33

Pedro Valverde
Pza. Platón, 10, 4.^o C
Madrid-27

Fernando Olivera Carrión
Aparato 18073
Madrid

O. Pacheco
Garellano, 5, 3.^o D
Madrid

VALLADOLID

Marian M.
Juan Mamborilla, 7, 2.º B
Valladolid

M.ª Jesús Ortiz
Puente el Sol, 25, 3.º D
Valladolid

Félix F. Medina
Fray Luis de León, 21, 2.º
Valladolid

José Anibal Illescas
Las Batauecas, 33
Valladolid

SALAMANCA

Colectivo Crítico
Salamanca

Ricardo Arregui
Palacio Valdés, 12, 1.º A
Salamanca

Fco. Javier Pelaz
Monleón, 2, 1.º A
Barrio Garrido
Salamanca

CIUDAD REAL

Manuel Crenes Sabalate
P.º del Parque, 6, 3.º D
Alcázar de S. Juan (C. Real)

J. Alvaro Alimendros
Fco. Pizarro, 7
Ciudad Real

Raúl Carbonill
Veracruz, 11
Valdepeñas (C. Real)

LEON

Joaquín Sampedro
Maestro Nicolás, 26
León

José Canador Rabanero
La Fuente
Castrocalbón (León)

ZAMORA

Juan Manuel de la Huerza Sanz
Apartado, 16
Benavente (Zamora)

LOGROÑO

Antonio
Duquesa de la Victoria, 69, 1.º, izq.
Logroño

LA CORUÑA

Basilio Cobo
Santiago de Chile, 19, 6.º A
Santiago de Compostela (La Coruña)

LUGO

Carlos Enrique Blanco
Dr. Fleming, 6, 4.º drcha.
Lugo

PONTEVEDRA

Mano Aller Vázquez
General Rubín, bloque 4, 4.º D
PONTEVEDRA

José Benito Puga
Ecuador, 57, 4.º izq.
Vigo (Pontevedra)

Fco. Campos Hdez.
H-S-345
Escuela Naval Militar
Marín (Pontevedra)

BADAJOS

Fidel Perera Cendal
Arturo Oazul, 1, 3.º E
Badajoz

S. Méndez
P.º Fluvial, 1-2, 6.º C
Badajoz

Manuel Fdez. Diaz
Guadalupe, 16
Valdebotoa (Badajoz)

SEVILLA

Manuel Flores Muñoz
Sta. María de la Hiedra, 10
Sevilla

Diego Ortega
Monzón, 32, 2.º A
Sevilla-12

Josquín Moreno Marchal
Justino Matute, 18-E, 4.º izq.
Triana (Sevilla)

Tomás Macías Vázquez
Gaspar Alvear, 2, 3.º, 3.º
Sevilla-9

CORDOBA

José Manuel Expósito
San Antonio de Padua, 5
Córdoba

Miguel Torralbo Romero
Navalvenga, 23
Villanueva de Córdoba (Córdoba)

Luis A. Muñoz
Martín Bédia, 16
Cabra (Córdoba)

Juan Ferrero
Avda. Mateu de Ros, 3, bajo
Montoro (Córdoba)

GRANADA

Luis Jiménez Cortés
Horas de la Merced, 1, 2.º, p. 1
Granada

MALAGA

Jo de la Fuente
«Palmeras» II
Apartado 441
Fuengrosra (Málaga)

Antonio García Velasco
D. Manuel García, 14, 4.º D
Cotín (Málaga)

Salvador Cabello Delgado
Del Río, 23
Velez (Málaga)

CADIZ

Padro Cavada
Bd. «Bazán» bloque 10, 1.º A
San Fernando (Cádiz)

Mariano Vázquez Toro
Barraida de la Paz
Urbique, 57, 4.º
Cádiz

Juan Calero Morales
Consolación, 10
Villamartín (Cádiz)

CEUTA

Fco. Lorda Ramirez
Bda. José Zurrón Pton., 16, 5.º drcha.
Ceuta

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Orlando Santana Cabrera
Dr. Fleming, 24
Trede (Las Palmas G.C.)

Octavio Ramirez Arroyo
Diego Zorita, 22
Escaleritas (Las Palmas G.C.)

José Luis García Suarez
Avda. Juan XXIII, 11
Edf.º Campo España (3.º Fase)
Las Palmas de Gran Canaria

TENERIFE

Emmanuel Bramar
Ctra. General Sta. Cruz-Laguna
Cruz de Piedra, 3, ático
La Laguna (Tenerife)

Adolfo Rebolledo
Loro de los Berros-Las Rosas
La Esperanza (Tenerife)

Jesús Rguez. Castellano
General Goded, 51
Sta. Cruz de Tenerife

Quintín Alonso Méndez
Avda. del Gran Poder, 1
Bajamar-La Laguna
Tenerife

EXTRANJERO

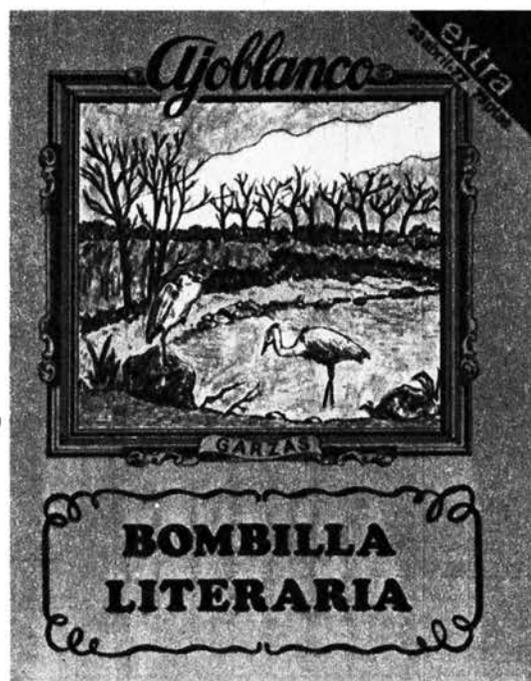
Carlos Rabyu
15 K, 23
22357 Lund
Sweden

Rcinaldo
2, Passage Dantzing
La Roche
Paris XV
Francia

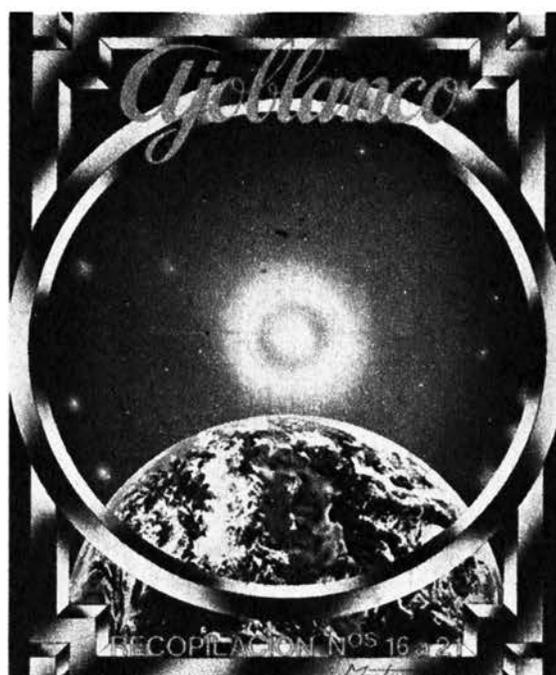
Avelino Carvajal
Rue General Lemán, 85
1040 Bruselas
Bélgica



EXTRAS
QUE
PUEDES
CONSEGUIR
POR 100 PTAS.
CADA UNO



**GIRO POSTAL
A AJOBLANCO EDICIONES
Carders, 17, 1.º, 2.ª. Barcelona-3**



RECOPIACION: 300 PTAS

EL PRIMER EXTRA DEL AJO QUE NO SE TE COMERÁ EL COCO

COMIXS

